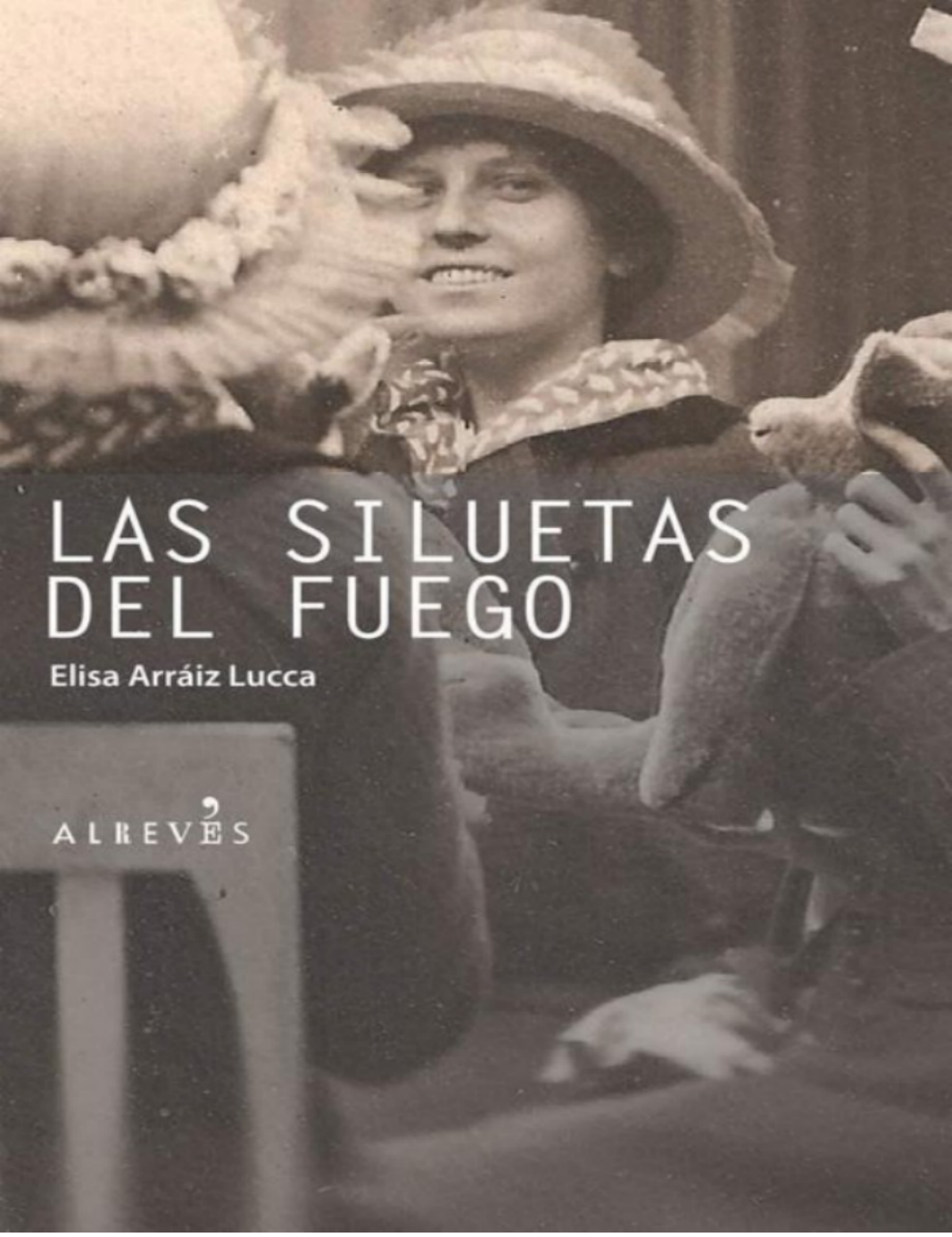
LAS SILUETAS
DEL FUEGO
Elisa Arráiz Lucca
ALREVÉS

ELISA ARRÁIZ

LAS SILUETAS DEL FUEGO

EDITORIAL ALREVÉS
Barcelona

Primera edición: junio de 2011

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a
08034 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© Elisa Arráiz, 2011
© de la presente edición, 2011, Editorial Alrevés, S.L.
© fotografía de portada y solapa: Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Sistema de Bibliotecas, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

Printed in Spain
ISBN: 978-84-15098-05-8
Depósito legal: XXXXX

Diseño de portada: IZQUI

Impresión:
Liberdúplex
Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Conversión Digital: O.B. Pressgraf, S.L.
Jaume Balmes, 52, bxs.
08810 Sant Pere de Ribes

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Anita Lucca,
a quien debo este desenlace inevitable

LA LLAMA DE LOS OTROS

En el año 2006 tuve la oportunidad de ir a la Universidad de Río Piedras de Puerto Rico a presentar *Te pienso el puerto*. La visita era doblemente emocionante para mí: por un lado el hecho de introducir mi primera novela en la isla vecina al norte del mar Caribe y, por otro lado, al fin iba a conocer mis parientes lejanos que vivían allá; digo lejanos porque nuestros lazos se unían en la isla de Córcega, en el mar Mediterráneo, y se remontaban atrás en los siglos.

Así fue como conocí a Nydia Lucca, profesora del postgrado en psicología de la Universidad de Río Piedras y gran conocedora de nuestras raíces Lucca en el pueblo de Pino del Cabo Corso.

A ella misma le pregunté algo que me tenía curiosa hace unos meses y que había estado buscando insistentemente por Internet: «¿tú sabes si Zenobia Camprubí, la esposa de Juan Ramón Jiménez, era pariente nuestra a través de su abuela Lucca?». Nydia me miró con una gran sonrisa y me contestó: «era tía de mi padre y por consiguiente pariente de ustedes los Lucca de Venezuela».

De ahí en adelante mi viaje entró en una nueva etapa: necesitaba saber mucho más sobre este parentesco y sobre Zenobia, me sentía cautivada por su personalidad y por su época, estaba ansiosa por leer sus diarios porque rondaba en mi cabeza el tema del exilio. Afortunadamente, Nydia compartía mi obsesión por la historia de Zenobia y estaba mucho más adelantada que yo, había coleccionado cantidad de recortes de periódicos sobre la estancia de los Jiménez en la isla y guardaba cantidad de entrevistas, material importante que me fue fotocopiando. Y un buen día me dio la gran sorpresa: «tenemos cita en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la universidad para leer las cartas privadas de Zenobia, éste es un privilegio que ella dejó sólo a los miembros de la familia Lucca provenientes de Pino».

Allí comenzó este relato, cuya originalidad debo a la generosidad de mi prima Nydia.

De regreso a Venezuela, toda turbada porque sólo deseaba pensar y vivir el tema de Zenobia para comenzar a escribir, tal como le había comentado a Nydia, tuve que caer de golpe en mi realidad: mis hijos habían abandonado el nido hacia tierras lejanas, mucho más allá del Caribe; habían atravesado el Atlántico en busca

de buenas oportunidades de trabajo y mejor calidad de vida. Yo me había quedado sola en Caracas, en un exilio interno, mientras desbarataba una vida que desde hace unos meses me parecía sin sentido.

Afortunadamente contaba con mi hermana a quien le pedí asilo en cuanto vendí mi piso, solamente le solicité una habitación propia por un tiempo. Ya se sabe que eso es lo único que necesita una mujer que siente la necesidad de escribir.

Viví casi dos años en la casa de Abjini, investigaba, leía y escribía durante toda la mañana, paraba media hora para almorzar la sanísima comida que cocinaba mi hermana, amorosamente; sólo lavé platos durante esa etapa; continuaba escribiendo en la tarde, y en cuanto bajaba el sol fuerte del trópico me iba a caminar un rato, para pensar, para aclarar ideas; cuando volvía al piso me encontraba con la actividad que tocaba ese día, pasaban muchas cosas interesantes en la casa de Abjini, siendo mi favorita la de los jueves: sus amigas y amigos llegaba a eso de las seis de la tarde, apartaban todos los muebles de la sala, se colocaban en círculo y durante horas cantaban y danzaban por la paz. Yo me sentaba inmóvil en la cama de mi habitación, pero dejaba una rendija en la puerta desde donde disfrutaba del espectáculo, nunca olvidaré sus preciosas canciones tomadas de los pueblos ancestrales de América, sus cantos a la tierra, al maíz y a los dioses.

Cuando terminé de escribir le dije a Abjini que estaba lista para irme, que tenía que buscar un destino para estos dos años de trabajo, y ella me contestó que sólo debía visualizarlo, que únicamente con imaginarme diariamente lo mejor para el relato de Zenobia lograría colocarlo donde convenía, que luego todo vendría solo.

Sólo tuve un momento de pánico durante esta temporada de trabajo y fue cuando comprendí que no deseaba escribir el exilio de Zenobia en La Habana sin conocer esa ciudad, necesitaba ir a Cuba pero no me decidía, algo inexplicable me retenía. Hasta que un día se lo comenté a mi buen amigo Simón Saturno, con quién chateaba constantemente mientras trabajaba. Al instante me escribió: «Siempre he deseado conocer La Habana, yo te acompaño».

Organizamos el viaje en tiempo récord, aterrizamos en el aeropuerto José Martí con un programa muy específico para una semana, no había tiempo para otra cosa que no fuera Zenobia en La Habana, y el tema más importante: lograr una entrevista con Cintio Vitier y su esposa Fina García Marruz, únicos poetas que aún vivían y habían sido amigos de Zenobia y Juan Ramón.

Nos quedaba un día en La Habana y aún no habíamos podido hablar con ellos a pesar de todas las diligencias e intentos de algunos amigos dispuestos a ayudarnos, hasta que Simón, negado a irse sin nuestro objetivo principal, llamó a la casa Martí, sede de trabajo de los Vitier, y consiguió directamente una cita para ya, para ese instante. Corrimos por las calles del reparto Vedado hasta que llegamos jadeantes a la conversación con estos dos seres muy especiales. Sin ellos, *Las Siluetas del Fuego* no hubiera estado completa.

La impronta y generosidad de estas tres personas, Nydia, Abjini y Simón, cercanos y queridos, muy humanos, me ayudó infinitamente a realizar mi trabajo.

PUERTO RICO

Día 1

Me intrigan sus ojos porque son muy distintos a los que dejé meses atrás. Es definitivo, al vuelo noto un cambio en su mirada. Intento pasar por alto los saludos del reencuentro para saber qué pasa, cuando ella se adelanta y me da un abrazo que por lo visto necesita, me da un lento y fuerte abrazo; quita el asa de la maleta de mi mano mientras me empuja hacia la salida murmurando que voy a sudar la gota gorda y que el parking es un desastre. Acostumbrada a los contrastes del Caribe, acepto tranquila el soplo de aire caliente que se cuela al abrir la puerta y el bullicio tropical del estacionamiento.

Ya instaladas en el Lexus, me siento más tranquila y me propongo esperar paciente a que me cuente todo, absolutamente todo, doy por sentado que eso es lo que viene. Cuando murmura algo sobre los separatistas de su isla y se queja del apoyo que les dan mis compatriotas, me desconcierto; corto rápido, le explico que muchos de nosotros estamos al margen de la gran batalla contra el imperio, que nuestras intenciones son menos complicadas y que en la aduana una funcionaria gringa registró mi pobre maleta buscando bombas, que la cosa fue tan fuerte que yo hasta me asusté.

Marisa se vuelve sonriente mientras enciende el auto, y me espeta:

—Eso sí me gustaría verlo, *baby*.

Ella querría verme temblando ante sus federales. Suelto una carcajada para ponerme a tono con la burla, miro afuera y pregunto hacia dónde vamos, cuando noto que ya en Las Américas bajamos hacia la 52. Me informa que nos quedaremos en Ponce para intercambiar con calma nuestros adelantos y, además, hay que planificar mis escasos días en Puerto Rico.

—¿Tus *babys* y Julián se quedaron bien en Caracas? —me pregunta cuando recuerda a mis angelitos y a mi esposo.

—Más que bien —contesto pensativa, y con un suspiro aclaro pronta—: se quedaron todos con mi madre.

—¡Benditas madres! Es una lástima que vengas por tan pocos días, pero no te preocupes, *partner* —me tranquiliza—, haremos la tarea.

Estoy segura de que Marisa ha hecho su parte, desde un

principio supe que ella sería la mejor socia, y ahora sigo pensando igual, aunque insisto, me la han cambiado.

Flotando por la autopista me relajo en el asiento, acepto lo que viene sin preguntas y hago la resolución de no adelantarme a nada, de dejar que mi visita fluya; ella me comenta que nos quedaremos en el hotel Meliá, cerca de la plaza, y yo suspiro de contento porque no hay nada más estimulante que el centro de la ciudad de Ponce, la otra perla en el ombligo del Caribe. Marisa se vuelve para mirarme porque siente mi alegría y me pregunta, festiva:

—¿Todo *okay*?

Asiento con la cabeza primero.

—Yo casi siempre estoy de acuerdo contigo.

Y es la verdad.

Busco la mejor posición porque anticipo más de una hora de viaje por delante y deseo prepararme para cualquier cosa, aunque nada inquietante puede pasar sobre la mansa autopista que nos lleva a Ponce. Marisa piensa de otra manera y decide darle al viaje una nota emocionante. Sujeta el volante con ambas manos, como quien agarra el toro por los cachos, y me dice:

—¿Te acuerdas de aquella búsqueda romántica tratando de adivinar si Zenobia y Juan Ramón se habrían visto allí por primera vez? *¿Remember?*

Asiento con la cabeza sin hablar.

¡Cómo no recordar su intento de romper el hielo ante tanta erudición!

—Allá nunca hablamos de nuestras cosas —continúa Marisa, densa—, *never*, nunca tuvimos una conversación normal entre amigas que tienen tanto tiempo sin verse... lo que pasó pasó, para mí encontrarte después de años fue demasiado grato para hablar de cosas tristes, y luego, la coincidencia de nuestra pasión por Zenobia opacó todo lo demás, pero esos temas existen, siempre han existido y una nunca logra resolverlos, lo cual quiere decir que no todo está *okay* —continúa misteriosa—, aunque yo ya no sueño y tampoco ando temerosa.

Antes de responder a este ataque de confusa y pomposa sinceridad, recuerdo lo poco cobarde que fue Marisa cuando ante un auditorio pleno de académicos importantes, dueños indiscutibles de la vida y obra de Juan Ramón, preguntó quién sabía si el flechazo entre Z y JR había sido en La Rábida; pregunta sorprendente sazonada con su sabroso acento caribeño para cambiar la señal adusta del encuentro. Fue valiente, Marisa.

Nos encontramos ese otoño en Huelva. Había allí un coloquio sobre Zenobia y la ocasión significaba para ambas la oportunidad de estar en el mismo lugar de España donde ella trabajó por primera vez. Las dos sentimos curiosidad por el hecho de que Zenobia siempre bregó en la calle, algo raro para su momento.

Allá en Huelva me comentó Marisa que probablemente la parte norteamericana de Zenobia no le daba tregua, que esa condición la obligaba a buscar qué hacer y a sentirse culpable si estaba sin oficio. En diversas ocasiones ha insistido sobre las costumbres gringas, las de Zenobia. Dice que para bien o para mal, esa influencia la dominó muchas veces; a Marisa, como es de Puerto Rico, le suena el tema mucho más que a mí. Debe de ser porque ella también vive en inglés y en español sin ninguna traba.

Para rematar, declaró entonces que esa misma herencia había convertido a Zenobia en taciturna hacia el final.

El mismo día en que ella dejó boquiabiertos a los académicos ante su pregunta supuestamente tan fuera de lugar, nos fuimos hasta La Rábida; sí, ojos cándidos venidos del Nuevo Mundo recorrieron el monasterio y luego se plantaron a contemplar a través de prismáticos el océano Atlántico por donde cruzó Colón; ambas guardábamos silencio porque nos sentíamos conmocionadas ante los tonos pastel de los bellos frescos del pintor Vázquez Díaz que acabábamos de ver, los que escenificaban una llegada a América suavísima y muy bien planificada.

Se hace un momento de silencio dentro del auto, aprovecho para cambiar mi posición y recuperar un mínimo de aliento ante el inesperado discurso de mi amiga. Me recuesto y me dedico a pensar en lo nuestro: si deseamos aprovechar mi visita a Puerto Rico es preciso bajar la nota intensa para conversar tranquilas; tenemos que dar prioridad a nuestro proyecto, lo principal es el proceso, me digo, involuntariamente contagiada por el lenguaje revolucionario de mi tierra. El silencio dura poco y mi resolución de procurar la calma dura menos.

Voy a crear cierto malestar, estoy segura, pero es importante que nuestro encuentro sea de lo más sincero:

—A mí, ahorita, además de Zenobia, me gusta Juan Ramón también, no he podido evitarlo.

Le hago el comentario con cautela y en voz queda porque advierto la bomba que estoy soltando, aún recuerdo clarito lo que ella me manifestó en La Rábida, acariciando los geranios del claustro mudéjar: Zenobia se dejó no sé por qué, ese brujo la

hipnotizó, pura magia.

Marisa, con la mirada fija en la carretera y los labios apretados, me contesta cortante que ella cada vez siente a Juan Ramón más ególatra y que no puede aceptar a un ser como él.

—¡Se te han olvidado muchas cosas! —insiste—. Lo que pasa es que estás trabajando los primeros años —continúa haciendo un esfuerzo por parecer comprensiva—. Estás en la etapa bonita, la del amor y los éxitos, deja que llegues a lo mío, deja que vivas el exilio.

—No he olvidado nada —me apresuro a aclarar—, conozco los tiempos malos. Tal vez estoy enamorada del genio porque lo he leído mucho, igual como le pasó a Zenobia —remato audaz y asombrada ante mi respuesta.

Llegamos al hotel a media tarde después de haber vuelto y revuelto sobre las razones de Zenobia para aceptar al poeta, recordamos que ese fue desde un principio el punto en que estuvimos de acuerdo: se enamoró equivocadamente del genio.

Ahora, en esta nueva etapa, las cosas son diferentes para mí y enfrento el paso más difícil de cambiar: aclararlo a las amigas.

Marisa, con estudiada tranquilidad, me propone que nos demos un chapuzón en la piscina una vez que cada una se instale, dice que es un buen comienzo.

Al entrar a mi habitación quedo sorprendida porque todo el mobiliario recuerda las casas de los años cincuenta en Caracas, las que fueron testigo de los desmanes del dictador Pérez Jiménez. Me sobresalta un tun-tun a la puerta y, embobada como estoy por el ambiente, alucino con que llegará algún general a ponerme presa. Sin esperar respuesta entra una amable mucama que de un tirón abre la cortina para develarme la plaza de las Delicias y, más allá, la catedral. Durante segundos contemplo la vista y me emociono ante Ponce porque es una ciudad del Caribe cuidada hasta el último detalle, una perla verdaderamente pulida. Inevitablemente, mi imaginación vuela hacia La Habana: una perla bellísima, más que bellísima, pero semi-destruida.

Me apresuro, sé que Marisa estará ya esperándome, abro la maleta, saco unas cuartillas, echo una ojeada para cerciorarme de que están todas y sigo rebuscando hasta dar con mi biquini.

Encuentro a Marisa recostada en una silla de extensión de color azul. Envuelta en gasas y bebiendo un daiquiri, luce tan espectacular como cualquier diva de Hollywood.

Es bonita, siempre ha sido así de bonita.

La amistad entre corsos y jíbaros obtuvo su mejor producto cuando nació mi amiga. Ella nota que me acerco y al ver las hojas en mi mano alza las cejas con alarma:

—¿Vamos a trabajar desde hoy con precisión científica?

—Sólo deseo leerte algo —replico apenada por mi precipitación —. Me ha costado tanto armar este cuento que estoy atorada por leértelo a ver si voy bien, no en vano mi fuerte son los números —aclaro, recordando las horas diarias que ocupo en sumas y restas.

Marisa, con una media sonrisa me confiesa:

—Yo no estoy atorada sino aterrada, cuando te lo lea me moriré de angustia.

Coloco mi trabajo sobre la mesita y le pido que no lo toque, que espere mi regreso. Me voy caminando por el borde de la piscina y me paro cuidadosamente bajo la cascada, dejo que el chorro de agua pegue fuerte sobre mis omoplatos para relajarme. Yo también deseo una conversación de mujeres con Marisa a ver si entiendo... y al pensar en mujeres mis pensamientos vuelan a Caracas.

Salgo de la piscina, aún chorreando agua me acerco a la mesita y chupo largamente el pitillo de una deliciosa piña colada que me espera; mi socia conoce mi afición por el ron en combinación con lo que sea, se la conté en España mientras titiritando de frío hablábamos nostálgicas sobre el mar Caribe observando el Atlántico. Acomodo mi toalla en la parte inferior del diván de Marisa, me siento y subo las piernas buscando dónde apoyar el texto mientras muevo la cabeza para lograr la luz que me permita leer. A punto de comenzar, ya con los anteojos puestos y aclarando la voz, siento la mano de Marisa que se apoya en mi brazo, levanto los ojos para ver lo que desea y escucho su voz entrecortada que me dice:

—No es nada, hermana; es que este tema me golpea con fuerza.

Leo.

> Mientras caminaba rápido por la calle de Villanueva para visitar a los Byne, trataba de imaginar cómo sería el rostro del alma en pena que habitaba en la pensión Arizpe; ya conocía sus largos dedos y sus impolutas uñas cuando abría una inverosímil rendija en la puerta de su habitación y ya conocía la punta de sus pulidos zapatos que apenas asomaban cuando espiaba su salida; por supuesto que ocasionalmente

había escuchado los discretos golpes de su bastón en la pared cuando la algarabía alcanzaba volúmenes inadecuados; sabía que llevaba una barba bien cuidada y que era un poeta, no cualquier poeta. Deseaba verlo de cuerpo entero para comprobar si era tan cursi como lo había imaginado.

Zenobia esperaba las tardes en casa de los Byne con mucho entusiasmo, eran tardes de música, siendo ella una de las más asiduas intérpretes del piano; eran tardes para conversar sobre antigüedades, pasión que compartía con la periodista Mildred Byne, del Hispanic Society of America; y eran tardes para hablar el inglés desenfadado que su madre no le permitía en casa y que se había acabado cuando sus hermanos se fueron a estudiar a Norteamérica. Eran sus momentos disolutos en ese ceremonioso Madrid donde la habían obligado a vivir.

Isabel Aymar imponía suavemente un orden férreo en casa, la madre era amante total de la disciplina y arrastraba desde América una cantidad de normas. Su hija, que ya no era una niña, ni siquiera una adolescente, vivía atrapada entre el deber hacer y el deber cumplir.

Marisa hace señas para que me detenga y me comenta:

—Isabel Aymar la dominaba. Recuerda que le propuso cuando jovencita que escribiera un diario donde plasmar las cosas que hacía, las útiles y las inútiles, sólo para saber si aprovechaba bien su tiempo. Zenobia recuperó ese diario en Puerto Rico, ya enferma, lo volvió a leer y le pareció tremendamente aburrido.

Retiro los ojos de las cuartillas y le aclaro:

—Isabel Aymar era una mujer muy cálida pero educada a lo gringo... Bueno... Más bien no sé... Isabel Aymar tenía una mezcla explosiva de hugonote y corso, además de una parte taína, imagínate, todo sazonado con la fe cristiana.

Marisa replica, dramática:

—Todas somos una mezcla explosiva que en algún momento estalla, pero te advierto que Isabel tenía motivos para estar amargada, luego te cuento.

Hace señas para que siga pero agrega:

—Además, no te olvides que Isabel se casó con un catalán, también Camprubí debió de ser bastante diferente.

Reanudo la narración.

Cuando volvieron a España, en 1910, porque el ingeniero Raymundo Camprubí tenía un contrato en La Rábida, Zenobia protestó, porque le gustaba Norteamérica y allí tenía infinidad de amigas, porque estaba acostumbrada al orden anglosajón, y porque simplemente pensaba en inglés, lo cual determinaba que sus palabras en español salieran lentas y con un leve acento. No hubo caso, Isabel Aymar había hecho todos los esfuerzos para que sus hijos varones entraran en la Universidad de Harvard pero a Zenobia la mantuvo cerca, partidaria de una educación muy tradicional para las mujeres y secretamente en espera de un buen partido. Con frecuencia, la hija le recordaba a su madre el éxito de los estudios de su abuela en Linden Hall, pero Isabel Aymar los desestimaba, aclaraba que habían sido un recurso para que Zenobia Lucca de Puerto Rico se tratara con las personas adecuadas, pero que ella no necesitaba mejorar sus amistades. Zenobia abría la boca para protestar aunque dejaba el reclamo en el aire al recordar que su madre había heredado la terquedad de los Van Buren. «¿Usted se acuerda de Puerto Rico alguna vez?», le preguntó un día con cierta impertinencia, y se sorprendió por la larga explicación que recibió: Isabel Aymar Lucca añoraba la isla, deseaba fervientemente contemplar la bahía de Guayanilla y recorrer el maravilloso camino hasta la Regenerada, observando el vaivén de los cañaverales de la finca, deseaba montar su yegua y apearse en uno de los manantiales a beber agua bien friíta. «Pero tengo a Bobita —se consolaba su madre—, gracias a Dios, *Grand-père* me regaló a Bobita cuando nací.» Zenobia buscaba con la vista a la esclava de su madre que aunque ya era libre, nunca se separaba más de unos cuantos metros de su ama. En otras ocasiones, la hija trataba de que su madre comprendiera que, incluso en España, ella deseaba trabajar; aquí Isabel Aymar se mostraba de acuerdo y la alentaba a frecuentar instituciones de ayuda a los necesitados, le recordaba: «la vida sólo tiene significado si uno sirve a los demás».

> Zenobia se sentía muy lejana de su padre y de su mundo, que hasta cierto punto le era muy ajeno; su vida fue cercanísima a la de su madre hasta que conoció a Juan Ramón.

Me detengo porque necesito decirle a Marisa que, a pesar de estar muy influenciada por su madre y su época, Zenobia fue una chica de avanzada, nada sumisa.

—¿Y cómo le hizo caso a Juan Ramón? —me pregunta asombrada.

Marisa dice que no con la cabeza y aprieta los labios porque lo que digo le molesta.

—A principios del siglo xx, en España estaba mal visto que una mujer fuera aficionada a la lectura, y Zenobia, aunque venía de América, estaba sujeta a todas esas ignorancias y tonterías —insisto —. A pesar de todas sus desventajas, Juan Ramón era diferente y eso fue lo que a ella le gustó.

Continúo leyendo.

> El poeta provocó el conocimiento mutuo obsesionado por la risa de la amiguita de los Byne. Una tarde escuchó, en una de sus acostumbradas misiones de espionaje, cuando Arthur Byne le propuso a Mildred y a Zenobia que asistieran al curso de verano de la Residencia de Estudiantes. «Lo dirige Menéndez Pidal», les informó Byne como garantía, y ellas se entusiasmaron. El día de la conferencia sobre La Rábida de Don Manuel Bartolomé Cossio, se apersonó el poeta, in situ, dispuesto a conseguir la presentación oficial; la logró, y, después de retenerla por horas con sugerente conversación, terminó por declarar su encantamiento a una asombrada Zenobia: «Ya ve usted lo que me ha pasado a mí, ahora, usted decidirá».

Me detengo. Trato de leer en el rostro de Marisa si todo va bien. Ella abre los ojos que ha cerrado para entender mejor lo que estoy leyendo.

—Ella lo estaba buscando, esa curiosidad por conocerlo, y luego él, primero la envuelve con su labia seductora y después se le declara ese mismo día, tal cual como irse a la cama en la primera

cita.

Me quedo pensando un instante.

—Estaba escrito. Tú todavía no has aceptado que él era su destino.

Marisa comienza a reír, incontenible, y yo la sigo no sé por qué. Nos detenemos nerviosas.

—Según tú, cualquier flechazo es un destino eterno, pero se te olvida que JR enamoró hasta monjitas de convento.

Vuelvo a explicarle que lo de Zenobia nunca fue lo mismo, que a pesar de su apuro, Juan Ramón cortejó a Zenobia por dos años hasta lograr que ella lo aceptara, para Z no fue un flechazo y tardó bastante en consentir.

—Sin duda se quedó con él porque quiso, nadie la obligó. JR la rodeó y le bajó todas las defensas. ¿O es que a ti nunca te ha pasado?

Marisa me mira con asombro:

—¿Me ha pasado qué?

En La Rábida nunca hablamos de nosotras. Así fue. Ni Marisa contó lo suyo ni yo conté lo mío. A pesar de que teníamos más de quince años sin saber la una de la otra, no nos pusimos precisamente al día. Siempre fue Zenobia. Impulsiva, propongo parar la lectura y conversar sobre nosotras. Me asombra la rapidez con que Marisa acepta hablar de sí misma:

—La mía es la historia más corriente, ninguna posibilidad de algo distinto —se arranca Marisa, dispuesta a contar sin titubeo—. De la casa de mis padres al altar, habiendo ya pasado por la universidad, porque tú sabes que aquí todos estudiamos para aprovechar las ayudas federales. Después que terminamos el *high school* volví a Puerto Rico y aquí mismo conocí a Luis. ¿Tú conoces a Luis?

Luis es el esposo de Marisa. Lo conozco muy poco. Marisa y yo estudiamos juntas en Estados Unidos, fuimos muy amigas, latinas entre gringas. No nos vimos más, por eso fue una gran sorpresa encontrarnos en Huelva.

—¿Por qué fuiste a Huelva? —le pregunto a boca de jarro, porque no sé si lo tengo claro.

—¡Cómo! ¿No te lo dije? Me fui a Huelva en busca de Zenobia y en busca de descanso, las cosas aquí habían llegado demasiado lejos y tuve que huir, después me arrepentí y, como siempre, sufrí mucho por tanta debilidad. Lo que no entiendo, querida, es por qué nos sentimos tan culpables y nunca lo decimos. Anoche se lo dije a Luis.

Por fin Marisa cuenta algo que tiene que ver con sus ojos... Mi amiga se armó de valor anoche y le explicó algo a su marido.

—¿Qué? —le pregunto con la esperanza de enterarme por fin.

—Le dije que quería ser dueña de todos mis actos, de mi vida.

—¡Qué!

—Pues le dije la verdad después de mucho dudarlo, pero es que por lo general las mujeres escondemos que nos sentimos invadidas. Le traté de explicar que un ser humano no puede apoderarse de otro ser humano así lo haga suavemente, pero no entendió, me salió con el mismo tema de siempre de la comprensión y la tolerancia, un macho recio trasmutado en predicador, así de repente, y eso que hice un gran esfuerzo para expresar lo que siento objetivamente y sin sentirme culpable. ¿Tú entiendes por qué nos sentimos culpables? —continúa quejumbrosa—. Ya sé que es tanto más inteligente aceptar una existencia tranquila, sin problemas, contenta con lo que a una le ha tocado y sin pensar mucho, tal como aconsejaba doña Pilar: «El conocimiento analítico puede perturbar la finas arterias de la feminidad».

En ese momento, aparte del vértigo que me produce la cita de Pilar Primo de Rivera recitada en español castizo, me doy cuenta de que estamos en Ponce porque Marisa se fue de su casa. Se lo pregunto y me contesta que no, que no se fue sino que Luis la botó.

—Tú te imaginas —me cuenta—. ¡Qué golpe tan duro para el ego de Luis! Marisa no se siente a gusto con todo lo que el señor le ha dado y quiere hacer lo que le da la gana.

Sospecho que no todo es verdad.

Luis nunca botaría a Marisa de su casa por un simple intercambio de palabras, estoy segura de eso, pero no lo digo.

Con calma recojo mis papeles como haciendo tiempo. Marisa se confunde y me interroga:

—¿No soportas la idea de que me botaron de mi casa?

—No... Lo que me importa es que tú estés bien.

—Tampoco Zenobia lo habría aprobado —continúa mi amiga—. Nunca se decidió a huir, ya sé, era la época. Pero fíjate que Connie de La Mora lo logró, ¡ay, hermana!, ¡qué historia tan romántica la de Connie!

Marisa ha estado leyendo a Connie.

—¿Tú no crees que Zenobia hubiera estado mejor casada con Henry Shattuck?

Como vengo preparada para esa pregunta, busco entre mis hojas y retomo la lectura.

Cuando Isabel Aymar se enteró de quién era el

pretendiente de su hija, le advirtió claramente que un poeta no era conveniente y menos todavía un poeta como JR, que había estado varias veces en sanatorios franceses. Zenobia la tranquilizó, le recalcó que la neurastenia de JR estaba curada y que no era hereditaria, que en realidad a ella sólo le intrigaba el personaje y nada más, le intrigaba porque era muy triste y que más bien, lejos de algo serio, se divertía burlándose un poquito de él. La cosa no pasó de este simple comentario hasta que Zenobia y su madre asistieron nada menos que a una conferencia de María Lejárraga, feminista e íntima amiga de Juan Ramón; María trató por todos los medios de agradar a la señora Aymar para ayudar a su amigo, pero no hubo caso, se hizo evidente que eran mundos diferentes. Isabel se sintió asustada por el ambiente donde JR estaba introduciendo a Z, se quejó amargamente, e insistió en organizar un viaje a Barcelona dónde se encontraba Henry Shattuck, el candidato ideal para su hija, según guardaba en el más recóndito compartimiento el inconsciente de Isabel Aymar. Sin embargo, ya era tarde: Juan Ramón había conquistado a Zenobia con sus ojos brillantes, sus pómulos salientes, su barba negra y sobre todo por su voluptuosidad casi oriental que contrastaba con el galanteo insulso del norteamericano. Z había mantenido su noviazgo clandestino por temor a agravar los problemas de salud de su madre, pero ya no había vuelta atrás. Contra viento y marea había aceptado al poeta, quien le había propuesto matrimonio por carta: «Es absolutamente preciso que nos casemos pronto. No sabes la paz, la fuerza, la tranquilidad, el tiempo que esto me daría. Piensa tú que tu presencia me es necesaria, Zenobia, que mi vida sin ti está falta de vida». Z no resistió ni un día más a pesar de las advertencias que le hizo su amiga Marie Lack en una de sus cartas: «Los poetas son amigos que enriquecen e iluminan la vida, pero maridos espantosos».

Marisa se emociona hasta tal punto cuando le leo este último párrafo, que se pasa las manos por los ojos para secar las lágrimas.

Me pongo muy nerviosa porque siento que nuestro encuentro se ha vuelto... algo difícil. Permanezco unos segundos en silencio, me levanto y reviso los tragos, le hago seña al mesonero para que traiga otros y me siento. Pienso en lo que podría decirle a Marisa para calmarla, no quiero turbarla, pero si le cuento lo que se me ocurre puedo empeorar las cosas. Ella habla antes que yo para decir en un tono casi inaudible:

—Yo pensé que la había enamorado sólo por carta y tú opinas que aplicó todo su poder de seducción; yo pensé que ella se había equivocado en grande y tú opinas que hizo lo correcto, que siguió su verdadero destino. ¿Qué pasa? ¿Qué pasó?

Aclaro la garganta para dar mi opinión:

—Para mí la clave está cuando JR anima a Z para que traduzca todo Tagore.

—¿Qué dices? —exclama Marisa airada.

—Sí —confirmo muy segura—. Juan Ramón le indicó a Zenobia cómo centrarse en la vida y luego la ayudó.

Busco entre mis cuartillas para producir el apoyo convincente a mis palabras.

—Escucha lo que le escribió al respecto: «Todas las traducciones que hagamos de cosas bellas, las firmarás tú. Luego has de hacer algo original, ¿verdad? Yo quiero que en el porvenir nos unan a los dos en nuestros libros». ¡Qué más quieres! —observo triunfal a mi amiga mientras caigo en la cuenta de que además de un gran poeta era todo un seductor.

Marisa no se deja convencer y me sale con algo que estima contundente:

—Sí, la nombra su ayudante. Lo cual no tenía nada que ver con el acto de crear.

Vuelvo a sentarme con mis cuartillas en la mano, un poco desconcertada por la última aseveración de Marisa, me siento extraña porque introduce un punto clave que no me esperaba y que le daría un vuelco rebuscado a nuestra historia. Me recompongo y le advierto a mi amiga que es lo último que voy a leer esta noche y que mañana continuaremos. Marisa me detiene en tono grave.

—No te molestes conmigo, tú sabes que desde un principio pensamos que JR no era el novio conveniente.

Y ante mi gesto de fastidio, porque podríamos volver al pretendiente de la madre, me advierte:

—¡Olvida a Shattuck! ¡A ninguna madre le gusta que su hija se case con un neurótico!

—Es verdad —acepto.

Me detengo y hablo sin perder la calma, le explico que Zenobia investigó bastante y llegó a la conclusión de que la inestabilidad de JR había sido pasajera, que los años de tratamiento con los doctores Achúcaro y Simarro lo habían curado.

A Marisa se le agolpan las palabras antes de contestarme.

—Pero, pero *baby*... Tú sabes perfectamente bien que de eso nadie se curaba en esa época, ¡que no había Prozac y nadie mencionaba las serotoninas! Tú sabes que JR arrastró sus fobias toda la vida; la más fue sencilla: la manía con la g, y la peor, sin lugar a dudas, fue estar siempre al borde de la muerte, la obsesión con su propia muerte que lo llevó hasta lo inaudito, tanto como escoger su casa según la clínica que estuviera cerca.

—¿Qué quieres que te diga? —contesto seca, porque todo lo que me cuenta es la pura verdad—. ¿Quieres que te confirme que Zenobia esquivó la posibilidad de ser feliz al casarse con JR? ¡Pues no! Ella fue muy feliz en algunas épocas, como le pasa a todo el mundo. ¿Tú sabes lo que significó para ella haberse casado con Juan Ramón Jiménez?

Marisa, al oír esta última pregunta, se queda pensativa.

—Sí, claro que lo sé, pero luego ha pasado por mi cabeza que ella quería morirse. Por lo menos durante sus últimos años y también durante la época en La Habana. Ella no se cuidaba.

—Estaba deprimida —le contesto y termino en un tono más bajo —. En su diario se nota, cualquier exilio pesa mucho.

Nos tomamos un descanso porque el intercambio fuerte nos deja vibrando. Trato de encaminar la conversación hacia María Zambrano, vine con la idea de hablarle a Marisa de todas las ideas de María y su amistad con Juan Ramón, pero no se engancha, quiere retornar al mismo tema. En este proyecto que hemos asumido juntas, a ella le toca trabajar los peores años de Zenobia, lo que la tiene en un estado deplorable, es lo que le pasa.

—Te leo esta última parte que es bonita y lo dejamos hasta allí —trato de suavizar las cosas.

> Zenobia escribía desde pequeña, alguna vez le publicaron en revistas infantiles y, cuando adulta, enviaba artículos a diferentes publicaciones norteamericanas. Le gustaba escribir y lo hacía metódicamente, también leía bastante porque desde pequeña su madre había insistido en la lectura como parte de su educación. En 1914 su amistad con el poeta había transitado por diferentes momentos: primero le tocó observar desde su ventana las largas

esperas de JR sentado frente a su casa en un banco del paseo de la Castellana acompañado por el doctor Achúcaro y pidiendo ser aceptado; luego, intercambios de cartas apasionadas donde poéticamente se comparaban con Titania y Oberon, intercaladas con algunos pleitos desastrosos donde juraban no dirigirse la palabra nunca más en la vida. En esos días Zenobia leyó *The Crescent Moon* de Rabindranath Tagore y le gustó tanto que tradujo algunos poemas al español para que JR los leyera; Juan Ramón quedó tan encantado que la estimuló para que tradujera todo el libro, que titularon en español *La Luna Nueva*. Unos meses después, en tiempos paralelos, JR publicó la traducción de Tagore hecha por Z, lo cual le abría a ella el camino hacia un respetable oficio, y Zenobia le dio el sí a Juan Ramón.

—Punto final por hoy —digo cuando paro de leer.

Marisa se queda pensativa, acepta con un gesto afirmativo mis palabras, pero me pregunta si estoy proponiendo que la manera como JR independizó a Z fue poniéndola a trabajar. Suspiro, y aunque estoy cansada, le contesto que a veces basta con que un hombre ponga a trabajar a una mujer para que ésta se enamore. Marisa se asombra:

—Esa teoría tuya acaba con todo lo que yo conozco, a todo el mundo le gusta que lo mantengan: hombres y mujeres, ¿o es que no?

Asiento con la cabeza.

Como no es hora decente para comenzar con este tema, le propongo que lo retomemos mañana. Marisa se da por vencida y admite que levantemos campamento. Caminando hacia las habitaciones me recuerda que Juan Ramón no perdió la oportunidad de colocar un poema suyo en el libro de Tagore. Me detengo antes de responder para no hacerlo a la ligera, porque reconozco el punto como uno de los más sensibles, hablo con sumo cuidado.

—El poema de JR enaltece el texto de Tagore, Marisa, tú tienes que comprender que esto es más bien un espaldarazo que le da el gran poeta a su novia.

Marisa insiste.

—¿Ahora también piensas como algunos que el traductor fue él?

—No, claro que no. Juan Ramón no hablaba inglés, lo confirma

Zenobia en una de sus cartas a Guerrero Ruiz. Quien diga lo contrario está equivocado —se lo cuento otra vez y le advierto—: ¡Mi admiración por Zenobia sigue intacta, no soporto tu sospecha! —Y añado más calmada—: Pienso que tradujo Zenobia, quien era completamente bilingüe, pero el ritmo lo puso Juan Ramón, eso se nota y no queda duda.

Día 2

Marisa amanece tranquila, confirmación de que una conversación entre mujeres es reconfortante aunque sea intensa.

Nos desayunamos en silencio pero con la mutua convicción de que nuestra amistad está ilesa a pesar de las diferencias de la víspera. Buscamos el Lexus y partimos.

A medida que avanzamos encuentro el recorrido, desde Ponce hacia Guayanilla, idéntico a cualquier carretera del campo en Venezuela. Se lo comento a la conductora, que viaja muda y pensativa, y ella, sin quitar la vista de la carretera, me contesta que también nosotras nos parecemos y, para ser más clara, acota: «somos de la misma tribu y no importa más que eso». No es cierto, reflexiono extrañada por su expresión y tratando de borrar de mi mente a los caribes masacrando a los taínos.

Marisa cambia el tema al anunciarme que nos vamos a detener un instante en Guayanilla para ver la placa.

—¿Qué placa? —indago curiosa.

—Una placa que hay allí donde dice que el bisabuelo de Zenobia fue de los fundadores del pueblo.

No sé si se refiere al corso Lucca o a mister Aymar.

—Es la placa donde está José Lucca —me aclara sin yo preguntar—. Te tengo que confesar algo, te tengo que decir que he investigado un poco sobre la familia de Zenobia en Puerto Rico.

La miro extrañada porque siempre ha sido esa la idea. A Marisa le corresponde Zenobia en América.

—Lo que quiero decirte es que no pude limitar la historia a los Aymar, porque esos no eran nadie en Puerto Rico y me fui más atrás, mucho más atrás, hasta el bisabuelo Lucca, y eso me ha tomado mucho tiempo.

Me quedo pensativa cuando me dice que los Aymar de Nueva York no eran nadie en Puerto Rico, cuando se sabe que eran grandes plantadores de caña de azúcar en la isla. Se hace un nuevo silencio.

En esta tranquilidad flotante que produce el auto de Marisa, es inevitable recordar la última noche que pasamos juntas en Huelva, cuando juramos aclarar la memoria de nuestra Zenobia. Nos fuimos de rumba como despedida y entre un vinillo y otro acordamos

armar nuestra versión reivindicadora porque estábamos un tanto molestas, sentíamos que en España no entendían lo suficiente su parte americana. Al día siguiente, ya más sobrias, le pregunté a Marisa si encontraríamos algo nuevo además de todo lo que ya se había escrito sobre Zenobia, tratando de entender si seguiríamos adelante o si todo había sido una noche de copas excesivamente creativa. Mi amiga me contestó definitiva que en su tierra había mucha información más y que, aparte de eso, para ella era una necesidad la explicación americana de Zenobia. ¡No se habló más! Entendí que ya estábamos dentro de un proyecto en marcha. Luego, en apenas una mañana, planificamos el trabajo. Marisa me contó que en la Sala de la Universidad de Río Piedras había cantidad de cartas aunque de acceso restringido, y además, dijo que existían algunos parientes Lucca que sabían bastante sobre la vida de Z. En ese instante debí insistir sobre su interés por la vida de Zenobia y no lo hice, me dejé convencer por todo el cuento romántico de la solidaridad automática entre las mujeres y la versión latinoamericana de nuestra heroína, y por eso todavía hay cosas que me intrigan cuando sospecho que ella mezcla impunemente su malestar con el de Zenobia.

Recuerdo que la única diferencia que tuvimos en ese momento fue con respecto a los diarios, los famosos diarios escritos por Zenobia en América, cuando salió de España al estallar la guerra, los que terminan cuando ya está grave en Puerto Rico. Yo había leído unas cartas escritas por JR en la misma época y me parecían fascinantes, era muy estimulante cuando contaba que en La Habana se sentía como en Andalucía. Esas cartas eran todo lo contrario que los diarios, porque, aunque lo estaban pasando muy mal en el exilio, JR lo convertía todo en poesía. Se lo dije a Marisa, que se molestó ante la mínima insinuación de que los relatos de Zenobia eran monótonos, llegó a acusarme de insensible cuando insinué que en ellos había algo de la víctima. Es que las mujeres de antes eran tristes y todavía hoy se sienten culpables si son felices. Traté de racionalizar mi punto de vista y explicar que no había nada personal en mi apreciación. Marisa no siguió peleando el tema porque algo de lo que dije la hizo enmudecer. Nunca supe qué.

Entramos en Guayanilla y nos estacionamos frente a una casa. Desde unas cuadras atrás, y antes de bajarnos del auto, siento el deseo de comunicarle a mi amiga lo que pienso, aprovecho la parada.

—Todavía recuerdo nuestro encuentro en Huelva con

entusiasmo, y desde entonces, todo lo que pasó allí ronda por mi cabeza.

—Yo también —me contesta Marisa con una generosa sonrisa y como quien vuelve a terreno seguro—. Mi vida se divide entre antes de Huelva y después de Huelva. Zenobia me ha gustado desde siempre y tú lo sabes, pero fue precisamente después de Huelva que la idea de cambiar me invadió. —Y de la manera más sincera—: Te debo el cuento.

Saliendo de ver la placa, Marisa propone que nos demos una vuelta por la bahía de Guayanilla, que es preciosa, y luego nos vamos a almorzar un buen Can-Can en La Guardarraya. La escucho explicar la comilona que nos espera con cierta angustia; tengo tiempo que no como cochino, es algo casi religioso aunque no soy judía, pero ya veo que será imposible decir no a un plato que parece ser lo típico.

La bahía es de lo más bonita, amplia y profunda, como les gusta a los corsos, inclusive la vegetación xerófila me recuerda al puerto de Carúpano, lugar de corsos en mi tierra. Deseosa de saber mucho le pregunto si allí desembarcaba Isabel Aymar y me contesta:

—Aquí y en Ponce, y también en San Juan.

Marisa, que ha estudiado mucho a Isabel, me cuenta que ella conoció a Raymundo Camprubí en una pensión de San Juan, cuando estaba de paso por allí en un viaje hacia el norte; parece que Camprubí era un señor muy formal que se equivocó al enamorarse de una americana.

—Se llevaban mal —aclara.

—Isabel ¿se casó muy joven? —Me interesa el tema.

—No, qué va, vieja para su época, se casó de veintinueve, era una mujer independiente y con dinero, su abuelo Aymar, millonario, le dejó la plata a ella solita, el catalán no podía ni tocarla.

Le gusta el tema también, a Marisa le interesa demasiado Isabel Aymar, igual que a mí, las dos estamos empeñadas en husmear a fondo en la parte americana de Zenobia, como si allí hubiera un secreto que le dé un vuelco a nuestra historia.

Llegamos a un establecimiento inmenso de techo muy alto y lleno de mesas; afuera, mucho verde. Mi amiga me dice que ahí es donde sirven el mejor cerdo, el que todo Puerto Rico trata de imitar. Nos bajamos del Lexus y Marisa da un rodeo hasta la maleta

del auto, la abre y saca una carpeta. Me mira triunfante mientras sacude los papeles en alto:

—Aquí está. Como el cerdo se cocina lento, te leeré mientras esperamos.

Nos sentamos. Yo me encuentro rara, debe ser que estoy a punto de vivir nuevas experiencias y eso me turba un poco: voy a comer cochino después de años de abstinencia y voy a tratar de escuchar una tesis seria dentro del bullicio infernal de los amantes del puerco. Pido una cerveza y oigo una advertencia más de Marisa:

—Yo escribí algo mucho menos formal que lo tuyo, pero quiero advertirte que esto no es lo definitivo, es sólo un calentamiento en el *bullpen*.

Me sonrío ante la expresión beisbolística que también usamos en Venezuela, mientras escucho todas sus explicaciones atropelladas acerca de que anoche volvió a leer todo porque no se podía dormir y está contenta.

—Me siento bien porque no es tan malo y porque nos sitúa en otra dimensión del cuento.

Aclara la garganta y comienza.

> ...desde la ventana la muchacha vigilaba el camino de entrada iluminado por la luna llena, y cuando escuchó el canto encadenado del múcaro, supo que ya era el momento; atravesó la sala con cuidado para no hacer el más mínimo ruido, abrió la puerta con sigilo y, ya en el corredor, apuró el paso; siguió la ruta de las cayenas y en el cruce escuchó la voz que la llamaba: Chabó... Chabó...; tras una carrera se echó en los brazos que la esperaban. Luego de un beso profundo, de esos que se resisten a terminar, corrieron agarrados de la mano hacia los caballos, se montaron de un salto y emprendieron una carrera libre acompañados por la luna...; más allá... a orillas de la laguna, se bajaron y caminaron en silencio entre los árboles...

—¿De qué se trata? ¿Quién es Chabó? —le pregunto curiosísima cuando se detiene porque unos platos repletos nos pasan rozando las cabezas y aterrizan justo enfrente.

Marisa se toma su tiempo para contestar, primero revisa que lo hayan traído todo, aparte de las bellísimas costillas Can-Can.

—Esto es plátano —me dice.

—Sí, ya sé, son tostones.

—¿Y te gusta el maíz? ¿Maíz lo llaman ustedes?

—Vengo de la cultura del maíz, lo mío es una arepa.

—Faltó la ensalada, espérate... Nadie debe comer sin ensalada —advierte—. ¡Señor, traiga más Ketchup! —le dice al mesonero mientras me coloca por delante un vasito de salsa rosada—. Lo tuyo es esto —me indica unos rollitos—. Se llaman «zurullito».

Son casi como los tequeños nuestros, pienso, incapaz de interrumpir el placer de mi amiga mientras me explica las bondades que nos sirven.

—Estos bellos zurullitos los mojas en esta mayonesa con salsa de tomate y ajo —continúa mandando—. Lo mío es Ketchup, aquí en el campo me vuelvo una gringa salvaje.

Cuando tiene todo listo para comer, me informa:

—Chabó es Isabel Aymar, el definitivo contacto de Z con el Caribe. Atiende sólo este trocito:

> El día que Zenobia Lucca escuchó que su hermano Julio llamaba a su hija la bella Chabó, le pidió a Bobita que no dejara a Isabel sola ni un instante, día y noche. Bobita cumplió su mandato a la perfección y los enamorados no tuvieron ocasión de volverse a encontrar a solas, sólo intercambiaron algunas palabras bailando una cuadrilla en el patio de los baños de Coamo. «Ya sé que te vas», le dijo Julio Lucca a su sobrina cuando se cruzaron en la pista y ella se alejó sin perder el ritmo; «¡ah! querida Isabel. ¿Enamorados?», le preguntó cuando volvieron a acercarse. Luego no hubo más que cartas: «No te puedes figurar, querida Chabó, lo mal que me sentía aquel día que nos separamos». Isabel Aymar se quedó más de una temporada en New York.

—¿Esto es verdad? —pregunto a Marisa mientras ataco mi almuerzo.

—Historia nacional.

—¿Y no la dejaron volver? —insisto, tomando un descanso de mi inmensa chuleta.

—Nop, se puso la cosa tensa. Zenobia Lucca se volvió como loca al imaginar que su hija le podía hacer caso a su tío Julio.

—Pero si era su propio hermano... ¿Es que era un mal partido?

—Sip, de alguna manera sí, era medio bohemio. Había hecho

buenos estudios en París como todos los hijos de los corsos ricos, pero a la vez había sido muy consentido por su madre, la madre de Zenobia Lucca era una criolla con sangre taína, parte indígena como tú y yo, pues.

Me quedo en silencio, un poco confusa, porque Marisa abre un compás que no habíamos comentado.

—¿Te parece que debemos remontarnos tan lejos?

—No sé —me contesta sincera sin ánimo de defender a ultranza su trabajo—. Sólo pretendí que dijéramos algo nuevo. ¡Es tan aburrido contar la misma historia de Zenobia!

—Estás relatando una historia de Isabel Aymar pero es muy diferente a lo que yo conozco.

—La vida de Isabel en el norte fue otra cosa —explica y se extiende—. Allí ella se transformaba tal cual como le pasaba a Zenobia en New York, pero este pasado en Puerto Rico existió, te lo aseguro. Lo que viene después es lo conocido, y me pareció tan interesante este otro ángulo que lo escribí.

Finalizado el almuerzo nos vamos hacia Yauco a rematar con un helado. Vamos en silencio, bien comidas y sin ganas de polémica. Yo miro hacia afuera insistentemente, hasta que me vuelvo para ver a Marisa y le pregunto:

—¿Por qué te botó Luis?

Suspira y confiesa sincera:

—Porque cree que le monté cachos.

—¿Y lo hiciste?

—No tanto —responde ante mi asombro, como si alguien pudiera ser infiel a medias—. Estaba hastiada por la falta de bochinche, en parte me fui a Huelva en busca de algo que me animara, que me sacara de la depresión, y menos mal que me topé contigo y con Zenobia... Pero al volver conocí a alguien aquí.

—¿Te enamoraste?

—No creo —me contesta sincera—. Sólo buscaba sentir de nuevo la candelita que te brinca en el estómago y que te hace caminar sobre las nubes, tú sabes, todo eso que se siente cuando alguien piensa en ti.

—¿Lo encontraste?

—A medias —vuelve a responder misteriosa—. Todos los hombres son igualitos, te aseguro que fue sólo un leve entusiasmo platónico, algo sin importancia.

—Luis ¿se enteró? —Hago la pregunta lógica pero muy bajito.

—No, qué va, yo misma se lo dije para que se encabronara.

—Entonces fue una vulgar venganza.

Marisa, que había bajado la velocidad, acelera y se extiende en una explicación confusa sobre que la vida debe ser igual para todos y no es posible conformarse con un sólo hombre al igual que ellos no se conforman con sólo una mujer; yo me desentiendo porque toda esta conversación me pone nerviosa y me incita a recordar momentos que por ahora trato de esconder en mi memoria.

Estacionamos en la plaza de Yauco, y, helado en mano, nos sentamos en un banco. Desde allí, Marisa me señala las casas de los corsos; me va diciendo detalladamente los apellidos de cada uno de ellos a sabiendas de que yo estoy distante, de que me he quedado revoloteando sobre la conversación reciente. Marisa me señala la casa con columnas que hace esquina y dice que es de los Franceschi y yo ni me inmuto.

—Todos los corsos tienen un Franceschi en su historia, hasta Zenobia.

De repente escucho que me dice:

—Oye *baby*, que no es tan importante, nada es tan importante como una misma y lo que vino a hacer aquí.

—¿Aquí en Yauco? —pregunto como una idiota.

—Aquí en el mundo, *baby*, en el planeta tierra —trata de explicar Marisa extrañada por mi *gaffe*.

Mi mente tiene un momento en blanco y al regresar sólo me pregunto qué estoy haciendo en Yauco cuando escucho a Marisa decir que no sabe lo que hacemos aquí, en una interpretación limpia de mis pensamientos.

Nos vamos para Ponce.

De camino a nuestras habitaciones, le comento a Marisa que me encantó la historia de Chabó, que me gustaría saber más. Marisa me observa con los ojos entrecerrados y me contesta que no hubo nada más, que Isabel Aymar siguió los designios de su madre y se olvidó de su tío.

—¿Tú crees que se olvidó?

—Supongo que sí, no creo en historias de amores eternos, ¡eso es tan absurdo!

Me niego a terminar la conversación de manera infantil.

—Pero cuando uno renuncia al fuego y al juego del deseo, comienza la amistad, la paz, la armonía, eso que aunque no es amor eterno tiene sus ventajas.

Marisa me toma por ambos brazos y, viéndome de frente, me increpa:

—¿Qué dices, *baby*? ¿Quién renuncia al fuego? A veces me pareces medio loca —culmina dando media vuelta hacia su habitación.

Suena el teléfono. Marisa me comenta que no bajará a la piscina, que se quedará en su habitación porque necesita una *early night* y que probablemente se acueste temprano:

—¿Me perdonas? ¿Te sentirás abandonada? —Escucho su voz insinuante al otro lado del hilo.

—¡Claro que no! Me parece bien, olvídate de mí.

No es posible disgustarse con ella.

Doy vueltas por la habitación en la duda de lo que debo hacer con el tiempo antes de dormir: me provoca la piscina..., o me quedo también arriba..., me provoca un trago... Abro la neverita y me sirvo un güisquicito. Hoy es día de güisquicito, me digo como si estuviera en mi Caracas. Ruedo la cortina y me siento de cara a la ventana, dispuesta a escudriñar la plaza rodeada de árboles frondosos, y en el recorrido hacia la derecha, mi vista se encuentra con el original Parque de Bombas, imposible no verlo con sus rayas negras y rojas, nunca me canso de detallarlo. Trato de hacer una grabación idéntica del carro de los bomberos para describirlo con exactitud a mis niñitos, pero una silueta que atraviesa la calle me distrae. Es una silueta familiar que pasa frente a los bomberos y sigue con paso firme hacia el centro de la plaza; me levanto para ver mejor, para comprobar si veo claro o es sólo producto de mi imaginación. La silueta es conocida y va hacia la fuente de los Leones, los árboles se me atraviesan, pero ya la veo de espaldas caminando de la mano de un señor alto, inconfundible.

Marisa... Me siento de nuevo con calma. Es Marisa. Veo cuando se pierde por el otro extremo de la plaza con esa persona que vagamente reconozco. Termino el trago de golpe y me levanto, me siento en la cama, busco a tientas mis anteojos para averiguar en el mismo teléfono cómo puedo llamar a mi casa: repica en Caracas.

Día 3

Bajo a desayunar después de lo que podría llamarse una mala noche. No pienso encontrar a Marisa tan temprano pero ahí está, fresca y sonriente, esperándome. Me acerco con cuidado, ya sin la franqueza que imaginé inquebrantable durante todos estos meses.

Marisa me recibe con cariño, aparta la silla para que me siente, llama al mesonero y me observa. Escudriña mi expresión y decide contarme. Debe de haber advertido que algo me pasa porque piensa y se debate hasta que habla:

—Cuando regresé de Huelva traté de terminar con Luis y casi lo logro. Yo venía con esas renovadas energías que dan los viajes, venía decidida, inspirada, pero por encima de todo venía asqueada de pensar que todavía algún hombre pretendía tener a su mujer como un adorno más. Te confieso que lo que más influyó en mi actitud no fueron las historias de Zenobia; no sé en qué momento, allá en Huelva, alguien me contó que después de la guerra civil, los hombres exigieron a las mujeres que volvieran a la casa, a las labores del hogar, ¡¿estás escuchando lo que te cuento?! A pesar de cómo se la habían jugado en la calle por tres años, en medio de una guerra atroz, los señores pedían a sus mujeres que volvieran a casa y se dedicaran a servir en silencio. Eso me descalabró demasiado porque lo interpreté como un mensaje subliminal hacia mi persona, loqueras mías, pero cuando regresé la pagué con Luis, jode y jode, hasta que en las explicaciones nos hicimos mucho daño.

Hace una breve pausa y continúa:

—Pasamos semanas sin siquiera hablarnos, hasta que un día, ante el desastre de nuestras vidas, me propuso salir de la isla para solucionar las cosas afuera. Me agarró débil, me agarró en uno de esos momentos en que una decide aguantar lo que sea con la ilusión de que la felicidad espera al final, por eso se lo acepté.

Su voz se torna sombría para finalizar.

—El resultado fue un gran retroceso para mí, pero por otro lado salió suave la historia de Z y JR en New York. Quiero que la leas. Olvida a Chabó.

—¿Dónde solucionaron las cosas? —pregunto con calma porque yo todavía ando pegada en el cuento con Luis. Estoy curiosa porque no tengo el panorama completo—. ¿Dónde las solucionaron?

—Pues en New York.

Me relata que Luis tenía que ir unos días a trabajar allá y la invitó de la manera más amable.

—Un día me desperté con el pasaje sobre la almohada, sin más explicaciones lo colocó ahí porque confió en mi entusiasmo por las fiestas de principios de diciembre en New York. Junto al pasaje brillaba la invitación a la reinauguración del Russian Tea. Comenzar *christmas* en New York es lo mejor —prosigue soñando con el recuerdo—. Desde temprano te buscas un buen puesto en el Rockefeller Center justo el día que encienden el *christmas tree*, te sientas un rato para asombrarte con las piruetas de los patinadores en la pista de hielo, y cuando ya titilan las lucecitas del árbol, te vas caminando calle arriba y asomándote a todas las vitrinas. En algún momento te resuelves con un *slice* de pizza para no perder tiempo porque en el fondo te diriges implacable hacia Bloomingdale´s.

Y por asociación directa me informa:

—Zenobia adoraba los almacenes de New York, se pasaban horas eternas revisando juntas la infinita mercancía, ella e Isabel Aymar. Yo creo que las dos amaban esa ciudad, la consideraban suya.

Me quedo un instante en silencio pensando que no parece probable que Luis y Marisa hayan solucionado todo en NY.

—¿Fuiste al National Arts Club? —le pregunto, como haciendo tiempo.

—Por supuesto, le di toda la vuelta a Gramercy Park hasta que localicé su fachada victoriana, tú sabes, el lugar impone porque habla a gritos de la solidez norteamericana, mucha madera, pasamanos y escalera, tremendos vitrales en el techo, algunas piezas *déco* y alfombras persas.

—Y fotos —interrumpo y agrego—. Juan Ramón decía que había fotos hasta en el comedor.

Marisa me mira curiosa cuando le hago esa observación.

—Pues sí, hay fotos en todas partes, déjame ver... Vi fotos de Tennessee Williams, de Isaac Stern. ¿JR habló de eso? —insiste asombrada, y cuando afirmo con la cabeza continúa—: Pero no importa, lo interesante es que recorrí paso a paso todos los sitios que frecuentaba Zenobia en New York; recuerda que su familia Van Buren fue importante, hay mil cuentos de cuando se establecieron en la ciudad.

Marisa nota que sonrío y, desconcertada, me aclara:

—Ya te lo dije, olvida a Chabó. Lo próximo que leerás es una relación simple de los hechos, en el estilo exacto que acordamos. A Zenobia también se la llevaron a New York, pero fue para alejarla

de JR. Hace poco, cuando yo bajaba por la Quinta Avenida, ya comenzado el frío de diciembre, me imaginé que era Zenobia envuelta en su abrigo de cuello de astracán. Me sentí igual que ella cuando caminaba del brazo de su madre hacia Saint Stephan para hablar de la boda con el párroco, luego enfilé hacia *downtown*, hacia City Hall, para concretar la parte legal del matrimonio.

Se inclina hacia mí, seductora, y me entrega unas cuartillas. Propone que mientras ella resuelve alguna cosilla por allí, lea lo que pasó en Nueva York. La miro de reojo y le advierto precisa que Z y JR no se casaron en el City Hall de Manhattan. Marisa se encoge de hombros como si mi observación no tuviera relevancia alguna y me explica que ella tenía que acercarse a Battery Park para buscar el punto exacto de la mansión de los Aymar, y que en la bajada se encontró frente al City Hall, por eso, ya estando ahí, se los imaginó, a nuestros Z y JR, paraditos muy formales frente al juez en el piso de granito lustroso.

Al ver mi cara, se ríe, juguetona.

—Deja la tontería —me aconseja—. Nada de eso lo puse; conté el cuento como es, pero te advierto que algunas veces me siento tentada a contarlo poniéndole la magia que me imagino. ¿No te parece que sería quitarnos la careta y comportarnos como verdaderas latinoamericanas?

Le propongo que se vaya de una vez porque no deseo que siga confundiendo lo que pasó de verdad, pero se queda. Leo en voz alta, cuando ella está presente aún.

> Caminar por Lexington en pleno febrero significaba soportar mucho frío, por eso Zenobia le había propuesto a su madre que la esperara en el hotel Marta Washington mientras ella resolvía compras de última hora; su excursión fue inútil, todo estaba cerrado por el natalicio de Abraham Lincoln. Después de llegar hasta la 59, con la esperanza de encontrar abierto Bloomingdale´s, Z bajó hasta Broadway con la 34 para probar suerte en Macy´s, también cerrado. Frustrada, se conformó con parar ante algunos escaparates mientras hacía tiempo para recibir a Juan Ramón. Se detenía, observaba, y seguía bajando por la acera ancha en contra de una brisa que pelaba. Angustiada, imaginaba las peripecias del poeta. Le preocupaba que se hubiese enterado de la muerte de Rubén Darío en alta mar, le preocupaba que no le hubiera sentado bien el cruce del Atlántico y

llegara con uno de sus pertinaces resfriados, y la mayor preocupación: la expresión ausente en su rostro el día de la despedida en Cádiz. Un escalofrío recorría su cuerpo: ¿todavía estaría Juan interesado en ella? Zenobia admitía que eran muy distintos, se lo había aceptado a su madre cuando le recordaba insistentemente que tenían educaciones diferentes.

Bastante más abajo, y ya cerca del hotel, pensaba si Juan Ramón aprobaría quedarse una temporada en New York, viajar a Boston, a Flushing, conocer todo lo que para ella significaba tanto; deseaba que pudieran realizar un millón de cosas juntos, lo deseaba con intensidad, como a él le gustaba.

En el *lobby* del Marta Washington la esperaba una Isabel Aymar un tanto adusta pero dispuesta a recibir al poeta. De antemano habían decidido tomar un taxi y encontrarse con Joe en el puerto, Joe... El querido hermano, quien, responsable, había aceptado hacer de padre ante la ausencia definitiva de Raymundo Camprubí.

En el muelle, Zenobia, viendo a lo lejos la silueta del barco, recordó sonriente la propuesta de JR: «Si te mareas, viajamos como hermanos durante la travesía». ¡Queridísimo poeta! Ya caminando por el costado del inmenso trasatlántico, trató de adivinar dentro de qué pesado sobretodo y bajo de qué sombrero desembarcaría su amado Juan Ramón.

Levanto la vista hacia Marisa, que todavía está allí.

—Me encanta tu relato en Nueva York —le digo con una sonrisa llena de anhelos y consciente del romanticismo envidiable con que mi amiga narra la llegada del poeta.

—A mí también me encanta —me contesta—. Piensa que Benjamin Aymar, el bisabuelo de Zenobia, era rico de verdad, y vivía en una mansión de Greenwich Street en Battery Place, al sur de Manhattan, muy cerca del antiguo puerto. Dicen que desde allí vigilaba la entrada y la salida de sus barcos que llegaban a New York cargados de mercancía, bueno, es que era comerciante, igual que los corsos de Zenobia Lucca, y con esclavos también. Mucho dinero, aunque volviendo a lo mío reciente, todo fue pura guasa, el embrujo de «New York, New York» fue mal consejero para mí.

Apenas me doy cuenta de que hablamos del presente.

—Entre cucharadas de caviar me rendí sin condiciones a la pasión ardiente en que me envolvió Luis.

Yo la escucho muerta de las ganas por saber si esa figura que distinguí ayer tarde en la plaza de Las Delicias de Ponce no sería el mentado Luis, pero el respeto que siento por los secretos entre hombres y mujeres me impide preguntar.

Marisa por fin se levanta, me recomienda que siga en la lectura para que me entere de la boda.

—Es tan raro que un español tan español, un andaluz, termine casándose en New York, ¡una ciudad que despreciaba! —me suelta antes de irse.

Parpadeo.

—Todo era muy diferente para él en América —trato de suavizar —, pero creo que admiraba muchas cosas de los norteamericanos. Lo que pasa es que se ponía nervioso con el idioma, le molestaba saber tan poco inglés.

—Lo que pasa es que Zenobia valía mucho en América —me responde Marisa tajante—. JR no podía seguir el ritmo de Z en el nuevo mundo y eso lo ponía peor. Los hombres siempre tratan de que una vaya atrás; en Madrid, Zenobia no pasaba de asistente, en New York mandaba.

La observo muerta de la curiosidad por lo que dice.

—¡Por Dios! Juan Ramón nunca quiso ser como Zenobia, él sabía perfectamente lo que era, él brillaba de por sí porque era un genio.

—¿Y los hombres que se sienten genios tienen derecho a todo? A mí me parece que los genios están obligados a ser humildes.

Me detengo. Tengo que detenerme.

—¿Por qué estás tan amarga? ¿Qué te hizo tanto daño?

Marisa se levanta, ahora sí, y desde arriba me contesta:

—Siempre me hace daño, pero como la mayoría de las mujeres permanezco atrapada por mi alma de esclava, todas nos quedamos pegadas por la parálisis y nada nos saca de la adicción: el fuego de siempre se llama Luis, el Luis que prendió de nuevo la chispa en New York y esa misma de anoche que también se llama Luis. ¡Pero se acabó!

Desaparece al fin y me quedo expectante, exhausta, como deseando que se desahogue de una vez por todas porque sólo así podré contar lo mío, si es que a esta boricua le interesa lo que me pasa a mí por dentro.

Antes de volver a la lectura, repaso en mi mente las veces que

pensó Zenobia que sólo dejando a JR podría trabajar, ser independiente y lo más importante: ganar dinero; lo pensó infinidad de veces, así lo dice en sus diarios del exilio: deseaba una habitación para ella sola donde pudiera abrir las ventanas cuando le diera la gana y donde las torres de periódicos no fueran testigos permanentes de su vida; pero no se decidió, se quedó pegada, paralizada. Sin la angustia del dinero, los años fuera de España hubieran sido otra cosa. Me quedo leyendo.

> Hanna Crooke había insistido en llevarla a su modista, pero, aunque hubiera deseado complacer a su prima, Zenobia se mostró de acuerdo con Isabel Aymar: el vestido lo haría quien dijera la tía Ethel Le Bau Dyer porque era la que más sabía de elegancia en NY. Aun así, Z no aceptó la idea de su madre cuando insistió en que se debía casar en una iglesia ya que Saint Stephan era sólo una capilla, y también dijo su madre que era ridículo salir a casarse desde un hotel, que era más propio salir vestida de novia desde la casa de la tía Elizabeth; Zenobia dijo no, muy firmemente, a todo lo que propuso Isabel Aymar. Alegó que la capilla estaba a pocas cuadras del Marta Washington, en la misma calle 29, y que lo más importante para ella era que la casara el padre Hayes.
>
> El 2 de marzo de 1916 se presentaron en Saint Stephan Catholic Church acompañados por familiares y parientes cercanos. Juan Ramón y Zenobia se casaron en una ceremonia sencilla, se tomaron una foto y se fueron para el hotel, mejor dicho, a las habitaciones que alquilaba el National Arts Club. Compartieron sus momentos íntimos siempre intercalados con visitas familiares, y a los tres días se marcharon a Boston.
>
> Desde un principio establecieron rutinas sobrentendidas que funcionaban: JR se enfermaba para no tener que recibir a todos los parientes de Z, ella se conformaba y luego le contaba paso a paso sus conversaciones; eso sí le interesaba al poeta, que Zenobia le relatara hasta el más ínfimo suceso.
>
> En Boston sucedió una primera pelea por el inmenso flujo de parientes y amistades deseosos de saludarlos. Fue allí donde Juan Ramón se declaró en huelga por la intensa actividad social de Z, protestaba

ante tanta celebración al mismo tiempo que escribía; justamente, algún trabajo de esos días terminó siendo su *Diario de un poeta recién casado*. La impronta había actuado. Igual pasó cuando regresaron a New York, unas cosas sí, unas cosas no: nada interesante en Author´s Club, un horror el Colony Club, espeluznante el Cosmopolitan Club, pero todos fueron a parar al Diario. JR sólo sentía paz en los cementerios y en los parques; muy afectado por el estruendo de New York, le comentó a alguien que le propuso que se quedara a vivir en la ciudad: «Es que soy poeta y esto lo puedo contar, pero no cantar».

Mientras, Zenobia se movía con fluidez por la ciudad que amaba y se reunía para almorzar y merendar con sus amigas de la infancia y toda la parentela, pero en la noche volvía a su poeta para las veladas tranquilas, escribiendo y en silencio, sólo oyendo la música que les gustaba tanto. «En parte me distancié de Unamuno porque no apreciaba la música», le dijo JR a Z.

Espero en el *lobby* del hotel a que regrese Marisa; me dijo que iba cerca a buscar unas llaves y que venía a por mí. Son momentos inciertos en manos de mi amiga boricua, pero que merecen la pena, todo lo que tiene que ver con Zenobia y con Marisa merece la pena, por eso el interés no me deja ni un instante, por eso olvido que yo también tengo cosas por resolver.

Marisa entra a buscarme, me levanto, me toma del brazo mostrándome unas llaves tintineantes y me propone que la siga. Viene contenta. Salimos por la puerta que da a la calle lateral del hotel, avanzamos hacia la plaza y rodeamos todos los edificios de ese lado, seguimos de largo hasta la próxima esquina y volvemos a doblar. Caminamos unas cuantas cuadras ya más despacio, no sé dónde estamos, andamos por una calle de casas continuas, blancas y bonitas, llegamos a una puerta y abrimos con la llave.

Subimos un piso, pasamos por el segundo y llegamos al tres, abrimos la única puerta. Al entrar, Marisa va hacia un gran ventanal opuesto exactamente a la puerta y lo abre, se asoma, se vuelve hacia mí, que me he quedado expectante en la entrada, y con una reverencia me pregunta solemne:

—¿Qué te parece?

Siento un leve mareo que me enmudece, mi mente entiende que

Marisa está resolviendo problemas muy antiguos: los mismos que atribuye a Zenobia.

—Una habitación propia —es lo único que atino a comentar mientras reviso el ático.

—Todo está resuelto —contesta triunfante—. Anoche Luis admitió que me corresponden algunos chavos. Me los va a dar.

—¿Todo así?, ¿tan fácil?, ¿casa propia y dinero? —pregunto, y no escondo mi asombro.

—¿Cómo que tan fácil? ¡Ay, bendito! Tú no sabes cómo he bregao yo; primero, años para entender lo que ocurría aquí adentro —se toca el corazón—, y aquí adentro —se da golpes en la cabeza —, y luego años para que él comprendiera. Llevo toda una vida buscando el mapa del tesoro, y éste es el tesoro al fin: un lugar propio.

—¿Qué vas a hacer aquí?

—¡Janguear como me dé la gana! ¿Tú sabes lo que significa janguear para nosotros los de esta isla? Es que voy a divertirme por fin, aquí voy a hacer mi real gana. Voy a vivir el presente, el ahorita ahora.

Me asusto cuando de un brinco llega al ventanal, se inclina con los dos brazos abiertos en cruz y grita hacia afuera:

—¡¡¡¡¡¡Señores de Ponceeeee, escucheeeennnn todosssssss, aquí Marisa hará lo que le dé la ganaaaaaaaa!!!!!!

Vamos en el Lexus hacia San Juan. Marisa, una vez recuperada la calma, se acuerda de que nos esperan en la universidad. Me adelanta que ahí se trabaja bien y en paz, y sin pausa agrega:

—¿Tú crees que Zenobia leyó a Virginia Woolf?

—Seguro que sí —contesto, tratando de recordar un comentario que leí alguna vez—. En todo caso, ella había leído el ensayo de Victoria Ocampo sobre la Woolf; lo comenta en uno de sus diarios, creo que en el de La Habana, donde traté de encontrar también alguna relación con Hemingway —trato de no engancharme en Hemingway porque hace rato que el norte y el sur rondan en mi cabeza—. En todo caso, es más interesante la relación insinuada como subalterna entre Woolf y Ocampo que Zenobia debe de haber comprendido a fondo.

—Ahhhh, La Habana —contesta Marisa en tono bajo y, sin dar importancia al tema «norte sur» que le planteo, se queda pendiendo en el Ecuador—. ¡Cómo me gustaría acompañarte a La Habana!

Cuando organizamos el trabajo, a mí me tocó Europa y a Marisa le tocó América. Ella, lógicamente, quería escribir la parte en

Puerto Rico y yo deseaba Madrid; me gusta esa etapa de Zenobia casada, comerciante y feminista. Luego nos fijamos que en América había que investigar esos dos años y medio en La Habana, había que vivir La Habana, sentarse en el portal del hotel Vedado, correr unas olas en Jaimanitas, caminar por el Malecón y tomar el *vermouth* en El Nacional. Por razones obvias me tocó a mí. «Ese es el inconveniente de mi pasaporte gringo —me dijo Marisa entonces muy compungida—. Hubiera querido seguir las pistas de Lezama —prosiguió contrariada—. JR fue muy amigo de Lezama, de Florit y de los Loynaz.»

—Una vez leí que Dulce María Loynaz disfrutaba mucho de la compañía de Zenobia —me informa, y reacciono, ya que toca una de las etapas que más aprecio.

—Sí, fueron amigas, pero me parece que Juan Ramón disfrutó más La Habana, era cuestión de luz, se sentía como en casa —le comento recordando lo que el poeta escribió sobre Cuba—. En cambio, Zenobia nunca se acostumbró bien allá.

—¿Y te quedarás en el Vedado? —inquiere curiosa.

—Sí, ahora se llama hotel Victoria y parece que está tal cual como lo describe Zenobia: pequeño, cuidado, suspendido en el pasado. A Juan Ramón también le gustaba ese hotel, allí tuvo su pequeña corte, como decía Zenobia un poco irónica ante un grupo tan heterogéneo. Lo visitaban los poetas cubanos rendidos ante el genio, pero también señoras con niñitos atraídas por *Platero*, y JR, inusitadamente sociable, los recibía, pasaba el rato, para asombro de Zenobia. No sé, me pongo a pensar que tal vez Zenobia aún no se había dado cuenta de lo que iba a significar el exilio en sus vidas.

—¡Qué distintos eran! —reflexiona desconcertada Marisa—. Hasta en el aprovechamiento del tiempo tenían diferencias.

—Pero se querían —respondo arriesgándome.

Cuando decidimos que yo iría a La Habana, dado que las excelentes relaciones de mi país con Cuba podrían ofrecer ciertas ventajas, Marisa me comentó que lo que más sentía era no visitar la casa de la poetisa Dulce María Loynaz; Marisa está al día con la poesía, muy al contrario que yo; es una pasión que arrastra desde joven. Justamente me pidió que caminara por el reparto de Vedado para buscar el jardín excéntrico de Dulce María.

Marisa se queda en silencio unos minutos y luego me pide que le cuente más de Dulce María Loynaz y la revolución. Me pide algo que me encanta y que recuerdo con frecuencia últimamente: el exilio interno de Dulce María, encerrada en su casa con su colmillo de marfil y la estatua de la *madonna* mutilada, escribiendo poesía.

—¡Ay, bendito! —se persigna Marisa—. ¡Cuando regreses me tienes que echar todos esos cuentos con calma!

Caminamos lento bajo altísimos árboles, llegamos muy temprano, y en la Sala dedicada a Zenobia y Juan Ramón Jiménez en la Universidad de Puerto Rico son estrictos con la hora de las citas, según me advierte Marisa. Le propongo que nos sentemos en algún banco para hacer tiempo y porque deseo decirle un par de cosas.

—¿Qué cosas? —me pregunta curiosa mientras observa que saco las cuartillas de mi carpeta.

—Bueno, quisiera comenzar a leerte la parte de Zenobia en Madrid y también quiero decirte dos cosas que me preocupan.

—¿Qué te preocupa?

—Pues, me preocupa que no sé si sabes que la libertad es lo más difícil.

Marisa me mira fijamente y me propone que hablemos de eso más adelante, cuando tengamos tiempo y estemos más tranquilas.

—¿Y lo otro?

Aclaro mi voz:

—¿Tú no has pensado que aunque Luis no haya leído a la Woolf, segurito que no, hace tiempo que leyó a Lady Chatterley y su casita en el bosque?

Marisa no contesta, sino que se queda con la boca abierta, literalmente sin palabras, y yo, en espera de sonido y desconcertada por su reacción, me dedico a ordenar mis cuartillas.

Le comento, para apaciguarnos, que Zenobia y Juan Ramón se sentaban todos los días en el mismo banco y bajo unos altísimos árboles en el parque de El Retiro; miro hacia arriba y pienso que de seguro se sentaron bajo estos inmensos árboles y en este mismo banco de la Universidad de Río Piedras.

—Aquí los acogieron mejor que en ninguna parte —me contesta Marisa con voz monótona, porque aún está recuperándose no sé de qué.

> La vuelta a España del matrimonio se realizó en perfecta armonía, ya tenían suficiente tiempo en América y JR estaba deseoso de visitar a su familia en Moguer para presentar a su reciente esposa. Pasaron por allí unos días, Zenobia conoció a doña Purificación Mantecón de Jiménez, madre del poeta, y a sus hermanas, hermano y sobrinos. Y luego

arribaron a Madrid sin un centavo y en busca de dónde vivir, pero Juan Ramón estaba contento; el día a día con Zenobia prometía el orden que necesitaba para continuar su obra. Venía deseoso de expresar su existencia transformada: el amor, el mar, el cielo, el verso libre y América.

Se instalaron cerca de El Retiro, en Conde de Aranda, ayudados por Isabel Aymar y algunos amigos; ahí comenzó realmente la vida de casada de Zenobia como ama de casa y en su papel de secretaria; se sentaba a tomar dictado a su esposo durante casi todo el día y en la tarde caminaban por el parque. En esa época, Juan Ramón publicó el *Diario de un poeta recién casado*, *Poesías Escogidas* y la primera versión de *Platero y yo* completa; mientras tanto, Zenobia tradujo cuatro obras de Tagore. También en esa época comenzó Juan Ramón a recoger sus libros anteriores que no le gustaban para destruirlos. Ante el asombro de su esposa, se valía de la candidez de sus amigos para recolectarlos y desaparecerlos.

Pronto aparecieron los problemas: a JR lo desesperaba el ruido y sufría infinidad de achaques; se quejaba amargamente del bullicio de los vecinos, de los grillos y de los albañiles, necesitaba para trabajar una buena mesa en una habitación a 22 grados y ninguna interrupción; a Juan Ramón «no le gustaba el trato superficial de las gentes» y prefería quedarse en la paz de su casa, con todo ordenado adecuadamente para convertir su obra en un todo armónico, maduro y perfecto; en cuanto a los achaques, aparte de las gripes periódicas, el doctor Marañón le diagnosticó que sufría de gota; así que, a pesar de que el piso de Conde Aranda era acogedor y bonito, terminaron mudándose a un sitio más tranquilo en la calle Lista.

Zenobia se dedicó de lleno a las traducciones de Tagore: *Ofrenda lírica*, *El asceta*, *Las piedras hambrientas*, *Ciclo de la primavera*, *Regalo de amante y Chitra*, y *Sacrificio*.

Durante los primeros años en Madrid, su vida estuvo dedicada a ayudar a Juan Ramón con su Obra en Marcha; tradujo a John M. Synge además de Tagore e hizo contacto con Yeats. JR, inmerso en una

actividad creativa febril, a veces la acompañaba aunque por lo general se quedaba en casa; juntos visitaron a los García Lorca y aprovecharon para conocer Granada, pero quien acompañó a Zenobia en los viajes cortos que hizo por España durante estos años fue su madre; y fue a través de la misma Isabel Aymar que Z conservó el contacto con los norteamericanos que venían a pasar temporadas en Madrid, y por ellos surgieron los negocios: el alquiler de pisos y la exportación de artesanía española.

Juan Ramón, además de que odiaba las reuniones sociales, no asistía a actos públicos, lo cual exasperaba la naturaleza sociable de Zenobia. Al principio ella insistió para que saliera y luego se convenció de que era inútil, su esposo sólo aceptaba caminar por El Retiro al anochecer y conversar con Guerrero Ruiz casi todas las tardes. Mientras JR ocupaba su tiempo en la edición de la revista *Índice*, Z acompañaba a Rivas Cherif en la escenificación de *El rey y la reina* de Tagore en el hotel Ritz; mientras JR emprendía una intensa polémica con Azorín porque le rendía pleitesía a la Academia, Z acompañaba a sus amigas en la lucha por el voto femenino. La vida de los Jiménez nunca se detenía: Zenobia ampliaba cada vez más sus negocios sin descuidar la colaboración con el marido y Juan Ramón refinaba su obra dedicada a «la minoría de siempre». Cuando esas amigas invitaron a Zenobia a formar parte del Lyceum Club, ella aceptó gustosa.

Durante nuestro encuentro en Huelva hablamos mucho sobre las mujeres de la época. Fue un tema obligado que disfrutamos en grande, ya que ambas teníamos muy poca información sobre las mujeres de Madrid en los años 20. Allá todas nuestras conversaciones fueron un descubrimiento intenso. Nos producía placer hablar sobre unas señoras que parecían mucho más resueltas que nosotras mismas, como repetía Marisa constantemente, mujeres que salían, producían obra, se agrupaban y reclamaban. Sin azoramientos, se tomaban su natural libertad.

Ahora, al nombrar el Lyceum Club, Marisa retoma el tema.

—¡Bendito, dime qué piensas! —me grita para que opine.

Le digo que estoy de acuerdo, que pienso que era así, como ella dice, que eran mujeres muy educadas aunque muy pocas.

—Te aseguro que la mayoría de las españolas estaba en su casa cosiendo, cocinando, fíjate que hasta un intelectual del calibre de Ortega y Gasset decía que las mujeres estaban limitadas por el simple hecho de ser mujeres, ¡te das cuenta qué pavoroso!

—Pero Ortega les publicaba en sus revistas, aunque poco —me recuerda.

—Sí, las apreciaba, pero insisto, las mujeres de principio de siglo en España estaban dedicadas a las labores del hogar, la costura, la decoración y por encima de todo a ser buenas cristianas, por eso es que JR se entusiasma tanto con Zenobia. Ella era distinta, estaba educada diferente, como él mismo se lo dice a Guerrero Ruiz, escucha —y reviso mis notas apurada—: «Zenobia tiene por un lado la gracia especial que se obtiene con los viajes... Y otra cosa es la cuestión sexual».

—¿Cómo que la cuestión sexual? ¿Juan Ramón hablando de sexo refiriéndose a Zenobia? No lo creo.

—Claro que sí. En algún momento se lo dice al mismo Guerrero. Fíjate, tengo hecha una lista de cuestiones medio íntimas que le contó Juan Ramón a Guerrero y que éste escribió de la manera más sincera. Te leo: «Entre nosotros los meridionales siempre está la cuestión sexual por delante —le dice—; en cambio, para las muchachas educadas en Norteamérica lo sexual es una de tantas cosas que no merece tanta importancia». Eso le gustaba de Zenobia.

—¿Me vas a decir que el poeta erótico de *Laberinto* prefiere tomar distancia con el sexo?

Me sonrío al comprender que Marisa elude la realidad borrosa.

—Recuerda el retroceso de España luego de la guerra, hasta el Lyceum Club fue confiscado en el 39 y tú misma sabes más que yo de la vuelta obligada de las mujeres al fogón y en silencio.

Marisa se levanta y me hala por un brazo, me dice que ya es hora y nos esperan; andamos entre árboles por las caminerías de una universidad donde todo está bien pensado, y llegamos al edificio mientras ella se lamenta porque yo hablo de la guerra cuando estamos hablando de tiempos felices. Me asegura que Zenobia fue feliz en Madrid a pesar de la proverbial impertinencia de su marido.

—Sí, creo que logró equilibrar sus actividades comerciales, su diversión con las amigas y su vida con el genio, pero intelectualmente produjo poco, era lo único imposible de combinar; tal vez si hubiera tenido un espacio propio y quién le administrara sus cosas, sabes que una vez leí que Zenobia escribió poesía en alguna etapa de su vida, pero JR sólo leyó algo de ella, casi al final,

creo que encontró un poema en una hoja cuando vivían en Coral Gable y pensó que era una traducción mala de Keats, antes de lanzarla al basurero.

Marisa se detiene y me detiene un instante. Pensativa me comenta que es muy difícil ser creativa y preparar el almuerzo.

—¡Claro que sí!, pero Zenobia en Madrid fue una mujer emprendedora, una mujer de negocios: Arte Popular Español, los apartamentos que alquilaba. Ella era diferente, nunca preparaba almuerzo, eso lo hacían Luisa y Teodora, sus chicas de servicio por muchos años, Luisa se queda toda la guerra en el piso de Padilla, escucha... —Pero me interrumpe.

—No entiendo cómo una mujer que tenía tanta vida compartía con un hombre pendiente de la muerte.

De nuevo le propongo a Marisa que se sitúe en la época y para ayudarla le relato mi experiencia. Le cuento que luego de Huelva me dediqué a leer sobre la vida de Zenobia en Madrid porque era el tema que me correspondía. Ella asiente y con un gesto me incita a continuar.

—Por supuesto que Zenobia formaba parte de un grupo de mujeres de avanzada, pero había que entender su época. Fue un hecho claro que a las mismas mujeres que integraron el Lyceum Club las hostilizaron, hasta públicamente llegaron a llamarlas las maridas y a veces hasta por escrito, a esa España le daba terror una mujer fuera de su casa, por eso insisto tanto que te sitúes en la época. En definitiva, para una mujer casi era mejor no enterarse de nada.

Como Marisa sólo escucha, vuelvo al punto del sexo porque siento que merece la pena: le recuerdo aquello que escuchamos en España sobre el retiro de imprenta de *Libros de amor* porque podía ofender a Z.

—Así de increíble, JR lo retira él mismo ya que Zenobia se había quejado de *Laberinto*, decía que le disgustaba por lo erótico, y Juan Ramón admitió que eran unas poesías no tan puras. Me sé de memoria una de las frases de JR porque está en el grupo de las que más me gustan: «En todos mis versos carnales hay, si los miras bien, una tristeza de la carne»...

—¡Wopaaaa! —explota Marisa cuando la escucha.

Me sonrío porque la expresión de mi amiga me confirma que hay tema para rato.

Avanzamos decididas hacia la Sala donde nos esperan, la conversación en el jardín nos ha retrasado y no me da el tiempo para detenerme a observar el edificio que tanto me gusta, de todos

modos pienso que este lugar, creado por Henry Klumb, es el mejor marco para los Jiménez, además de que me siento emocionada porque volveré a ver el retrato de Zenobia que pintó Joaquin Sorolla. ¡Lo recuerdo tan bonito! Me da placer contemplar ese Sorolla que desde 1918 acompañó a Zenobia en todas sus casas; camino expectante porque sé que en ese recinto se guarda, tal cual como quedó, la Obra en Marcha.

Marisa había conversado de antemano con las encargadas de la Sala, les había explicado nuestro interés por la vida de Zenobia y había solicitado permisos de investigación para las dos. Yo había pasado por ahí hace un año y me había gustado mucho el lugar que ahora contemplaba con renovada reverencia, tratando de detallar cada uno de los objetos y libros de Juan Ramón y Zenobia para conservarlos en mi memoria. La señora encargada nos reconoció al instante y nos indicó una mesa con sillas para que nos sentáramos. Marisa me había contado que esta señora idolatraba a Juan Ramón y yo le había comentado que así pasaba con muchas, que era la emoción de cualquier mujer ante el poeta. «¡Qué ridiculez!», exclamó Marisa entonces, y yo la apoyé automáticamente porque desconocía la emoción de postrarse ante un gran poeta.

La atmósfera del lugar es agradable. Allí se encuentran muebles y objetos de Juan Ramón y Zenobia, todo pulcramente cuidado y conservado. Nos sentamos en la mesa redonda y solicitamos las cartas personales de Zenobia. «Éste es un archivo que no consulta todo el mundo», me informa Marisa cuando se retira la secretaria, ya que son cartas personales de Zenobia. Procedemos a leer unas cuantas, escritas en papeles gruesos y con una letra picuda y complicada.

—¿Tú crees que Zenobia pensó en la importancia de sus cartas?

—No creo —responde Marisa, pensativa—. Nunca pensó que ella era importante, pero no siento que en este caso fuera un problema de autoestima, sino más bien un exceso de humildad.

Asiento mientras leo. Zenobia se cartea mucho con sus hermanos.

—¿Tú has leído ya todo esto? —pregunto.

—No todo, pero bastante. ¿No te gusta?

—Me emociona, nunca había leído cartas de otra persona y me siento como una intrusa, curioseando en la vida de otros. Oye Marisa... —le susurro para que nadie oiga—, me gustaría que nos pasáramos un día al aire libre, un día para nosotras.

—¿Tú te quieres relajar, hermana? —Me comprende al instante

—. Nos vamos a la Parguera, te va a gustar.

Nos quedamos horas merodeando por las cartas de Zenobia: cartas a su abuela, a su madre, a Bobita, a su hermano Joe en Nueva York, a su prima Hanna Crooke, toda una maraña familiar que vamos tratando de entender, aunque la realidad de Zenobia es Juan Ramón, no hay más nada que buscar.

DÍA 4

De Ponce a La Parguera es sólo un paso. Pasamos por Lajas y llegamos. La lectura de las cartas de Zenobia nos puso reflexivas. Digo nos puso, porque Marisa se la pasó pensativa durante todo el viaje de Río Piedras a Ponce, no hizo conversación durante la cena, y se fue a dormir con un lacónico hasta mañana que será otro día. Nos acostamos temprano con la idea de que a la mañana siguiente nos iríamos al mar, al añorado Caribe que tanta falta le hace a quien se ha dado un chapuzón en él desde pequeña.

Aparcamos en una calle cerca del mar. Zona movida.

—Compro algunas cositas —dice mi amiga— y nos vamos a donde Pepe para que nos lleve a una playita rica que conozco.

Marisa explica, mientras apaga el auto, que comeremos empanadillas de los jueves y alcapurrias, me cuenta que son sabrosas y hace un gesto con los ojos hacia arriba; seguido averigua si yo traigo *sunblock* y contesto que no con la cabeza.

—Pues lo necesitas —sigue—. Eso allá es el propio pico de sol. Sombrero y *sunblock* contigo.

No contesto porque ya estoy en el estado de trance que me produce el mar, su olor, el sonido rítmico de las olas y el color azul.

—¡No hay nada más bello que el Caribe! —por fin hablo con un resuello.

Marisa me ve y me pregunta con asombro:

—¿A ti también te produce eso, *baby*?

Afirmo con la cabeza.

—Pues sí, adoro este mar, es algo que se agudiza a medida que pasa el tiempo, no sé por qué.

—¡Pues ya lo vas a ver en su mejor momento! —Marisa contesta alegre—. Nos desplazaremos suavemente cual tribu taína por su mar.

—Este mar era de los indios caribe —me atrevo a confirmar sin obtener respuesta porque ya llegamos.

Pepe nos recibe encantado, saluda a Marisa con la complicidad de un viejo conocido y le recuerda que tiene tiempo que no viene por aquí. Marisa asiente pero no comenta, sólo le explica que queremos un poco de playa pero sin mucho ruido. Pepe le propone que vayamos a la de siempre, ella duda un momento y al fin le dice que sí. En un pequeño puerto nos montamos en la lancha de motor

fuera de borda y con nuestra carga nos vamos a navegar.

Llegamos a una playa verdaderamente linda y sola. La lancha se acerca hasta cierto punto y nos bajamos entre olas pequeñas. Lo mejor es que el agua está deliciosamente tibia.

Pepe no se baja, sólo nos pasa nuestro precario equipaje desde la lancha y con la misma arranca gritando que vuelve a la tarde. Es un desembarco en isla desierta.

Conversamos mecidas por el leve oleaje. El agua es cristalina y está a la mejor temperatura. Al fin tengo ante mí a una interlocutora dispuesta a oír. Me acelero y cuento de sopetón.

—El día tremendo del choque no sólo casi perdí al marido sino que perdí mi matrimonio.

Marisa está flotando boca arriba cuando oye lo que digo y de un tirón se pone vertical.

—¿Qué dices?

—Pues lo que oyes, Julián no iba sólo, eso nunca te lo conté, iba con su amiga.

—¿Qué dices?

—Pues lo que oyes. Julián no es que me engañaba de vez en cuando, sino que había armado una vida paralela con otra.

—¡Espera, bendito! ¿Me estás hablando de una Second Life?

—Eso mismo —contesto tajante—. Julián se había hecho de una Second Life no virtual y en mis narices.

Marisa se hunde en el agua por unos minutos y al salir me dice:

—¡Será que a esos malditos nunca les basta una! ¡Será que todos son mormones o musulmanes!

Me toma por un brazo y me hala hacia la playa, allí me pide que me ponga las chinelas, me vuelve a tomar del brazo y emprendemos camino hacia la vegetación cercana que se ve bastante tupida. Marisa se detiene, piensa, y sigue en dirección definida hasta llegar a una entrada entre la maraña de arbustos.

Caminamos en fila india hacia adentro por una ruta difícil. Ella va decidida, cada vez el camino se pone más intrincado hasta que llegamos a un claro, allí en el medio hay unas ruinas, mejor dicho: los restos de una construcción quemada.

Detenidas frente a ese paisaje desolado digo:

—¿Fuego?

—Sí —me contesta inflamada—. Cuando me engañó lo pagó con fuego.

Me separo de ella, me acerco a los restos de la cabaña, versión tropical de la de Lady Chatterley, y pienso que el lugar pudo ser

muy bonito antes del desastre.

—Debió de ser como la casa de Tarzán y Jane.

Más vale que no. Marisa se molesta mucho y me contesta que Luis hizo de Tarzán en su propio nido pero con otra Jane.

Me siento triste, no me gusta nada contemplar algo destruido por el fuego y menos por los celos, doy la vuelta, busco el camino hacia la playa sin contar con Marisa.

Sentada en la arena viendo el mar me encuentra. Se acerca con la bolsa de empanadas y me ofrece. Tomo una y pregunto:

—¿Esto qué es?

—Una alcapurria. —Y me aclara seguido—: es de yuca.

Me la como despacio, saboreando.

—Buena.

—A ésta la llamamos empanadilla de los jueves, es de cangrejo —me da la más grande.

—Bien —tiendo hacia los monosílabos.

Entonces Marisa, ante mi mutismo, se arrodilla a mi lado y comienza a hablar.

—Yo sé que me excedí con el incendio, en un primer momento pensé envenenarlo y luego desistí por lo definitivo, te advierto que he sentido tal vergüenza que no había vuelto a llegar hasta aquí. Cuando me pediste que fuéramos a una playa pensé que había llegado el momento de exorcizar mis errores del pasado. ¡Como si fuera posible!

—¿Y Luis no te botó por esto?

—Pues fíjate que no, se puso bravo, pero contento.

Suspiro.

—¿Cómo que bravo pero contento?

—Ayyy, es que tú eres demasiado racional y no comprendes que en el amor hay diferentes chispas. Éste fue en el fondo un acto de amor.

Esto me faltaba oír, un acto vandálico es un acto de amor, me contengo y pregunto civilizada.

—¿Un acto de amor?

—Sí... Sí... Fue precisamente la prueba de que aún la llama estaba encendida.

—La llama. ¿Cuál?

—La llama entre él y yo, esa misma que me convirtió en casi un fantasma —declara definitiva y al borde de las lágrimas.

—Creo que debemos volver a Zenobia —comento, mientras busco en mi cesta las cuartillas que sabiamente traje conmigo—. No

perdamos el centro —repito austera—. Sigamos con la etapa en España porque después de todo, esto es lo más seguro para las dos.

Ella me quita los papeles de la mano.

—No sabía que eras tan cobarde, no me vas a contar lo tuyo... Resulta que eres una cobarde escondida en el centro, el bendito centro.

Busco palabras para refutar lo que me dice y contesto seca que ahorita no. Y es que no sé cómo explicarle que llegué a pensar en el envenenamiento como una opción, al igual que ella.

Se tranquiliza y yo leo la historia de otros para recuperar el equilibrio, la historia de Zenobia y Juan Ramón.

> Desde el siglo pasado las mujeres en España habían decidido que la única forma de ser algo más que ilustres cocineras y costureras era estudiando.

Marisa me detiene extrañada por la tónica del escrito y yo la tranquilizo, le propongo que oiga mi divagación porque después de todo ella lo hizo con Chabó. Comienzo de nuevo.

> Desde el siglo pasado las mujeres en España habían decidido que la única forma de ser algo más que estupendas cocineras y costureras era estudiando. Por eso, después de identificar las causas por las cuales estaban oprimidas, o sea, la falta de educación y de dinero, decidieron unirse para aprender. Así surge la Residencia Internacional de Señoritas que acogía a las muchachas de la provincia que venían a hacer estudios universitarios en Madrid y que también alojaba a muchachas extranjeras. Ésta era la única posibilidad de quedarse en la ciudad fuera de un convento.
>
> Este simple intento por parte de las mujeres para mejorar su educación levantó grandes recelos entre los señores de la época, quienes se sintieron peligrosamente amenazados por unas indecentes que pretendían ocupar los lugares que ellos tenían reservados; y aún más allá, en los púlpitos se las acusó de atacar a la familia por el simple hecho de querer aprender. La fundación del Lyceum Club de Madrid, años después, a pesar de la férrea oposición misógina,

descubre infinitos caminos para las mujeres.

Paro de leer y levanto la mirada. Marisa está en total estado de asombro, pero no se decide a hablar.

—¿Qué?

—Que estás rematadamente mal si piensas contar el cuento como si fuera un ensayo impersonal y además muerta de la rabia.

—¿Por qué?

—Porque es una de las mejores etapas de esta historia, porque no te voy a perdonar que no las nombres a todas.

—¿Quieres una lista de nombres de mujeres? ¿Quieres que haga una lista de mujeres notables?

Registro entre mis cuartillas y encuentro la adecuada.

> María Maeztu, educadora; María Martos, bibliotecaria; Victoria Kent, abogada y diputada; Zenobia Camprubí, traductora y empresaria; Carmen Baroja, folclorista; Margarit Nelken, pintora; María Lejárraga, escritora; María Teresa León, escritora; Concha Méndez, escritora; Carmen Abreu, traductora; Marichu Arisquita, traductora; Victorina Durán, dibujante; Matilde Huici, abogada; Trudy Graa, traductora; Laci de Palacio, médico...

—Para, para, me gusta la idea de nombrarlas a todas, pero vamos a contar este cuento bien.

Me detengo. Busco de nuevo entre mis cuartillas, admitiendo que lo que he leído son sólo apuntes.

> Zenobia llevaba una vida muy activa en Madrid al margen de Juan Ramón. Y es que a Zenobia, por su educación norteamericana, se le hacía menos difícil romper las barreras sociales, las que limitaban a las mujeres españolas de su época. Paralelamente a sus actividades comerciales se había relacionado con las que luchaban por un puesto mejor en la sociedad. María Maetzu había fundado en 1915 la Residencia de Señoritas, directamente influenciada por el Instituto Internacional de Alice y William Gulick en Santander, que funcionaba desde finales del siglo xix. En 1918, la Maetzu fundó el Instituto Escuela apoyada por Cossío, Francisco Giner y Gumersindo Azcárate. Las ideas de

los Gulick eran familiares para Zenobia desde su juventud y fue fácil que se acercara a todas las mujeres españolas que rodeaban la Residencia, entre otras cosas porque la mayoría de ellas eran cercanas a Juan Ramón, como la escritora María de la O Lejárraga y la poetisa Ernestina Champourcín, y porque con anterioridad ya participaba en varias actividades como la Junta de Becas para mujeres españolas en Estados Unidos, las Enfermeras a Domicilio y el Comité Femenino para la Higiene Popular. Hay quien afirma que la idea del Lyceum surge de una conversación entre Zenobia y Victoria de Kent. En todo caso, todas estas actividades formaban parte de su vida sin esfuerzo alguno ya que Isabel Aymar la había criado para eso.

Los años en Madrid pasaban en medio de una situación política cambiante que a veces influía en los negocios de Zenobia. Lo que había comenzado como la búsqueda eventual de antigüedades junto con su amiga Inés Muñoz, se convirtió en un negocio estable de decoración y una tienda de artesanía situada en el número 10 de la calle Santa Catalina. Allí, desde un sótano, Z atendía bajo previa cita y asesoraba a las señoras de Madrid para comprar los objetos adecuados para sus casas.

Zenobia viajaba por toda España buscando lindos encajes y piezas especiales de cerámica para sus clientas; a veces iba con Constancia de La Mora, y con ella misma decoró los antiguos paradores, y también con ella realizó muchos de los viajes en el auto que le regaló su hermano Joe; Connie se convirtió en compañera de viajes después de que falleciera Isabel Aymar.

Aquí me detengo. Siento que el día se oscurece en medio de un fuerte sol. Levanto la mirada para ver a Marisa. Mi amiga se encuentra acostada boca arriba sobre la arena con los brazos en cruz y los ojos cerrados. Por un momento pienso que hay algo de lagarto en ese abandono bajo el sol, hasta que la oigo:

—Nada es más importante que esto, acostada bajo el sol del mar Caribe escuchando una de las historias más apasionantes que conozco.

—¿La de Zenobia?

—La de Zenobia y todas esas valientes españolas —me contesta —. Cuando me siento débil pienso en todo lo que hemos investigado sobre ellas.

La búsqueda de información sobre Zenobia nos llevó inevitablemente hasta todas ellas: hacia María Lejárraga, que durante años escribió con el nombre del marido para que la leyeran; hacia Carmen Baroja, que le robaba momentos a sus labores de la casa para hacer teatro en El Mirlo Blanco. Nos las sabemos de memoria, hemos intercambiado notas sobre ellas durante todos los meses anteriores a este encuentro; las podemos nombrar a toditas con el corazón en la mano. Connie de la Mora ha sido una de nuestras favoritas.

—¿Tú sabes que Z acogió a Connie? —dice Marisa interpretando mi pensamiento—. ¿Le dio trabajo en Arte Popular Español para protegerla de la inmensa reprobación con que la trató la sociedad española por divorciarse?

Asiento con la cabeza:

—Connie fue muy amiga de Zenobia, las dos se entusiasmaron con la República y por eso perdieron parte de la clientela, aunque Zenobia y Connie también tenían sus diferencias, pero esa es otra historia.

Guardo mis cuartillas, ya no deseo seguir leyendo.

Seducida por la arena, me recuesto al lado de mi amiga y continúo con el tema viendo el azul del cielo.

—Zenobia, con su fría cabeza norteamericana, no permitió que el tema político disturbara sus negocios; claro que al final, antes del exilio, las cosas se salieron de madre y no hubo caso, inclusive Z trató de que Connie de la Mora, a quien quería bastante, no se fuera más allá de lo debido.

Marisa escucha atenta y me pregunta:

—¿Para dónde se fue ella?

—Connie, que venía de la alta burguesía, se metió a comunista y esto molestó a Zenobia. Z era republicana... bueno, ella defendía un gobierno electo democráticamente y no comulgaba mucho con los rojos.

—¿Se pelearon?

—No en ese momento —aclaro—. Se distanciaron en el exilio, inclusive pudieron verse en Nueva York y no lo hicieron.

—¡Qué de historias! —explota Marisa—. ¡Esas sí son historias y no estas ridiculeces que nos pasan a nosotras! Se mataron entre ellos y no hubo manera de pararlos. Fue una guerra verdadera que

les desbarató completamente la vida.

La lancha de Pepe se acerca. Se acaba el día de playa y no logro contarle a Marisa todo lo que quiero. Siempre las andanzas de Marisa superan mis intenciones de explicar las propias, supongo que es inevitable, porque tiene que ver con su naturaleza y la mía. Nos levantamos con flojera, porque ya el ruido del motor se oye bastante cerca, recogemos lo poco que tenemos y nos adentramos en el mar.

—Me debes un cuento largo y espero que te atrevas a contarlo.

Marisa me sorprende y yo bajo la cabeza. Ella remata:

—Espero que no te olvides de lo importante que eres.

Me falta el aire. Marisa misma me está pidiendo que pase por encima de ella. Será verdad que soy una cobarde.

Ya desembarcando en el muelle de La Parguera, Marisa, quien ha venido sentada en la proa viendo lejos, le pregunta a Pepe si está libre en la noche para llevarnos a la laguna. Ante la confirmación, me dice que nos quedaremos hasta tarde por aquí, a ver los animalitos de colores.

—¿Qué animalitos? —pregunto conforme.

—Se trata de organismos chiquiticos que brillan con el movimiento de las olas cuando hay luna llena —me contesta—. Te van a gustar.

Acepto. Estoy en poder de Marisa, soy su esclava en Puerto Rico. No me queda más remedio, ya que la conversación que nos falta crea una dependencia perruna de mi parte.

Damos vueltas por el puerto esperando que anochezca y que salga la luna. Me convida a unas pizzas con birras y nos sentamos en los bancos de la calle para hacer tiempo. Hay silencio y felicidad, esa combinación que produce el cansancio de un día de playa y la alegría de la cerveza muy fría que pasa por la garganta.

—Entonces, ¿ese santo pillín tuyo perdió la chaveta por otra? —pregunta de sopetón mi amiga.

—Más que pillín, yo diría un traidor, pero no nos amarguemos la noche de los luminuscentes, ¿es así que llaman a los animalitos?

—Luminiscentes, en realidad bioluminiscentes. Me parece que en vez de traidor puede ser un infiel.

—Eso no es tan importante —le contesto insegura—. Lo serio es que haya irrespetado nuestra gran empresa, no le perdono que haya puesto en riesgo los objetivos de nuestras vidas.

—¡Dios bendito! ¿Lo que a ti te importa es eso?

—¡Claro! ¡Tengo años haciendo de Sancho!

—¿Cómo de Sancho?

—Sí, tengo años echando números para que él se luzca en sus presentaciones de la compañía. Años sumando, restando, multiplicando para que tenga todos los números al día y se llene de gloria, y él por ahí, gozando con otra tan tranquilo.

Marisa me contempla con pena:

—Sí, da rabia. ¡Tú trabajando y él de rebulú!

Suspiro visiblemente y luego pregunto qué es el rebulú. Marisa me mira con sorna y me explica: el rebulú es el barullo, el lío con son.

—¿Tú sabes lo que es el son en el Caribe? ¡Claro que lo sabes! Si eres paisana de Oscar De León.

Vamos en el auto hacia Ponce. Voy tranquila porque el espectáculo nocturno ha sido tan maravilloso que ha actuado como un sedante. Es definitivo que la verdad está en la naturaleza.

Ha sido un bálsamo navegar despacio y de noche entre olas brillantes, hemos flotado sobre pequeñas ondas que en su movimiento se iluminan. Antes había leído algo sobre eso... Claro, son las mismas olas brillantes que describe Eulalia de Borbón en su diario de viajes, cuando entra en barco a la bahía de La Habana en 1893.

DÍA 5

Zenobia y Juan Ramón se mudaron al piso de 96 Velázquez en 1926 después de una gran batalla con la pianola del vecino de la calle Lista. Esta nueva casa le agradó mucho a Z y en poco tiempo tuvieron de vecina a Isabel Aymar.

Los años siguientes fueron más polémicos que lo usual para Juan Ramón, quien se negaba reiteradamente a participar en el «compadreo fácil», y a la vez fueron años muy productivos para Zenobia. Ella escuchaba con paciencia las quejas indignadas de su marido contra los jóvenes poetas que todo lo distorsionaban, aquellos que viajaron a Sevilla en homenaje a Góngora por su tricentenario: Alberti, Dámaso Alonso, Lorca, Guillén y otros. También siguió de cerca los pleitos como el que sostuvo JR con Azorín durante varios años y luego con Bergamín, a quien no aceptó más en su casa. Presenció la molestia manifiesta del poeta por el estreno de Mariana Pineda, que, según JR, era un desastre porque la pasión por el teatro apartaba a Lorca de la lírica; pero Z también fue feliz testigo del progreso de la Obra en Marcha y de la autocalificación incluida de «Andaluz Universal» que dejó colar Juan Ramón en su diario poético.

Mientras tanto, Z no paraba de trabajar en su idea de darle más forma al proyecto de su tienda y continuó viajando por España en busca de artesanía: recorrió incansable la ruta del bordado y en Ceresuela enseñó a las bordadoras «el punto moruno», el cual todavía hoy es exclusivo de la zona.

Con JR visitó a Unamuno en Salamanca y recibió a su hermano Joe en Zamora, quien venía de visita desde Norteamérica. La vida de Zenobia en Madrid era plena y emocionante, aunque a veces se complicaban las cosas.

A pesar de lo confortable del lugar y de ser uno de los favoritos de Zenobia, pasaron años difíciles y cortos en Velázquez: en el 28, con poca diferencia, murió doña Purificación, madre de Juan Ramón, y

murió Isabel Aymar, para gran desconsuelo de Z. Aparte de que JR le confesó a Guerrero Ruiz que ese mismo año él estuvo como muerto. Nueva mudanza. En 1929 se fueron al 38 de Padilla, frente el Sanatorio del Rosario y con una hermosa vista sobre las acacias.

Para 1930, ya superado un *impasse* de Juan Ramón con Buñuel y Dalí, problema que había preocupado muchísimo a Zenobia por lo cruel, y porque llevaba al centro de la discusión a *Platero y yo*, obra que JR decía odiar por su éxito fácil y que estos jóvenes calificaron de cadavérica e histérica. Ya dejado de lado todo esto, y ya habiendo pasado por el momento ingrato de escuchar las burlas de Alberti en el Lyceum con su conferencia «Palomita y Galápago (¡no más artríticos!)», Zenobia y Juan Ramón tuvieron que aceptar que la situación política se precipitaba.

A Marisa no le entusiasma que hablemos de política, dice que no lo soporta, que está acostumbrada a no tocar el tema en su tierra y que no lo quiere hacer. Yo, con evidente asombro, le contesto que es imposible, que es desde todo punto de vista impensable no hablar de la guerra y todo lo que pasó. Le pido que me explique cómo vamos a contar el exilio de Z y JR sin mención de los acontecimientos políticos, sin hablar de esa «loca fiesta trágica», como la llamó Juan Ramón. Lo acepta a regañadientes tras refunfuñar que sólo acordarse de las últimas semanas que pasaron en España le da escalofríos.

El día anterior habíamos llegado muy tarde a Ponce después de la excursión nocturna y sin más nos fuimos a descansar. Bastante entrada la mañana nos encontramos en las sillas de la piscina dispuestas a trabajar, decididas a darle un *stop*, según palabras de Marisa, a nuestros rollos personales y encaminarnos por la vía segura del trabajo. Yo acepté la propuesta porque estaba muy cansada del día de ayer y, ya hoy, en la misma posición de hace pocos días, sentadas en la misma silla, leo a Marisa la historia de Z y JR en Madrid, la historia antes de estallar la guerra.

La mudanza a Padilla significó mucho trabajo para Zenobia, quien además estaba pendiente de la obra de Juan Ramón. No sólo continuaba la toma de dictado

> diariamente, sino que llevaba las conversaciones con las editoriales, siempre junto a Juan Guerrero Ruiz, admirador y amigo, en quien JR había depositado sus relaciones públicas y comerciales. Si alguien deseaba hablar con el poeta, debía pasar primero por Guerrero. El mismo Guerrero fue testigo del buen carácter de Zenobia y de su habilidad para desarrollar una vida propia, paralela a la obra del genio.

Aquí me detengo a esperar una reacción airada de Marisa, pero no surge. Marisa está pensando en otra cosa y me comenta que era raro Juan Ramón; era raro que con ese deseo de reconocimiento se negara a los homenajes, y se resistiera a los nombramientos. «¿Cómo es posible que no fuera miembro de la Academia?», declama mi amiga. Apruebo con mi cabeza, acepto que ese es un gran tema y le recuerdo que el distanciamiento con Azorín, que preocupó mucho a Zenobia, tuvo que ver con eso.

—Con la supuesta adulancia a los académicos para ser nombrados, para ser votados —trato de explicar lo poco que sé—, pero también había otro razonamiento más complicado que tenía que ver con la creatividad, no sé si sabré ponerlo claro. JR prefería ser sólo un poeta, reafirmaba que su vida estaba dedicada única y solamente a la poesía y que ser académico era otra cosa, que el académico debía analizar la obra de los que escribían.

La observo de reojo a ver si queda contenta con mis explicaciones y continúo, aunque sé que puede haber controversia.

—A mí me parece que JR era un tipo de avanzada, y con seguridad eso enamoró a Zenobia, no sé si has leído cuando habla sobre su trabajo, cuando dice que su obra es un todo armónico e inclusive asoma la posibilidad de convertir toda su obra poética en prosa para que la forma y la rima no distraigan al que la lee. ¡De verdad era volado! Era un constante innovador que hablaba del presente como lo único importante y, mismo, cuando asegura que aborrece el éxito facilón de *Platero y yo*, pareciera que uno escucha a un gurú de la Nueva Era y será por eso que también se sintió identificado con la poesía de Tagore.

Marisa me escucha con atención y medio sonreída, como intentando comprender lo que estoy diciendo me interroga:

—¿Hablas en serio? —continúa con una mueca burlona—. Quieres convencerme de que JR era un hombre moderno, que sus reacciones no eran producto de sus neurosis sino de una versión libre de iluminado poético... Pues no, señora, ¡por Dios bendito! A

mí me parece este señor una antigualla, un tipo anclado en el pasado, la mejor prueba son sus pleitos con los poetas del 27.

—Para unas cosas sí —replico—, pero ya el hecho de casarse y trabajar con Zenobia fue un gran adelanto, tú sabes que admiraba la actitud desenvuelta de Zenobia, ¿de cuándo acá los hombres retrógrados se casan con mujeres resueltas?

Marisa se queda viéndome y comenta:

—Ninguna mujer con un hombre al lado se resuelve, yo te lo aseguro con conocimiento de causa.

—Hay parejas que por lo menos lo intentan —insisto en mantener mi punto, aunque mi voz se resquebraje—. Hay hombres y mujeres que tratan de armar una verdadera pareja, bueno... Por lo menos yo creía en eso.

—¿Y ahora no? ¿Ahora no crees en eso?

—Ahora no estoy segura de nada —replico de una vez.

> En 1931, a pesar de que el año se presentaba como muy movido en sus respectivos trabajos, y de hecho fue tanta la actividad que Zenobia la calificó como un verdadero incendio de Juan Ramón, los dos necesitaron hacer una parada a causa de sus malestares. El poeta fue víctima constante de una arritmia mezclada con un sinfín de achaques, pero lo de Zenobia sí fue grave: le diagnosticaron un tumor maligno en la matriz. En esos días Zenobia planteó el deseo de irse una temporada a América, pero su marido se negó. Dijo que era imposible ser poeta en otras tierras, que al no hacer un buen contacto por la falta del idioma la obra se iba hacia la metafísica; el poeta desechó la idea de salir de España y menos todavía al «realismo grosero» de Norteamérica.
>
> En ese mismo año se acentuó la acción política y, aunque JR no se involucró y Zenobia menos, necesariamente fijaron su posición ante el proyecto de democratización de España. En abril se proclamó la República y se marchó de España el rey Alfonso XIII. Cuando triunfaron los republicanos en la votación, la propia Constancia de la Mora, ya muy metida en política, le propuso a Juan Ramón una embajada, la cual definitivamente no aceptó.
>
> Mientras tanto, Zenobia trataba de superar su enfermedad, que según el propio JR no era de una gravedad inmediata, pero sí incurable. Ella aceptó la

radiación y desechó una operación, aconsejada por sus médicos, pero la enfermedad hizo que saliera menos y se dedicara de lleno a la obra de su marido. Para finales de año publicaron con mucho éxito un libro de poesías infantiles escritas por Juan Ramón y escogidas por Zenobia. JR tuvo especial empeño en que Zenobia apareciera en el título de la obra: *Poesía en prosa y verso (1902-1932) de Juan Ramón Jiménez. Escojida para los niños por Zenobia Camprubí Aymar*.

Descanso de la lectura. Propongo que nos demos un chapuzón en la piscina porque el resol del Caribe está pegando fuerte, aunque como buenas meridionales, JR *dixit*, revivimos bajo nuestro sol. Marisa acepta sin dudar porque dice que necesita un *break* ante una sesión plagada de datos nuevos para ella; definitivamente, ambas estamos tan imbuidas en nuestra lectura que no nos apartamos del asunto, así lo intentemos.

Yo me dedico a nadar unas piscinas para relajarme, voy y vengo, mientras mi mente continúa pensando en nuestros personajes. Marisa se ha quedado sentada en la orilla jugando con el agua. Luego de nadar unos minutos me le acerco, me apoyo en la orilla y le comento:

—Hay algo importante en esa época que no he logrado contar.

Marisa me observa y pregunta con los ojos.

—Es la gran preocupación de Zenobia y Juan Ramón por la quema de conventos. En Sevilla arrasaron con todo: empezaron por la capilla de San José, siguieron con el colegio jesuita y destruyeron la escuela de medicina que funcionaba en el convento de las dominicas. Tú sabes que Z y JR no eran especialmente religiosos, aunque Juan Ramón pregonaba que cualquier culto era necesario para que el hombre común tuviera una referencia moral.

Marisa pela los ojos ante esta última frase y sólo comenta:

—¡Tamaña pretensión!

—¡Nada de eso! Juan Ramón se calificaba como individualista moral, bueno, un concepto que tengo que revisar. En todo caso, aunque pareciera que no fueron exactamente practicantes, abominaban que en nombre de la República se cometieran atropellos de tal magnitud. Yo creo que por eso no se conectaron más con lo que estaba sucediendo, a pesar de ser amigos de Azaña y muy cercanos a su cuñado Rivas Cherif.

Noto que Marisa parpadea nerviosamente mientras me escucha. Me detengo a ver si contesta pero no lo hace, ya sé que odia la

materia.

—No te gusta el tema —digo, mientras ella hace una seña negativa con la cabeza y su mano distraída juega con el agua.

—No es eso —por fin contesta—. Es que en esta isla no se habla ni de política ni de religión, es así, es una tradición que considero sana y que me condiciona.

En Huelva, recuerdo las veces que hablamos de la Constitución del 31 que convirtió a las mujeres en elegibles como diputadas. Fue un tema que repasamos muchas veces, allá disfrutamos con una combinación de temas profundos y hechos triviales que nos hacían reír. Una vez alguien nos contó que durante sus años de mucho malestar, JR tenía una cajita donde guardaba todas sus recetas médicas, las tenía clasificadas por el nombre del doctor junto a fotos y cartas de ellos, se burlaba de las recomendaciones de los médicos y Zenobia se molestaba con razón. Marisa comentó cuando lo escuchamos: «¡Hay que ver que era un caso Juan Ramón con las enfermedades! ¡Y todavía se llamaba a sí mismo enfermo indiagnosticado!».

Cuando trato de continuar la lectura, ella me pregunta:

—¿Qué quería decir con eso del realismo grosero de los gringos?

—No era nada malo —aclaro rápido—. Era su manera de decir que los gringos, en algunos aspectos, eran demasiado prácticos, pero más bien los alababa, no creas que todo le parecía malo.

—¿En qué los alababa?

—Los alababa por ser respetuosos. Decía que ellos respetaban el trabajo intelectual, aparte de que sentía admiración por las mujeres norteamericanas cultas, porque en realidad Zenobia era muy culta.

—Definitivamente JR se enamoró de Z a pesar de que se enamoró de muchas otras.

—Sí, y otras muchas se enamoraron de él, ni hablar de Margarita de Pedroso, que lo perseguía, y pronto te leo la historia con Marga.

—¿La que se suicidó? —me interroga Marisa, que por supuesto conoce la historia.

—Esa misma.

—¿La culpa fue de Juan Ramón?

—Yo no diría eso. Definitivamente no diría eso.

Ha sido larga mi indecisión sobre Marga Gil Roesset, podría decir que por una temporada me asustó la idea de contar esta historia. Deseo transmitir a Marisa todo lo que he comprendido sobre ese suceso después de leer mucho y pensar mucho: sólo a

través de Zenobia uno puede intuir lo que pasó.

Nos salimos del agua y decidimos almorzar a la orilla de la piscina para seguir leyendo. Busco mis notas, titubeo por lo que viene.

> Luego del diagnóstico descorazonador que la encerró en casa, Zenobia tuvo el premio de una amistad corta pero intensa, no podía ser de otra manera, con Marga Gil Roesset.
>
> Ella, talentosa escultora, aunque muy joven, se introdujo en la vida de Z y retomó una amistad con JR, justo en ese momento. Zenobia posó, para que ella esculpiera su busto, desde su lecho de enferma y en su misma casa, mientras Juan Ramón asistía a las sesiones en silencio, rechazando cualquier interrupción ajena al acto de amor que sucedía tarde tras tarde. Así lo entendió Zenobia: «Marga quería complacer a Juan, captar en mí lo que él captaba, tarea difícil y elusiva, porque lo que él veía no era la moldura irregular de la carne».
>
> Marga, a pesar de su juventud, tenía ideas precisas: «Yo, por ejemplo, puedo enamorarme de un hombre sencillamente porque me gusta; pero me parece difícil que él al mismo tiempo se enamore de mí, completando así el amor. Me parece que en esto hay siempre un sacrificado».
>
> Un día Marga no asistió a la cita y la encontraron muerta en su taller de Las Rosas después de haber destruido gran parte de su obra, sin duda un sacrificio ante su amor imposible por el poeta y el inmenso cariño que tenía a Zenobia. Los Jiménez lloraron a la amiga que los «había tomado como pretexto para su historia» palabras de JR, y más tarde escribió: «Marga prefirió la realidad invisible».
>
> Los años siguientes, mientras en la calle subía el termómetro de las diferencias, en la casa, Zenobia y Juan Ramón, luchaban contra sus achaques, reales en el caso de Z y a veces imaginarios en el de JR, como muy bien lo entendía su esposa. Sin embargo, el trabajo continuaba a pesar del insomnio, de la falta de descanso, de la vecina que aprendía a cantar, de los cólicos, de la debilidad y la gripe; el famoso esposo continuaba buscando el poema perfecto asistido por la

esposa.

Zenobia había retomado su trabajo en Arte Popular, donde alternaba con Inés Muñoz el día a día, y compartía sus preocupaciones con Guerrero Ruiz. Precisamente a él le confesó que había buscado siempre evitarle a Juan Ramón cualquier molestia por el dinero para que continuara con su obra, aunque últimamente estaba todo escaso y el poeta seguía sin notarlo. Ésta fue una de las pocas muestras de desaliento que dio Zenobia en España, y sucedió sólo en un instante, cuando trató de presionar para darle prioridad a un libro extenso como *Verso Desnudo*, para entregarlo pronto, en vez de trabajar simultáneamente en 21 volúmenes y 15.000 poemas, pero el poeta estaba apremiado por dejar todo listo, toda su obra depurada, ante la proximidad de su muerte.

Zenobia, aunque con un diagnóstico más preocupante, se mejoró y se fue a Italia a disfrutar de la hospitalidad de sus amigos los bolcheviques: Constancia de la Mora e Ignacio Hidalgo de Cisneros, quienes se habían instalado en la bella Roma cuando nombraron a Ignacio agregado de Aviación de la República en Roma y Berlín. Juan Ramón, desde su piso en Madrid, siguió el itinerario paso a paso, siempre pendiente, pero sin deseos de ir, cavilando sobre el tiempo que se perdía en los viajes.

Después de unos días maravillosos en Roma y Florencia, Connie e Ignacio acompañaron a Zenobia hasta la Costa Azul donde visitaron a Indalecio Prieto, exministro de Hacienda, instalado en la casa de María Lejárraga en Cannes tras el triunfo reciente en España del gobierno de derechas. De allí Zenobia volvió rápido a Madrid y a su poeta.

Desde Huelva habíamos reconocido que entender y estudiar la guerra de España sería difícil para ambas, ciudadanas del otro lado del Atlántico y con poca información hasta la fecha; pasamos un buen tiempo perdidas en una maraña de nombres y eventos difíciles de seguir y evaluar, pero entendimos que para contar nuestra historia de Zenobia era necesario mezclarla con lo que sucedió en España. Había que explicar las circunstancias que los llevaron al exilio. Tarea difícil. Marisa, desde el primer momento me propuso

que estudiara yo la guerra y que ella se metería de lleno en el exilio, todo el exilio menos Cuba, que, como ya expliqué, me lo dejaba a mí, pobre incauta, a la que nada ni nadie había preparado para La Habana.

La salida de España estaba resuelta, medianamente resuelta para no entrar en detalles, íbamos a leer una parte en este encuentro de Puerto Rico y lo demás quedaba pendiente para luego de mi viaje a Cuba.

Nos sentamos a comer bajo el tapasol y ligeras de ropa, dispuestas a rematar la historia con la que contábamos hasta los momentos porque al día siguiente yo volvería a Caracas.

Marisa apenas juega con su comida y me comenta:

—Ha sido bueno, han sido unos días perfectos.

Paro de comer y la observo. Noto en su rostro verdadera tristeza, la misma que ella debe de ver en mí. Yo también pienso que ha sido un valioso paréntesis para ambas.

Le contesto que me he sentido maravillosamente en Puerto Rico, como siempre, y que la espero en Caracas. Cuando nombro a mi ciudad noto un gesto, un tic casi imperceptible.

—¿Cuándo vas? ¿Cuándo te veo en Caracas?

Marisa se toma su tiempo para responderme. Juega con la comida de nuevo, completamente inapetente, levanta los ojos y me mira fijamente:

—Me da miedo esa guerra de ustedes.

Me recuesto en el asiento porque de nuevo debo explicar que Caracas sigue siendo una ciudad fantástica a pesar de nosotros. Pienso cómo convencerla de reunirnos nuevamente en mi ciudad, no quiero irme sin su promesa de bajar hasta allá. Opto por obtener su decisión definitiva en el último momento.

—Olvídalo. Ahora concluiremos con nuestra guerra. Con la guerra en España, que fue inevitable.

> «Figúrese, Alberti, que acabo de salvar mi vida. Pues me sucedió que llegaron a mi casa unos de la F.A.I. empeñados en que yo era un Ramón Jiménez que iban buscando. Afortunadamente uno de ellos me metió un dedo en la boca y aclaró: Pues éste no es, porque no lleva dentadura postiza.»
>
> Rafael Alberti les ofreció protección porque ya no era seguro vivir en el barrio de Salamanca, protección que los Jiménez, dudosos, rechazaron por los

momentos. Éste fue un incidente más de los varios sufridos por JR al estallar la guerra.

Zenobia, aunque estaba concentrada en una operación diaria para proteger a los niños que iban llegando a Madrid, víctimas de la guerra, se preocupó muchísimo ante este nuevo atentado contra su esposo, pensó que el ánimo de Juan Ramón no resistiría muchas agresiones más y comenzó a idear una solución para una situación donde corrían un riesgo estúpido.

Juan Ramón había firmado el manifiesto de los intelectuales en apoyo al gobierno republicano, se había involucrado en la medida que podía, en su afán por unirse a la verdad se había dedicado de lleno a ayudar a los doce niños que protegía Zenobia en uno de sus departamentos, pero la situación cada vez se hacía más difícil y desesperadamente llamó lo que estaban viviendo: «la anarquía de los poderes sombríos».

Desde hacía unos días les llegaba el rumor de que iban a quemar el barrio de Salamanca completo; JR temía que ardiera toda su obra y, sin embargo, aún le insistía a Zenobia que salir de España era desertar, como también se lo había dicho a Guerrero Ruiz.

Cuando la situación se volvió más peligrosa, JR le pidió una cita a Manuel Azaña, presidente de gobierno, para buscar una salida. Azaña le confirmó a Juan Ramón que sería más útil a la República fuera de España y, al día siguiente de esta entrevista, los Jiménez emprendieron viaje, dejando atrás su casa y el trabajo de muchos años. Todo quedó roto en la soledad sonora.

CARACAS

DÍA 1

Mil veces le aseguré a Marisa que la buscaría en el aeropuerto de Maiquetía. Después de tantas dudas e indecisiones, mi amiga aceptó llegar a Caracas justo una semana en que pasaban muchas cosas, pero es igual, aquí siempre están pasando cosas. Yo me encontraba tan deseosa de que viniera que nunca le expliqué lo suficiente lo que esperábamos ansiosos y lo que probablemente pasaría.

Durante estos meses pasados nos mantuvimos en contacto. Hablamos algunas veces por teléfono y nos escribimos una cantidad de correos comentando lo que ya estaba listo, escrito, y lo que faltaba. Mientras Marisa estudiaba el exilio norteamericano de Zenobia y Juan Ramón en Coral Gables, yo me había sumergido en los sucesos de mi viaje a La Habana para ver si lograba sacar algo en claro, o en todo caso algo no contaminado con mi propia experiencia en la isla.

Estamos a finales de noviembre, casi entrando en la Navidad.

Desde el segundo piso observo cuando sale de la aduana, le grito muy fuerte por su nombre para sobrepasar el bullicio y, cuando por fin ve hacia arriba, le hago señas para que me espere. Nos vemos de refilón y nos abrazamos. Siento un íntimo agradecimiento porque Marisa ha llegado hasta aquí, considero casi un milagro que haya decidido venir hasta un mundo que parece tan raro para ella.

Nos separamos después de un estrecho apretón y Marisa me toma por ambos brazos, me mira de frente y me dice:

—¡Ay, bendito! Tienes la mirada profunda, diferente, ¿Qué pasó, *partner*? ¿Quién te ha cambiado, *baby*?

En el camino hacia el estacionamiento le explico que tengo muchas cosas que contar y que lo quiero hacer, que tengo una necesidad inmensa de explicarle todo lo que pasa y lo que me pasó. Marisa se detiene y me detiene; tomándome por el brazo, medita un instante para decirme que con lo solemne que estoy debe de ser muy serio lo que voy a contar. Y no se equivoca.

Es la primera vez que nuestro encuentro no gira desde el momento inicial alrededor de la querida Zenobia.

Al paso que subimos por la autopista, le voy contando a Marisa

que esta semana es importante para nosotros porque vamos a votar en un referendo. Vamos a decidir temas vitales para la democracia. Mi amiga me oye en silencio, como digiriendo lo que le cuento, y me pregunta en voz queda:

—¿Se va a armar el rebulú aquí?

—No, claro que no —le contesto, un tanto insegura—, tendremos marchas. ¿Y Luis? —Pregunta salvadora y de rigor.

—Volví con Luis. Y eso de las marchas ¿qué es?

—Pues gente caminando por las calles, manifestando, los de un bando y los del otro —trato de explicarle la dinámica de lo que para nosotros ha sido la vida diaria desde hace unos años y dejo en pendiente a Luis.

Marisa se recuesta en el asiento como tratando de asimilar lo que estoy diciendo. Si no es fácil que nosotros entendamos nuestras andanzas aún es más difícil explicarlas al mundo.

—¿Vamos a tu casa? ¿Veré a tu familia? —Marisa opta por preguntar algo más tradicional.

—Vamos a mi casa, pero mi familia no está. Se fueron para la finca a pasar los días de elecciones haciendo las hallacas —contesto melancólica.

—¿Votan allá?

—No votan, son abstencionistas y por eso se van.

Pienso que tal vez es mejor darle un mínimo de información correcta a Marisa para luego abandonar la política durante los días que pasaremos juntas, me hago esa proposición como si eso entrara dentro de lo posible en estos momentos. Decido contarle que los que no comulgamos con el gobierno estamos un poco divididos.

—Unos quieren votar y otros no —le explico—. Imposible ponernos de acuerdo, aunque para estas elecciones hay un grupo nuevo que puede resultar... Los estudiantes, de repente aparecieron estudiantes y están dispuestos a echarle bolas. Creo que durante estos años, mientras los padres gastábamos las suelas de nuestros zapatos y acabábamos con los ligamentos de las rodillas en las interminables marchas, ellos han aprendido bastante y no quieren jugar con su futuro. La buena noticia es que ellos sí creen en el voto.

Me entra un gran cansancio, el mismo que me invade cuando tengo que explicarle a alguien foráneo sobre este inmenso lío en que nos hemos metido los venezolanos.

Marisa me está observando con cara de asombro, lo sé aunque no quito la vista de la autopista. Subimos por la vía que comunica el aeropuerto de Maiquetía con Caracas y pronto me tocará explicar

de qué se trata esa nube de ranchitos que reposan sobre los cerros esperando el auxilio prometido por una revolución que ya dura ocho años.

—¡Qué es eso! —oigo que grita mi amiga señalando una caravana de camiones que nos adelantan por la derecha a toda marcha y a toda música.

—¡La gente del gobierno! —contesto airada, y luego explico más calmada—: allí van los partidarios de la revolución, seguro los llevan para algún mitin.

—¿Todos vestidos de rojo?

—¡Pues claro! ¡Son los rojos rojitos!

El tráfico inclemente de Caracas hizo que llegáramos a nuestro destino casi al atardecer y ahora nos tomamos un trago con una vista panorámica bellísima a nuestros pies. La ventaja de vivir en una de las colinas de mi ciudad es que al final del día uno la contempla desde las alturas y le asalta la duda: será verdad que esa mágica visión es la irremediable caótica que acabo de atravesar o simplemente lo soñé. Caracas, al igual que La Habana, de lejos es un espectáculo engañoso.

Miro a Marisa para leer sus impresiones cuando ya estamos a salvo del trance del tráfico, cuando ya está instalada en una buena habitación y cuando ya tiene en su mano un güisqui. Los venezolanos nos tomamos un güisquicito al llegar a casa por la tarde, le explico al sentarnos en la terraza, es la única manera de hacer un recuento del día sin riesgo de infarto. Mi amiga contempla la ciudad con expresión expectante, nadie se queda indiferente ante esta vista: Caracas es una ciudad que uno trata de odiar, pero siempre ama.

Ella se vuelve hacia mí cuando considera que ya ha visto suficiente desde la terraza y me pregunta:

—A ver... ¿De qué se trata?

Trago grueso con la convicción de que por fin ha llegado el momento de verbalizar eso que he guardado durante meses.

—Verás, el cuento tiene dos vertientes, o mejor dicho, tengo que contarte dos cuentos. Uno ya lo comencé en Puerto Rico y el otro es reciente, recientico.

Marisa se toma el resto del güisqui de una sola vez y me alarga el vaso para un *refill*, como me dice. Se lo traigo y me consiento con la misma dosis para seguir contando.

—Te conté que cuando mi esposo tuvo el choque grandísimo no iba solo. Lo que no te conté es que con esa persona que se mató en el accidente había tenido una hija.

—¡Una hija!

—Sí, una hija que cuando Julián se mejoró de todo lo que le pasó, se trajo a vivir a casa. Yo no lo pude soportar, para mí fue demasiado, pero no hubo más remedio, nos encargamos de la niña y mi mamá se vino a vivir con nosotros. Abandonó todo en la finca y se convirtió en enfermera abnegada de mi marido y abuela de una niñita que no es su nieta. ¡Y ella es mi mamá!

Volvemos a servirnos sendos tragos para continuar la historia.

—A partir de esos cambios yo me he sentido como una intrusa en mi casa. Mi mamá y Julián son una pareja más que bien avenida, comparten todo, hasta las ideas políticas.

—¿Cómo que comparten todo? —La pregunta directa de Marisa exige una respuesta clara.

—No comparten la cama porque mi mamá no se da cuenta real de su enamoramiento y porque su religión no se lo permite, aparte de que mi esposo no está en condiciones luego del accidente. Mi mamá es joven de mente, es como una niña, a veces pienso que es más joven que yo.

Por fin hablo sobre este nuevo romance en mis narices y para mi sorpresa Marisa comienza a reírse, primero discretamente y luego a carcajadas. Espero asombrada que termine.

—Siempre he tenido la idea de que algunas suegras tienen fantasías con los yernos —dice para mayor asombro de mi parte—. Es como volver a vivir un romance, pero sin el peligro de que se haga serio, es un amor más que platónico pero muy seguro y con la emoción de lo superprohibido. —Se pone seria y viéndome a los ojos—. Aquí la única tragedia es que tu marido se haya quedado desarmado.

—Es provisional —aclaro apresurada—. Recuperará sus facultades en algún momento, aunque ya ha pasado tiempo. La verdad es que a veces pienso que le importa poco, y por mí, ni pendiente.

Contesto muy consciente de que acabo de comenzar el segundo cuento.

Noto que a Marisa se le cierran los ojos, entiendo que yo he abusado de sus fuerzas y que nos hemos pasado con los tragos. Coloco los vasos en la mesita de la terraza y la llevo hacia su habitación. Mañana a lidiar con Zenobia y Juan Ramón y en algún momento le explico lo de La Habana.

—Vamos... Nos vamos a dormir y mañana continuamos. Yo te cuento de La Habana y tú me cuentas lo de Luis.

DÍA 2

Me despierta el teléfono insistente, atiendo y escucho sólo un grito que me advierte: ¡Hay que marchar! ¡Hay que acompañar a los estudiantes! ¡Ni un paso atrás!

Me levanto de un tirón ante la orden telefónica y busco mis zapatillas de goma en el clóset, cuando recuerdo a Marisa.

Salgo de mi habitación y la encuentro sentada en la misma poltrona de la noche anterior contemplando Caracas.

—Es bella Caracas también de día, pero cambia —me dice como saludo.

—Sí que lo es, es bella e interesante. Marisa... ¿Te gustaría ir a una marcha? Yo sé que los planes son otros, pero hoy es necesario acompañar a los estudiantes. A la tarde nos encerramos de verdad a trabajar.

—¿No será un tanto peligroso? —pregunta con duda.

—Para nada —le contesto segura—. El gobierno no se va a arriesgar a nada unos días antes de un referendo que dice tiene ganado.

—¿Y lo tiene ganado?

—Las cosas no están tan claras, si todos los votantes se quedan en su casa haciendo hallacas, pues no hay nada que hacer y seremos una nueva Cuba.

Marisa arruga la cara al oír nombrar a Cuba y, mientras preparamos el desayuno, le cuento todo lo que va en la reforma que propone el gobierno y que es similar a lo que pasa en la tierra de Fidel.

—Pero de todo, de todo, lo peor es la reelección indefinida, eso es intolerable. A los venezolanos nos gusta el cambio y vivir en democracia, la reforma es un esperpento que no vamos a aceptar. Ponte unos zapatos cómodos para irnos a marchar.

Marisa me mira con ojos inquisidores y hasta temerosos, no sabe qué contestar, se tarda. Supongo que recuerda las advertencias de los federales sobre viajar a Venezuela. Hasta que me sonríe y me comenta con cierto entusiasmo que será una experiencia interesante si yo le juro que no hay peligro. Le contesto de nuevo que no lo hay y le entrego su botella de vinagre y su pañuelo, equipo obligado contra bombas lacrimógenas.

—¿Esto es en serio? —me pregunta mi amiga mirando el

frasquito que coloco en su mano.

—Bueno, es una previsión, en tiempos anteriores tuvimos que usarlo porque nos caían bombas como arroz, pero creo que ahora no pasará, las cosas se presentan diferentes.

Marisa se sienta en la silla de la entrada con sus zapatillas puestas, su koala a la cintura, una bandera de Venezuela con siete estrellas que le puse en sus manos hace minutos y una gorra que dice: «¡Ni un paso atrás!». Se sienta desolada en la silla porque no se atreve a seguir adelante. Yo la observo.

—Dame la razón por la cual haces esto y te acompaño.

—Por mis hijos —contesto rápida, porque es algo que tengo muy claro.

—¿A tus hijos les importa todo esto?

—No lo entienden, están aún pequeños y no tienen ni idea de lo que estamos arriesgando.

—¿Se lo dices?

—Antes sí, pero ahora no; ahora están completamente adoctrinados por mi mamá, ella dice que votar no es digno.

—¿Por qué no es digno?

—Porque el gobierno hace trampa y el consejo electoral se lo permite, dice que le hacemos el juego a los estafadores; eso es verdad, pero si votamos todos no es posible que nos entrampen, aparte de que ya estamos hartos y nos iremos indefinidamente a la calle si los resultados son dudosos.

—¡Ay, bendito! ¿Aquí todos han perdido la chaveta?

—Completamente, esa es una de las características de nuestra revolución. Vamos pues, no te pasará nada, te lo aseguro. Ahhhh, y la realidad de lo que pasa aquí no es así tan simple.

Exhaustas pero felices, nos montamos en la estación de Bellas Artes para regresar en el metro, no hay otra forma, toda Caracas está paralizada. Dejamos la avenida Bolívar de bote en bote, hasta el tope de gente que no está conforme con el régimen. Hay que esperar a mañana, que les toca a los partidarios del gobierno de Hugo Chávez medir sus fuerzas. Será cuando sabremos si esto fue un éxito. Apretadas dentro del vagón oigo a Marisa que me comenta en voz baja: «Nunca, nunca había estado entre tanta gente, hubo momentos emocionantes». Me habla con un hilo de voz y aún más bajo declara «que hubo instantes en que sintió mucho miedo dentro de la muchedumbre, que pensó qué diablos hacía allí y si regresaría con vida a su isla».

La comprendo, he sentido ese miedo muchas veces, sobre todo

cuando alzo la vista hacia las azoteas de los edificios que se encuentran a los lados por donde pasa la marcha y me imagino blanco perfecto de francotiradores. Hace pocos años, cuando comenzamos esta lucha, un amigo me dijo que en esas multitudes uno debe caminar siempre por los laterales y vestirse de gris para mimetizarse con las paredes; siempre lo hago; pero hoy la euforia de recorrer mi ciudad con una querida amiga de otras latitudes me obligó a caminar por el centro y con las banderas desplegadas como alas.

—Aprovecho al máximo esta oportunidad que ofrece Chávez para dar algún sentido importante a mi vida —así le razono a Marisa todas estas horas que le quitamos a nuestro proyecto y trato de tranquilizarme a mí misma.

A veces me pregunto cómo hemos llegado a esta situación sin volvernos locos y me pongo mal cuando pienso si de verdad tiene sentido todo lo que hacemos.

La vuelta a casa, agotadas, nos sume en un total silencio. Le propongo a Marisa que nos recostemos un rato, que hagamos una siesta para descansar y luego comenzar a trabajar. Se aproxima el momento de Zenobia y Juan Ramón. Pero la reciente aventura ha puesto a Marisa extrañamente exultante y me pide que encienda la televisión para ver qué dicen de nuestra marcha. Aprende pronto, mi amiga; aquí prendimos la caja desde el primer discurso de Hugo Chávez como presidente en el 98 y no hemos vuelto a apagarla. Es una aberración mediática reconocida por casi todos.

Dejo a mi amiga frente al televisor y me dirijo a mi habitación para recuperar fuerzas, cuando oigo asombrada su pedido:

—¿No podríamos ir mañana a la marcha del gobierno para comparar?

—¡No!¡Nunca! ¡De ninguna manera! ¡No voy ni a la esquina con esos pillos! —Me sale del alma mi resumen muy particular de nuestro desastre.

Esta tarde, después de descansar, comenzamos a leer sobre el exilio. Antes traté de que habláramos del inevitable retorno hacia Luis, pero mi amiga no quiso; lo dejamos para luego, sólo me dejó curiosa porque dijo que ahora pensaba en equivalentes y no en iguales. Me quedé un minuto en silencio, buscando en mi mente dónde había oído antes eso y llegué a Elena Mederos, explicando a Zenobia sus ideas sobre los hombres y las mujeres. Extrañada, comencé a leer:

Cuando Zenobia levantaba la vista hacia la bahía mientras caminaba por el Malecón, se preguntaba cómo sería la llegada por mar, en vez del cansado viaje por tierra que habían hecho desde Santiago de Cuba para llegar a La Habana, bellísima ciudad, muy diferente a lo que habían visto en el largo recorrido por carretera que hicieron en un descapotable. También se preguntaba Zenobia cómo sería La Habana sin ese calor pegajoso que amargaba sus días y a veces sus noches.

La salida de España a la carrera había determinado que abandonaran todas sus pertenencias en Madrid cuando partieron hacia Valencia, con un equipaje mínimo y dejando Juan Ramón sus manuscritos, la mitad de su obra inédita, a pesar de las protestas de Zenobia. En vez de encaminarse hacia Alicante, como hubieran deseado para despedirse de los Guerrero, tuvieron que dirigirse hacia la frontera por La Junquera, para pasar a Francia.

Luego, después de cuatro días en París, partieron en el *Aquitania* hacia Nueva York. Mientras JR navegaba sumido en el más profundo silencio, Z organizaba en su inquieto cerebro todas las visitas y llamadas que haría nada más llegar.

En Estados Unidos, aprovechando a los parientes y amistades de Zenobia, cumplieron con el pedido de Manuel Azaña: en Washington abogaron por la República ante distintas instancias, explicaron la dramática situación de los niños a través de *La Prensa de New York*, periódico de José Camprubí, hermano de Zenobia, y dieron algunas conferencias y declaraciones. Ya en Nueva York hicieron contacto con la Universidad de Río Piedras y dos semanas después partieron hacia la isla de Puerto Rico donde Juan Ramón había sido contratado para dictar unas conferencias. Allí mismo continuaron los discursos y las declaraciones: una vida pública nueva para JR en la tierra de los antepasados de Zenobia. Al poco tiempo se fueron a la isla de Cuba invitados por la Asociación Hispanocubana de Cultura para que Juan Ramón diera nueva ronda de conferencias y para producir unos libros encargados por el Departamento

de Educación de Puerto Rico, siendo La Habana un mejor sitio para la edición.

Es poco probable que en esos días Zenobia y Juan Ramón imaginaran cuánto duraría el exilio, al mismo tiempo era imposible que por los momentos borraran a España de sus pensamientos. En La Habana se quedaron por dos años y medio.

Marisa me detiene antes de que comience de lleno con La Habana y me dice que no entiende a mi familia, que se siente molesta porque me han abandonado en la lucha.

—Lo que pasa es que son ultraconservadores —trato de explicarle—. Ni siquiera entendieron mi viaje a La Habana, mi mamá cuando lo supo me dijo que no se debía ir a Cuba mientras Fidel estuviera vivo.

—Bueno, en eso estamos más o menos de acuerdo. ¡Hasta cuándo!

Me acomodo para continuar leyendo, pero vuelvo sobre sus palabras y le comento que todo el mundo debería darse una vuelta por La Habana para conocer la historia de cerca, que se lo dije a mi mamá y se quedó callada.

—¿Y tu marido qué dice? —Marisa nunca lo deja fuera.

—Es raro... Antes hubiera ido conmigo a La Habana, muy contento, pero ahora está involucionando igual que los cubanos.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que son personas que están retrocediendo sin capacidad para ver hacia adelante, que han detenido su proceso de evolución y se devuelven. En La Habana sentí eso todo el tiempo al constatar la ingenuidad de algunos cubanos para hablar sobre estos cincuenta años, sus cincuenta años de revolución. Tratan de ignorar que nada funciona, que el hombre nuevo se quedó en otra historia, hay algo que los paraliza, avanzan un poco y se devuelven aduciendo que afuera las cosas están peor. ¡Es que tengo que contarte muchas cosas!

—Cuéntame, *baby*. Luego leemos.

Ante esa orden tan clara de Marisa, comienzo por el principio, por mi llegada; sabiendo que es largo lo trato de abreviar y, muy rápidamente, le explico el corto vuelo desde Maiquetía en el Tupolev de Cubana de Aviación, el aterrizaje en la isla y el viaje hacia el hotel Victoria, el mismo hotel Vedado donde vivieron Zenobia y Juan Ramón.

—¿Y qué tal está el hotel?

—Guarda algo de su encanto... Si te imaginas que por el *lobby* caminaba Zenobia en sus diarias salidas hacia el hotel Nacional donde se encontraba con sus amigas para charlar o dispuesta a darse un chapuzón en la piscina, y si te imaginas que en el comedor recibía Juan Ramón a niños con sus mamás, postradas admiradoras de *Platero*, terminas por verlo con ojos de cariño, pero como todo en La Habana que no haya sido tocado por Eusebio Leal es insoportablemente *kitsch*, o en todo caso es una estética demasiado extraña porque lo popular y lo grotesco se mezclan sin misericordia y una no sabe si la decoración es casual o premeditada.

—¿Pero es limpio?

¡Ah, caramba! Yo me lanzo un párrafo precioso sobre estética cubana y Marisa sólo piensa en el aseo, como haría cualquier gringa.

—Casi limpio, tomando en cuenta que no hay detergentes... Por ejemplo, el aire que respiras en La Habana se siente muy puro.

—La felicidad de un ambientalista. ¿Quién es Eusebio Leal?

—El comisionado de la UNESCO, el historiador que está recuperando los edificios derruidos. Yo recorrí el hotel Victoria tratando de adivinar lo que sentía Zenobia al contemplar el mar, pero ya no se ve el mar desde allí, le hicieron el inmenso edificio Focsa por delante, y el portal donde se sentaban durante las tardes a recibir la brisa lo cerraron, sólo alcancé a tomarme una foto en el mismo punto donde está parado Juan Ramón en la foto con Berta Singerman y «el poetastro», así llamó Cintio Vitier al muchachito que sale fotografiado con ellos. Vitier sigue pendiente de honrar a Juan Ramón.

Marisa se queda un instante con la boca abierta. Supongo que por mi mención de Cintio Vitier, a quien admira y lee como a muchos poetas. Me pide que continúe, aún pensativa, y yo trato de llegar al punto lo más rápido posible, por eso me instalo en la cola de Coppelia. Estaba segura que en algún momento del viaje me comería un helado allí, le explico, las colas eran inmensas, pero había que hacerlas, caminaba lenta, avanzaba un poco y se paraba un rato largo. Ahí fue donde se me acercó Betico.

—¿Betico?

—Betico es un morenazo cubano músico. Se me acercó en la cola del Coppelia para decirme que estaba equivocada, que los extranjeros no hacíamos cola y me señaló otra casilla que estaba libre para que comprara mi helado. Me molestó, francamente me molestó mucho colearme a los cubanos que tenían horas esperando para comerse su helado.

Cuando salí me esperaba Betico, quien había notado mi disgusto, y me propuso que me llegara esa noche a escucharlo tocar en El Nacional, los cubanos son así de espontáneos y no les gusta que uno amarre la cara. Me explicó que tocaba en la noche con Pablo Milanés, pero me propuso que nos encontráramos al atardecer en la terraza frente al mar.

—¿Te invitó a un mojito o a un daiquiri?

Continúo sin hacer caso a la pregunta de Marisa porque tendría que explicar cosas sobre los hoteles en La Habana que ella debería saber.

—Cuando llegué al hotel Nacional me sentí en el Caribe de Ava Gardner, aunque comprendí que ya no era un escenario digno de su glamour. El *lobby* es un pasadizo sevillano lleno de turistas arrasados por el sol de Varadero y a cada paso un *stand* donde venden fotografías del Che. Sales hacia la terraza y te encuentras bajo altas arcadas que protegen corredores desde donde contemplas ese «trozo de Paraíso», como definió Zenobia el paisaje de palmeras con el mar de fondo. Estoy segura de que Zenobia se sentó allí mismo a conversar con Elena Mederos sobre el Lyceum Club de La Habana, no me queda duda, imposible que no sea así.

Me levanto de la silla porque quiero escenificar lo que viene para que Marisa entienda.

—Luego caminé hacia el mar, hacia el Malecón, y escuché cada vez más claramente:

«Los marcianos llegaron ya y llegaron bailando chachachá...»

Marisa me observa con los ojos muy abiertos y no puede resistir el embrujo de mis pies que saltan al ritmo de mi canto, mientras mis brazos hacen círculos desde los codos, como si ya no existiera coyuntura. Mi amiga boricua se levanta también, se coloca al lado mío, y realiza unos pasos de chachachá con una perfección increíble.

«Ricachá, ricachá, ricachá...»

Estamos paralizadas una frente a otra, hasta que Marisa grita:

—¡Queridos cubanos del Caribe, no joda!

Yo vuelvo a mi silla para estabilizar mi jadeo y, cuando Marisa termina sus piruetas, me pregunta:

—¿Cómo bailas tan bien el chachachá?

—Me enseñó mi mamá hace años —contesto, y continúo mi relato—. Esos queridos cubanos cantaban con un ritmo único ante el contento de un público sentado en mesas redondas, bebiendo mojito y disfrutando de un usual y espectacular atardecer en el mar Caribe. Betico, cuando me detectó, cambió de canción y se lanzó un

Sabor a Mí verdaderamente histórico, por lo menos para mí.

—¿Betico cantante?

—¡Claro! Si no ¿cómo piensas que me pudo citar un cubano al hotel Nacional? En realidad es un gran músico, ha estudiado mucho y se redondea durante las tardes en el hotel.

Estoy contando esta tarde memorable en el hotel Nacional y no paro de imaginarme a Zenobia bajando del hotel Vedado hacia el mar, luminosa como la describe Fina García Marruz, con su trajecito comprado recientemente en la tienda Ten Cent que le fascina; trajecito fresco que mueve la brisa constante, única concesión que hace el clima por las tardes y cuando ya ha bajado el inclemente sol, un sol que pega más fuerte que en cualquier parte del trópico; «el trópico me está quitando las energías» escribió Z en su diario pleno de actividades que desestima.

Supongo que Juan Ramón se ha quedado en el hotel trabajando meticulosamente en los libros encargados por Puerto Rico: *Poesía puertorriqueña. Antología para niños*, dos tomos. Juan Ramón en La Habana hace contacto con la gente sencilla, me lo explicó la misma poetisa García Marruz: «Juan Ramón vivió esta ciudad de manera muy diferente que Zenobia», me aclaró Fina intercalando versos de JR que recuerda completicos con envidiable memoria.

—¿Fina García Marruz recuerda a Zenobia?

—La recuerda bien, tenía quince años cuando ellos vivieron en La Habana y ya Fina escribía.

—Y entonces, Betico te invitó a lo de Pablo Milanés.

—Sí, acompañaba también esa misma noche a Pablo Milanés, pero no me quedé.

Me levanto porque tenemos rato sentadas y algo parece que faltara. Le pregunto a Marisa si desea beber algo para hacer un descanso, me acerco al bar y escojo la botella de Havana Club, tres años de añejamiento.

—¿Te sirvo un mojito?

Ante la cara de asombro con aprobación de mi amiga, procedo a preparar un mojito criollo como me enseñó el barman del hotel Victoria: «Ven aquí tú, mi sangre; tú pone el ron blanco, pone la azúcar, pone la hierbabuena fresca, machaca un ratico todo eso y le agregas la soda con una gotica de amargo de angostura, tú sabe, pa que sea criollo necesita amargo».

Perifoneo imitando el dejo cubano y se lo entrego satisfecha a Marisa.

—Siempre preparas mojito —comenta Marisa ante la hierbabuena fresca.

—Sí, desde que fui a Cuba me acostumbré.

—Pues es lo único casi pecaminoso que cuentas del viaje.

Marisa no se conforma con este exiguo cuento, pero suena el teléfono y me levanto a atender. Llaman los de la finca.

—Hola, ¿qué tal están? Sí, aquí está... Llegó bien... sí, sí, sí fui, Marisa me acompañó a la marcha... Nooo, no tuvo miedo... Fue apoteósica, un gentío, marchamos millones de personas.

Vuelvo hacia donde está Marisa, pero no me siento porque adivino que, igual que yo, tiene hambre. La invito a la cocina para preparar algo y, mientras manejo con habilidad los trastos para alimentarnos, le voy contando el tema del hambre en Cuba. Le explico que cualquier conversación allá, con alguna persona local que conoces eventualmente, termina en ese tema: después que se fueron los rusos nos íbamos muriendo de hambre y ahora no es que estemos muy bien, la boleta de racionamiento no alcanza para nada y tenemos que hacer piruetas para comer más o menos bien, nunca completo.

Se lo voy contando a Marisa, que me observa con asombro porque en Puerto Rico, a pesar de los pesares, no tienen idea de lo que es desabastecimiento, basta entrar en algún supermercado. Los problemas de los portorriqueños son mucho menos tangibles.

—Pero ¿comiste bien en La Habana?

—Sí, en los hoteles se come bien y en algunos restoranes de La Habana Vieja también. Además, están «los paladares», que son casas de particulares donde te sirven comida casera autorizados por el Estado y, claro, es una concesión por la que pagan cien dólares mensuales.

—¿Al Estado? ¡Pero eso no es nada!

—Esa miseria en Puerto Rico es una fortuna en Cuba —contesto molesta—. El rollo del dinero en Cuba es inaudito, es de volverte loco y como concebido por un loco. Todas esas cosas te mantienen encadenado al día a día y evitan que pienses y que disfrutes. Conseguir comida es una actividad diaria tan vital para los cubanos, que se han convertido en estrellas del rebusque.

—¡Qué fuerte!

—Es la verdad. El hambre es el arma de la revolución, controlando la producción de alimentos, que es muy poca, subyugan cualquier asomo de rebeldía, lo demás es puro juego teórico rentable —declaro implacable ante los ojos saltones de mi amiga.

Después de comer volvemos a la lectura, ya embaladas en el

tema Cuba.

A Zenobia le fastidiaba la vida en La Habana por demasiado tranquila. El tiempo pasaba lentamente para ella, mientras la exuberancia de la isla disparaba las horas para Juan Ramón: «Estas tierras excesivamente hermosas donde el presente es tan fugaz».

Después de salir de Madrid, según escribe Zenobia, ante «el horror del acecho y la constante sospecha del prójimo», y después del frenesí inicial al llegar a Estados Unidos, le tocaba una vida apacible en la isla donde Juan Ramón se sentía rematadamente bien: ningún achaque de salud, total armonía con la comida y un sorpresivo gusto por la gente.

Fue inevitable que Zenobia entablara amistad con Elena Mederos. Desde el primer momento se reconocieron como colegas en un sinfín de intereses, almas gemelas en el activismo y en el pensar colectivo, y sobre todo se aceptaron como militantes de un mismo empeño: el desarrollo individual de la mujer. Fue Elena quien introdujo a Zenobia al Lyceum Club de La Habana, tribuna obligada de los intelectuales, católicos y marxistas, escenario del que tuviera algo que expresar, y fue ella misma quien eventualmente la condujo al trabajo en la cárcel de mujeres de Guanabacoa, trabajo que fue una bendición pues hizo su vida en la isla menos transitoria.

El amigo inevitable de Juan Ramón en La Habana fue el poeta Eugenio Florit, quien lo condujo hasta los otros poetas y necesariamente hasta Lezama Lima. JR descubrió en el trabajo de unos poetas cubanos desconocidos la vida dedicada a la obra que era la esencia de su propia vida, y a su vez, esos poetas se iluminaron con la llegada del andaluz universal. Hubo una feliz simbiosis que produjo obra: pronto decidieron una convocatoria para un festival de poesía en el Teatro Campoamor que daría forma a la antología, y luego surgió «el Coloquio» de JR con Lezama Lima, trabajo que a Zenobia no le gustaba, aunque corrigió a regañadientes.

A pesar de que sus días eran activos, a Zenobia le

> desagradaba la vida en una isla que veía limitada en su grandeza a pesar de su opulencia, «la maldita circunstancia de agua por todas partes», como diría el poeta Virgilio Piñera; mientras, Juan Ramón compartía con Lezama el tema de la insularidad: «ya que nacer en la Isla es una fiesta innombrable».

Me detengo porque siento a Marisa pensativa y distante, la interrogo con los ojos y me dice que hay algo faltante en todo el cuento. Me apresuro a preguntar de qué se trata y me habla de la obsesiva mención que hace Zenobia sobre el tema económico, sobre la escasez y la total indiferencia de JR para colaborar.

Es verdad, le digo y me justifico: hay una parte de La Habana que para mí es tan brillante que tiendo a olvidar un tema oscuro que está siempre presente en el diario de Zenobia. Me explayo en la conversación para complacerla y le aseguro que lo voy a incluir en lo definitivo: la estrechez en Cuba es un tópico recurrente en ella porque no lograba producir dinero como lo hacía en Madrid, porque evitaba iniciar cualquier actividad en una ciudad donde estaba de paso, donde no se sentía bien sudando a borbotones todo el día, y porque utilizaba su pequeña renta para ayudar en España, país que estaba en guerra.

Zenobia, en su obsesión por socorrer al prójimo, vivió una angustia constante al tratar de conseguir dinero para los niños españoles y comentaba que todo sería más posible en Estados Unidos porque allá eran mucho más generosos, y esa angustia la descargaba sobre su esposo en algunas ocasiones. A Juan Ramón le llegaban ofertas de varios países para hacer dinero, algunas las aceptaba, pero otras las rechazaba sin una plena conciencia de la necesidad que estaban pasando.

—Esto es lo que voy a escribir. ¿Esa es la explicación que te hace falta? —pregunto a Marisa.

Mi amiga asevera con la cabeza y me contesta que me quedo corta con el problema del dinero y JR. Prometo reparar, ella tiene razón; me he contagiado con la exuberancia tropical de La Habana y se me olvidan los dólares.

> El 14 de enero de 1937 apareció la convocatoria para el Festival de poetas de Cuba en el Teatro Campoamor.

Me detengo apenas comenzando porque necesito narrarle a Marisa una de mis mejores experiencias:

—Al día siguiente de llegar me voy a La Habana Vieja, llego hasta el Palacio del Segundo Cabo, donde me habían dicho que encontraría libros usados y ediciones ya perdidas. Resulta que ahí mismo hay una torre donde se reúnen los intelectuales todos los jueves. Sigo a la gente sin saber mucho hacia dónde van, subo a la torre a pesar de que la ruta es dura y tortuosa, pero me han dicho que merece la pena por la vista. Me asomo a un espacio donde veo un grupo de personas sentadas y oigo que van a hablar sobre el Caribe. Tú sabes que el tema me interesa, nos interesa, me coleo justo cuando entra Antón Arrufat en persona.

—¡No te lo puedo creer!

—Sí, entró y se sentó con todo el mundo sin ningún protocolo y mirando a los ojos. Te cuento esto porque es uno de mis momentos favoritos en La Habana, cuando comprendo que estoy conociendo gente diferente.

—¿Diferente por qué?

—Porque Arrufat, quien ha recibido gran reconocimiento como escritor durante los últimos años a pesar de su pasada disidencia, te mira de frente sin hacerse el distraído y entabla una conversación sin esperar reverencias. Una conversación, entiende, un diálogo, olvídate del monólogo iluminado.

Me detengo para comprobar a través de una mirada si mi amiga está captando lo que digo y continúo ante su expresión de interés.

—Esa es la esencia en Cuba que te desarma. La actitud de su gente que por momentos hace que te olvides que adentro viven como si los acabaran de bombardear y que afuera se están cayendo las paredes sobre las que pasan, que ya las cloacas no funcionan más y que eso de una manito de pintura se olvidó hace tiempo.

—¡Ay, bendito! ¿También se está derrumbando el Lyceum?

Marisa está bloqueada con el tema Cuba. No sabe nada de lo que pasa por allá, sólo conoce a los poetas.

—No... El Lyceum ya no existe... No existe desde 1968, cuando la Federación de Mujeres Cubanas de Vilma Espín le puso el ojo y la revolución envió a un interventor y lo cerraron, te digo que no dejaron ni la placa a pesar de los débiles ruegos de las socias que quedaban. Lo convirtieron en un lugar solitario, lo silenciaron por un tiempo y luego lo pintaron de varios colores estridentes y lo nombraron Casa de la Cultura. En España sucedió lo mismo, después de la guerra cerraron el Lyceum por republicano, y las mujeres para el fogón y en silencio, como ya sabemos. Bueno, ni

hablar, como siempre los extremos se tocan.

> El 14 de enero de 1937 apareció la convocatoria para el Festival de poetas de Cuba en el Teatro Campoamor, encuentro que produjo la idea de la antología con prólogo de Juan Ramón Jiménez. Una vez más Juan Ramón había puesto demasiadas energías en algo que no daba dividendos, dejando que Zenobia atendiera ese departamento.
>
> Los Jiménez ya tenían varios meses viviendo en La Habana y, por el ritmo que llevaban las publicaciones que les habían encomendado, sería difícil que se fueran pronto a Estados Unidos como deseaba Zenobia. Ella soñaba con vivir cerca de su familia, lo deseaba desde hacía veinte años y estaba a punto de lograrlo, pero Juan Ramón, por el contrario, disfrutaba de todo en La Habana: disfrutaba de sus lentos paseos en auto por los alrededores de la ciudad, disfrutaba de las tertulias con los Florit, de las conversaciones con Menéndez Pidal y de las veladas con los Loynaz... Disfrutaba especialmente del café que se tomaba en la terraza de Dulce María Loynaz, oyéndola leer sus poemas.

—Cintio Vitier me contó que Juan Ramón disfrutaba hasta con la música del carrito del heladero que pasaba frente al hotel Vedado.

—Un cambio significativo en el energúmeno de Madrid que detestaba todos los ruidos —me recuerda Marisa.

Pero yo estoy perdida en el recuerdo de Cintio con sus ojos bellos que se aguaron cuando habló emocionado del poeta, cuando expresivo me advirtió que para ellos, los jóvenes poetas cubanos del momento, la visita de Juan Ramón Jiménez a La Habana lo significó todo.

Me interrumpe Marisa con entusiasmo.

—¿Fuiste donde Dulce María?

—Por supuesto. Sólo vi dos casas en el Vedado que están bonitas, en una funciona el Centro Martiniano y es la base de Cintio Vitier y su esposa Fina García Marruz. Es una casa colonial muy bella con amplios corredores, un lugar donde se siente mucha paz y mucha amistad, y la otra es la de Dulce María Loynaz; esa casa está perfecta, hasta con los muebles intactos. Zenobia iba de visita y

tomaba té en alguno de los salones, hay un salón colonial con muebles oscuros y un piano, y hay otro Luis XV, decorado en colores pastel, y vitrinas en las paredes donde se exhiben todos los abanicos de Dulce María.

—Nada revolucionarios esos salones.

—Tampoco Zenobia era nada revolucionaria, ella misma lo dice en su diario. Escribe que prefiere mejorar las cosas paulatinamente en vez de hacer experimentos, que no cree en redentores con propuestas mágicas.

—¿Lo dice así?

—Pues sí, más o menos. Zenobia nunca fue roja y llega a Cuba muy escarmentada con lo que ha visto en España. En Cuba aprecia la libertad que encuentra, porque en el 36 ya los cubanos habían salido de Machado. Ella se declara no partidaria de revoluciones y dice que le aterra la pedagogía militar.

—Entonces menos mal que no se quedan en La Habana. ¿No hubiera sido mejor México? Te lo digo porque a Juan Ramón le fue tan mal en Estados Unidos.

—Lo pensaron, pensaron en México, pero a Juan Ramón no le sentaba bien la altura.

—Ahhh, el corazón delicado de Juan Ramón. Los años en Miami fueron terribles para su salud, para su vida, y buenos para su obra. Ya te lo leeré, cuando termines Cuba.

Marisa me hace señas para que continúe.

> Cuando Zenobia insistía en que quería irse a Nueva York, Juan Ramón asentía, admitía que deseaba mucho escuchar a la Filarmónica conducida por Stokowski o Koussevitzky y ver qué había de nuevo en el Metropolitan Museum, pero en realidad se sentía cómodo oyendo a Debbussy, a Toscanini y a Mendelssohn por la radio que amablemente les habían prestado los Loynaz. En esa misma radio escuchaban todos los días las noticias de la guerra que transmitía la BBC de Londres: el bombardeo de Barcelona, la caída de Bilbao. Había días que JR pasaba la noche despierto pensando en España, hablando con España.

Levanto la vista y noto a Marisa cabeceando. Está agotada. Ella se da cuenta de que he parado de leer y me cuenta:

—A pesar de que esos primeros años de exilio fueron terribles porque duraba la tragedia de la guerra, nada es peor que la

monotonía del día a día en la Florida.

Cierro mi carpeta, voy hacia Marisa y la halo para que se levante, la llevo hasta su habitación, dejo allí a mi querida amiga boricua que se atrevió a acompañarme en una típica aventura en mi ciudad, la dejo para que descanse.

DÍA 3

Marisa ha mostrado tal admiración por el Ávila que se me ocurre pasar este viernes en nuestra montaña para esquivar las molestias de los partidarios de la revolución regados por Caracas.

Hace ya unos meses las manifestaciones políticas de Chávez no cuentan con un voluntariado real, le explico a Marisa para ilustrarla más correctamente sobre lo que digo. La revolución rojita es muy rica porque se montó en un aumento del barril de petróleo, eso pasa cada cierto tiempo, y ahora la revolución no se tiene que preocupar por convencer a nadie, todo lo hacen a los realazos: traen en autobuses desde el interior del país a la gente que asiste a sus manifestaciones a cambio de un pago en metálico.

Marisa me oye con paciencia e interés.

—¿Cómo es que ustedes hablan todo el tiempo de política?

Me pregunta sin notar lo incómoda que me pone.

—Las circunstancias nos han obligado —contesto segura después de segundos de reflexión—. La vida nos ha llevado a esto y es casi imposible no hacerlo.

En la mañana le dije a mi amiga que se vistiera con algo abrigado porque nos íbamos a pasar el día a Galipán para que conociera la otra cara del cerro el Ávila. Subimos a media mañana por Cotiza, una carretera empinada y de curvas difíciles que se pone más crítica después del Parque de Los Venados. Marisa nota mi esfuerzo al volante y quiere saber por qué no subimos por el teleférico. Le doy razones contundentes:

—Hace unos años dieron en concesión todo el teleférico a un grupo económico fuerte, lo repararon porque tenía años abandonado, lo pusieron a funcionar perfecto y lo convirtieron en una atracción turística. Pero este año Chávez les quitó la concesión porque ahora Venezuela es del pueblo y ese pueblo no debe pagar mucho por subir a su montaña. El Ministerio de Turismo bajó las tarifas a la mitad, pero ya no me atrevo a montarme en esos vagoncitos pendientes de un cable porque no confío en quien los mantiene con tan poca plata.

—¿Cómo pueden vivir ustedes con tanta desconfianza?

Nueva pregunta de Marisa que me agarra fuera de base.

—Oyeee, buena pregunta, todavía no lo sé, nuestra vida cambió

del todo, algunos sostienen que por nuestra propia culpa.

El trayecto hacia la cima del Ávila es de veinte minutos a lo sumo. El recorrido es por un paisaje muy bonito que va por las laderas de la montaña y que deja atrás a Caracas; hay tranquilidad dentro de la camioneta para conversar a pesar de lo movido del trayecto. Cuando pasamos Boca de Tigre el camino se hace más suave y hablo con más sosiego.

—Tú sabes que en La Habana todavía existe el coqueteo.

—¿Qué tipo de coqueteo? ¿Eso de las jineteras?

—No, nooo, te hablo de intercambio de miraditas fogosas, de flirteo sano. Betico me dijo que era por las colas, que como hacían colas para todo, se dedicaban a coquetear con quien fuera, pero aparte de eso, sí, parece que a las cubanas y los cubanos les encanta el sexo, es un buen pasatiempo inmediato, nada preparado, olvídate de vinito, de soledad, de vista al mar. Nada de exquisiteces.

—¡Ay, bendito! ¿Tú hablando así?

Me sonrío por su expresión. Me pregunta rápido:

—¿Y el tal Betico no se ha casado?

—Bueno, no, pero tiene un hijo.

—¡Por tu madre! ¿Y qué le pasa al negro? ¿Cuándo se casa?

—En Cuba no es tan fácil, tienes que vivir con toda la familia, la mamá, los hermanos, las tías, un gentío, ninguna intimidad.

—¿Y conociste a su familia?

—Sí.

Pasamos por Rosa Mística y quedan unos cuantos minutos de camino de tierra para llegar a donde quiero ir, sigo pendiente de la carretera mientras le cuento a Marisa que el sábado Betico me invitó para la playa. Yo estaba loca por ir a la playa a ver qué tal. Primero buscamos a su hijito Pachy en el Centro Vietnam Heroico, allí donde lo había dejado la mamá; lo recogimos y nos fuimos a esperar el autobús por el hotel Habana Libre; pasamos bastante tiempo esperando, clásico en La Habana, lo suficiente para que Pachy y yo hiciéramos amistad.

Ya montados en el autobús, Betico nos advirtió que iríamos hacia la Playa de Marianao y Pachy se puso contento al saber que iríamos a una playa con arena y no a lanzarnos de una roca.

—¿Qué es eso de la roca?

—Yo también pregunté. Betico obliga a Pachy a lanzarse desde una roca al mar para que se haga hombre. Betico tiene terror a que su hijo le salga maricón, es como una preocupación constante que le hace mostrarle descaradamente todas las mujeres que están buenas para que aprenda a apreciar.

—No te creo. ¿Padre a hijo?

—Pues sí, pero de todos modos a Betico no le gusta el mar, dice que quisiera que ese mar se secara para sembrar matas de café.

—¡Ay, bendito! ¡Esos cubanos como que le pegan al loco!

Suspiro y murmuro que si le cuento algunas otras cosas me va a creer menos y sólo le explico que Betico opina que a algunas mujeres les gusta que les den palo. Marisa se queda silenciosa por un ratico y luego me dice:

—¡Estoy harta de los hombres!

—Yo también.

—Pero te acostaste con Betico.

—¡Pero qué iba a hacer!

Pasamos por algunos kioscos, pues ya estamos en Galipán, paramos la conversación para mirar lo que venden aunque no me detengo, quiero llevar a Marisa hasta un lugar precioso donde hay una gran vista hacia el mar, siempre el mar.

—Marisa, entre Betico y yo todo fue bien.

Estamos alto en la montaña, rodeadas de espigas de lavanda y eucaliptos que desprenden un olor celestial, estamos en la tierra que fue de los aguerridos caribes y que hoy es un remanso de paz. Mi amiga se queda alucinada con la vista que alcanza hasta el mar e insiste en que nos sentemos un rato ante este monumental paisaje. Yo me recuesto cara al cielo en una roca larga, una que se salvó del deslave de 1999, y Marisa se sienta en una que está al lado.

A pesar de que a esta altura hace frío, el sol nos cae de frente y pega con la fuerza del trópico. Me tapo los ojos con un brazo y me arranco a contar con voz monótona como si estuviera recostada en el diván de un siquiatra. Lo voy contando todo con pelos y señales y Marisa, probando una vez más su amistad hacia mí, escucha en un silencio alentador.

—Habíamos pasado el mediodía en una playa donde toca un sexteto amigo de Betico. Allí todo fue música y sol. Luego nos fuimos al propio Marianao a visitar a su mamá y a sus hermanas y a dejar a Pachy. Almorzamos bien a base de congrí y malanga, aparte de un poco de pollo raquítico que yo ni probé. Nos quedamos un rato conversando y tomando café, por cierto que una de las hermanas de Betico me dijo que si quería amarrar a su hermano machacara una mosca y la echara en el café, yo me sonrojé y ellas se rieron mucho invocando a Babalú Ayé para que resolviera las cosas. Nos fuimos, y por el camino hacia el Obelisco, Betico me fue contando su infancia en Marianao, de donde no piensa salir nunca.

Me mostró su escuela, Flor Martiana, me mostró la Escuela de Arte, la de Kindergarten y el Instituto Marianao. Mientras esperábamos la «guagua» observé con calma esas construcciones neoclásicas que rodean el Obelisco porque merecen la pena, yo no estaba ni pendiente de lo que se avecinaba, más bien comenté que eran de una arquitectura grandiosa, ya que estaba dispuesta a continuar con el paseo turístico.

»En el autobús me propuso al oído que nos fuéramos a gozar en el hotel Victoria y yo me quedé sin habla, apretujada dentro del gentío que se había montado en la última parada y sintiendo todo su cuerpo pegadito al mío. Cuando atravesamos el río Almendares ya estaba más recuperada, mejor dicho, ya me había hecho a la idea de arrebatarle ese recuerdo a La Habana, de regresar a Caracas con algo que aumentara mi autoestima arrastrada por los suelos luego del accidente de Julián. Ya estaba segura de que iba a cometer esa inexplicable audacia, pero de ninguna manera en mi hotel, nunca lo haría en el templo de Zenobia y Juan Ramón. Se lo dije claro a Betico, en mi hotel no, y no se molestó, sino como si nada me contó que antes la zona de Marianao se llamaba Mayanao porque allí vivían indígenas descendientes de los Mayas, pero qué va, a pesar de que yo necesitaba información sobre esos indígenas y a pesar de que tenía que averiguar dónde se asentaron los descendientes de caribes, nuestra tribu, no hubo caso, ya mi mente no encontraba asidero en alguna historia que no fuera la mía presente.

Siento que Marisa se revuelve sobre su piedra y ruego que no esté cansada, porque quiero terminar mi cuento. Quito el brazo que tapa mis ojos y la miro. Ella me devuelve tranquila la mirada, por un instante, y luego ve hacia el abismo que precede a nuestro amado mar Caribe, fija sus ojos por segundos en un inevitable tanquero que navega lejano, luego del precipicio allá en el mar, y se vuelve hacia mí como insinuando que siga porque ella también necesita que yo relate mi caída estrepitosa hacia el barranco.

—Nos fuimos a casa de unos amigos que tienen cubículos. Betico fue lo suficientemente considerado como para advertirme que de todos modos íbamos a hacer cola, aunque no me dijo que era una cola pública junto a un buen número de parejas que esperaban pacientes para solucionar sus urgencias. También me dijo que el sitio era limpio, que por eso no debía preocuparme. Yo había decidido echar el resto y lo seguí hacia Villa Cándida como una esclava sigue a su amo.

Marisa me hace un gesto para que me detenga.

—¿Qué pasa?

—Me preocupa saber si tu novio usó preservativo.

—¡Claro que lo usó!

—En la guía de Lonely Planet, donde dice las cosas que se deben llevar a Cuba porque no se consiguen en la isla, allí mismo, están ellos de primeros junto al cepillo de dientes.

Si Marisa supiera de la resistencia de Betico a usar el quitasensaciones...

—Pero te ruego que veas la nota terapéutica del encuentro y no pienses en un novio o algo por el estilo —me decanto por el tema de fondo.

Marisa se levanta y se me acerca para decirme con voz misteriosa.

—¿Cómo puede haber sanación verdadera en una habitación triste y con gente esperando afuera? Yo prefiero pensar que tuviste buen sexo y más nada. Que te sacaste ese clavo del marido infiel y ahora vuelves a recomponer tu vida desde otra perspectiva.

—¿Eso es lo que estás haciendo tú?

—Más o menos. Más o menos.

—Pero Marisa, Julián no fue un infiel sencillo.

—Ya lo sé.

Marisa se sienta de nuevo a esperar que yo continúe con mi historia.

—Bueno, no te quiero contar detalles físicos porque me parece absurdo. Tú sabes lo que pasa entre hombres y mujeres, sólo estoy tratando de encontrar las palabras para describir lo que sentí después.

—¡Ay, bendito! ¿Es que sentiste algo nuevo? Eso sí te pido que me lo cuentes.

Me quedo en silencio tratando de armar las ideas que han revoloteado hace semanas en mi cabeza para contárselas a mi amiga: en ese acto de amor hubo un efecto liberador que yo no conocía, hubo una sensación de solos ante el mundo que no había experimentado, hubo una actitud de aquí y ahora que me colocó en otro plano e hizo difuso mi pasado y mi futuro. Cavilo porque no sé como explicarlo, hasta que arranco.

—Me sentí más libre, me sentí única y viví el momento.

Marisa me observa con curiosidad.

—¿Nunca habías sentido eso?

—Nunca, mi relación con Julián ha estado atiborrada de múltiples responsabilidades desde el principio, tareas que cumplir, ha sido una relación cargada de compromisos y miedos que nunca me han dejado disfrutar de nada. Lo que trato de decirte es que ese

simple acto, efímero, ha sido trascendente para mí, así Betico no se haya dado cuenta. Betico se mantuvo en su mundo todo el tiempo, su mundo de rumba y son que le permite aguantar una vida detestable que adora, y mientras... yo estaba dando un triple salto mortal para luego caer de pie y continuar. ¿Se entiende?

—Sí entiendo. ¿Y qué pasó cuando volviste a Caracas?

—Volví vuelta un desastre pero con ganas de luchar.

—¿Contra quién?

—Marisa, ha sido difícil, pero eso no importa, ha sido difícil reinventarme, la lucha más difícil ha sido conmigo misma para darle un marco nuevo a mi existencia. Camino a mi hotel traté de convencer a Betico de que debía buscar salir de Cuba, que debía buscar algo mejor para él y para Pachy. Sentí dentro de mí la urgencia de ayudarlos. Pero Betico ni pendiente, me dijo que peor estaban los de afuera, que los que se iban pasaban igual trabajo y sin la familia, que no quería vivir lejos de su madre. Insistí, pero no hubo caso, le expliqué que en un futuro Pachy le reclamaría, aquí vaciló, se le puso la voz más grave y me aseguró que Pachy sería feliz en La Habana. Al final, y a pesar de tanta rumba, a mí el ánimo se me fue al suelo porque me sospeché la cadena: Betico es dueño de la vida de Pachy, la mamá de Betico es dueña de la vida de Betico, y Fidel es dueño de la vida de la mamá de Betico, en realidad de todos, pero basta oír a la señora reverenciar al comandante porque le cambió su refrigeradora vieja por una nuevecita traída de la China. Las mujeres que acompañaron a Fidel en un principio, y que aún están vivas, lo adoran. Betico nació en plena zafra y se quedó enganchado para siempre.

Me levanto de mi roca y me estremezco, la roca caliente evitaba el frío propio del lugar. Le propongo a Marisa que emprendamos la marcha hacia La Granja donde vamos a almorzar, es preferible sentarnos en la terraza antes de que llegue la neblina.

Caminamos silenciosas, cada una perdida en sus pensamientos hasta que Marisa me dice:

—Ya no me gusta mucho ese cuento de sólo el presente. ¿Recuerdas que yo te dije lo mismo cuando estuvimos en Ponce?: «¡hay que preocuparse sólo del aquí y del ahora!». Pero después vino Coral Gables, era imposible llegar a La Florida para seguir los pasos de Zenobia sin leer antes a Juan Ramón. *Espacio*. En Miami me iba a la placita de Alhambra Street donde han puesto placas con los poemas de JR, me sentaba un rato en los bancos, igual como lo hubieran hecho Zenobia y Juan Ramón porque amaban los bancos de las plazas. Miraba hacia arriba pensando qué dirían Z y JR sobre

esas palmeras tan distintas a sus amados robles y luego me dedicaba a leer los poemas para aprendérmelos uno a uno.

Se detiene y con los brazos abiertos recita a Juan Ramón mirando hacia el mar Caribe y justamente parada sobre estas montañas: «los hombros de América», según Alberti.

—«Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo. Yo tengo, como ellos, la sustancia de todo lo vivido y de todo lo por vivir. No soy presente sólo, sino fuga raudal de cabo a fin».

Como siempre, la conexión de Marisa con la poesía me deja postrada, enamorada.

—También te has apasionado por Juan Ramón —afirmo con asombro.

—No, sólo me fascina que en su afán de convertir su obra en un proceso de depuración, inclina a quien lo lee a respetar su propia historia, te explica por qué haces algunas cosas y otras no.

—¿Qué te ha explicado?

—Si te contara, me hizo ver que yo, ésta que tú ves aquí, tiene una huella que la marca, que le indica cómo debe ser, una huella que viene desde las raíces y que te inclina hacia una esperanza sucesiva e irremediablemente conectada. Cambiar esa marca puede hacerme mucho daño. Juan Ramón nunca cedía, se mantenía firme en sus principios, fiel a su marco de referencia, lo cual está medio peleado con la inmediatez del aquí y ahora.

En este paisaje maravilloso de mi tierra, mi querida amiga dice lo más interesante que he oído de la poesía de Juan Ramón.

—Sí, entiendo lo que dices, le contesto —pero esa indudable grandeza de Juan Ramón jodió bastante a Zenobia.

Reanudamos nuestra caminata y Marisa me cuenta que después del *blackout* habanero, Juan Ramón retoma la poesía de forma inmediata en La Florida; asegura que, en parte, *Espacio* es un canto continuo de asombro por los inmensos llanos y por la ilusión de la marisma que ven sus ojos cuando viajan hacia los cayos.

—Imposible comparar con el Miami de hoy —me dice—. Podría imaginar a Zenobia moviéndose por ese torbellino de mercaderes hábilmente disimulado mediante lagos y palmeras, nunca a Juan Ramón.

Me siento emocionada hablando de principios, quiero aportar algo a esta conversación para responder adecuadamente a la inspiración de Marisa.

—Juan Ramón no escribe poesía en La Habana por la guerra, sentía que era un regocijo no permitido a un español, igual que no

leía poesías en público por respeto a los caídos en esa absurda pelea. Y a Zenobia este postergar su verdadera obra la desesperaba, Zenobia y su condicionamiento anglosajón de aprovechar el tiempo. Juan Ramón escribió crítica, escribió conferencias y apenas uno que otro verso, sólo destellos de creatividad, como decía Z, pero muy poco, por eso es curioso que al llegar a Coral Gables retome la poesía, pero también regresen los achaques.

Sin duda, la montaña nos ha puesto lúcidas, poéticas, y nos ha protegido por unas horas de la batalla política que no se detiene y que está sucediendo al otro lado del Ávila. Nos sentamos a almorzar serenas.

—¿Y esto qué es?

—Es asado negro, nunca vas a comer una carne mejor.

—¿Carne de res?

—Sí, carne muy cocinada, pero el secreto está en el papelón, esa capa negra que la rodea se forma con el papelón, por eso es dulzón.

—Es deliciosa, y mezclada la salsita con arroz blanco, mejor todavía. Esto aquí es tan bonito...

—Prueba los plátanos con queso blanco, es una combinación muy nuestra.

Almorzamos de lo más bien, sentadas en una terraza desde la cual vemos la montaña y el mar. Estamos aquí haciendo tiempo para que pase la gran marea roja que inunda a Caracas: los chavistas que con su alboroto muy bien planificado intentan afirmar la supremacía de la revolución sobre los pendejos que tenemos la osadía de adversar una bota, aún sabiendo que la pedagogía militar es demasiado peligrosa.

El buen comer nos pone lánguidas, con desgano retornamos a Caracas. Es el mismo recorrido que hicimos en la mañana pero con la gran ciudad de frente.

Retornamos a mi casa para leer, para vivir a Zenobia.

> Y un día la guerra los tocó muy de cerca, recibieron la noticia de la muerte de Juanito, sobrino y ahijado de Juan Ramón, que había sido herido en el frente de Teruel. Zenobia se preocupó mucho por Juan Ramón, mucho más que con la noticia de la muerte de Lorca y de tantos amigos. Esta vez era una muerte en la familia, sangre de su propia sangre, y Juan Ramón dijo más tarde que la desaparición de Juanito lo había dejado estéril por muchos meses.
>
> Z y JR cada vez pensaban más en los niños y por eso fueron al puerto a recibir el barco *Mexique* que

tocaba en La Habana con un cargamento de niños españoles. Los niños de Morelia invitados a México por el presidente Cárdenas, inclusive trataron de convencer a un chico de que se quedara con ellos durante un tiempo. Todavía en esta época Zenobia fantaseaba con la idea de irse al sur de Francia a cuidar niños mientras durara la guerra y JR aprovechaba estos momentos para confirmar su deseo de irse definitivamente a Francia; pero Zenobia insistía en volver antes a Estados Unidos, insistía en quedarse una temporada larga con su familia y, cuando escuchaba el plan de volver a Europa que proponía su marido, montaba en cólera y se iba a tirar piedras al mar desde su roca favorita en Miramar; se iba a planificar su viaje al norte sin Juan Ramón, que la tenía harta.

En esos momentos desastrosos, Zenobia rememoraba con rabia todos sus esfuerzos, recordaba cuando había insistido en llevar con ellos al exilio lo principal de la obra de Juan Ramón y cómo él se había plantado: prefería el incendio absoluto de su obra completa en Madrid antes que dispersarla; recordaba sus esfuerzos para que la salida de España no se interpretara de manera torva, sin embargo, por la negativa a dar explicaciones, algunos habían calificado al poeta como fugitivo de la España roja.

En la Habana, Zenobia pretendió que aceptaran algunas invitaciones, aunque nunca homenajes con los que tampoco estaba de acuerdo, deseaba que llevaran una vida social aceptable, pero fue inútil, una vez más las pequeñas manías de Juan Ramón como su aversión a los que fumaban, o su ataque de pánico cuando un rostro le desagradaba a primera vista, los terminó por aislar. Zenobia no apreciaba las visitas que entretenían a Juan Ramón en el portal del hotel Vedado casi a diario, o las invitaciones políticas que su esposo había terminado por aceptar, sólo lo acompañaba durante las largas charlas de JR con Ramón Menéndez Pidal, en un intento por recapturar viejos tiempos en la Residencia de Estudiantes.

La principal preocupación de Zenobia consistía en la espera del pago del Departamento de Educación de

> Puerto Rico para seguir adelante, para salir del confinamiento de la isla. Ella tenía sus altibajos motivados por la tardanza del dinero y por la falta de interés de su esposo por el viaje a Estados Unidos, era durante esos momentos que proponía irse sola por una temporada pero nunca se decidía, pensaba que dejar a Juan Ramón solo en La Habana sería su verdadera muerte, aunque insistía: «...A veces estoy harta de todo, y creo que ya que vivimos sólo una vez es demasiado no poder vivir la propia vida».
>
> Zenobia se conformó temporalmente con quedarse en La Habana y volvió a escribir a diario cantidad de cartas: a Elisa Ramonet, a Inés Muñoz, a los Bauer, a Marie Black y sobre todo a los Guerrero que permanecían en España; volvió a pasar a máquina el trabajo de Juan Ramón que avanzaba lentamente, y volvió a plasmar en sus notas diarias todo su descontento.

Me detengo para explicar a Marisa que Zenobia logra el viaje a Nueva York, y logra que Juan Ramón vaya con ella a pesar de que en ese mismo momento él plantea la necesidad de quedarse en un solo sitio hasta que termine la guerra, hasta que decidan volver a España, es muy claro cuando dice que no soporta vivir en un país donde no se hable su idioma, lo cual descarta de entrada a Estados Unidos, pero ese es el país que tiene en mente Zenobia, ella piensa que sólo allí pueden encontrar una vida que los proteja.

Marisa escucha con interés todas mis explicaciones sobre las diferencias de Zenobia y Juan Ramón y me comenta que este viaje de pocos meses a Nueva York sólo se podría narrar con una lista de nombres y una lista de eventos, me dice que Zenobia no para de hacer citas, visitas, no para de organizar idas al teatro, a conciertos, a los museos, no para de tomar el té con todas sus amigas y conocidas. Intenta recuperar el tiempo perdido en la desesperante calma de las Antillas.

—¿Y Juan Ramón?

—La acompañaba a veces, disfrutaba de los programas en familia en Woodmere y de la casa de Joe Camprubí en New Jersey; en New York recorre todo lo que venga de España: «...Los cuadros del Greco, Goya y Velázquez deslumbran en cada museo o colección». En realidad no apreciaba la vida social de New York, le cansaba y odiaba cuando la conversación era sólo en inglés;

también en ese viaje se encuentran con Fernando de los Ríos e Isabel García Lorca, con quienes reviven tiempos en España que traen buenos recuerdos a Zenobia.

Se detiene un instante y aprovecho para expresar correctamente lo que ha rondado por mi mente desde que regresé de Cuba.

—La verdad es que cuando uno camina por La Habana Vieja, barroca e íntima, y luego te vas buscando el Malecón atraída por el rumor del mar y te topas con esa vista inconfundible y mil veces fotografiada que llaman la bahía de La Habana, vista que si miras desde lejos es casi la misma que la que Eulalia de Borbón admiró desde el barco en su visita a las colonias, ahí es cuando uno siente esa vaina rara que se llama Hispanoamérica, una cosa que Zenobia no sentía. No es una crítica, sencillamente no la sentía porque en su interior predominaba la cultura anglosajona y por eso le va mal en Cuba. Marisa escucha interesada pero no comenta.

> Zenobia y Juan Ramón pasaron tres meses en Estados Unidos visitando a la familia y haciendo contactos con viejos amigos, pero volvieron a La Habana porque tenían que cerrar definitivamente los proyectos que los habían retenido en la isla y tenían que cobrar algún dinero indispensable para una mudanza.
>
> Zenobia volvió a la fuerza desde Nueva York. Allá amenazó a Juan Ramón con quedarse y sólo aceptó retornar a La Habana hecho el compromiso de empacar en una semana y viajar a Miami donde JR daría unas conferencias, pero Juan Ramón, al llegar a la isla, entró en uno de sus períodos de inactividad y depresión, pasó días recostado en el cuarto del hotel Vedado, sin trabajar, sin hablar, y Zenobia por fin se desesperó: le recordó que otros hombres, no tan geniales como él, mantenían a sus mujeres. Toda la situación se vio agravada por la falta de dinero, ningún cheque había aparecido y no había siquiera para que JR se recortara la barba.
>
> Sólo la llegada de Fernando de los Ríos a La Habana logró sacar a Juan Ramón de su apatía y lo visitó con premura en su hotel acompañado por Zenobia; se sentaron de nuevo a conversar sobre los pasados tiempos de la Institución Libre: comenzaron recordando a Giner, a Azcárate y a Cossío, y terminaron tarareando el «Anda jaleo» de Lorca, tal

cual como lo interpretaba La Argentinita: «...fue un verdadero discurso sobre nuestra España», recordó Zenobia al día siguiente.

Los Jiménez pasaron las Navidades de 1938 en La Habana. Las noticias que llegaban de España eran cada vez más dramáticas. La ofensiva contra Cataluña comenzó ese mismo diciembre y Zenobia sintió mucho dolor por las mujeres que tomaron los puestos de los hombres en las fábricas.

Ya en enero pudieron por fin partir hacia Estados Unidos e hicieron las paces, Zenobia notó que JR estaba recuperando sus energías cuando un buen día salió de su silencio recordando las fuerzas rudas de Unamuno, su falta de sentimiento por la belleza y, de nuevo, su indiferencia por la música. El poeta calentó el verbo con estos recuerdos para luego, en un monólogo brillante, convencer a Zenobia de lo atractivo que era para ellos escucharse el uno al otro. Ella estuvo completamente de acuerdo.

El mismo día que cayó Barcelona en manos de los nacionales, Zenobia y Juan Ramón, después de unas pocas e íntimas despedidas de sus más queridos amigos cubanos, partieron en el barco *Numargo* para Miami.

Marisa ha escuchado atentamente el final del cuento en La Habana y me reclama de nuevo lo del dinero, dice que menciono muy poco los benditos cheques. Es verdad. Los dos años y un poco más que pasaron Zenobia y Juan Ramón en La Habana vivieron obsesionados por cheques que llegaban y que no llegaban, así lo refleja Z constantemente en su diario. Admito el reclamo aunque le hago la salvedad de que la verdaderamente obsesiva era Zenobia, mucho más pendiente sobre cómo sobrevivir que Juan Ramón.

Desde que llegamos del Ávila hemos estado leyendo nuestra historia hasta terminar con la época de La Habana. Es hora de parar. Guardo mis hojas como indicándole a Marisa que es bueno por hoy. Mi amiga acepta mi decisión y se va hacia la terraza para observar a Caracas mientras yo sirvo los tragos.

—¿Qué pasará mañana? —me pregunta señalando la ciudad y sé que se refiere a la política.

—Mañana es un día muerto. No se puede hacer campaña política. Todo el mundo se prepara para la votación del día domingo mientras los más estrambóticos rumores corren por la

ciudad. Tú y yo trabajaremos en Coral Gables para olvidarnos de la política, pero el domingo me acompañas a votar.

DÍA 4

Este día raro nos levantamos temprano, listas para el trabajo. Antes desayunamos unas deliciosas arepas con queso blanco rallado, unas arepas que sólo se pueden comer en Venezuela, blanquitas por dentro, sin fritanga, horneadas en su punto y recubiertas por una cáscara fina, casi imperceptible, que forma la masa al contacto con el budare caliente.

Mientras nos dedicamos a nuestro desayuno criollo comentamos la conversación de ayer. Marisa insiste en que le cuente cómo fue mi regreso de Cuba, me dice que pensó mucho durante la noche pasada sobre lo que me pasó allá y que quiere saber cómo quedé después de todo.

Yo arranco con el cuento no más me lo pide. Le narro que antes de abordar el Tupolev, rumbo a Caracas, tuve la gran sorpresa de encontrar a Betico en el aeropuerto a pesar de lo caro y escaso del transporte en la isla, lo encontré allí dispuesto a decirme adiós. Me acompañó a que me envolvieran las maletas en plástico, única medida de seguridad que aparatosamente aplican los cubanos antes de un vuelo; yo esperaba al lado de la curiosa máquina que parece que envuelve el equipaje pero la mayoría lo hace un operario que se para atrás, y mientras, le prometía escribir, llamar por teléfono y enviar cosas con los constantes viajeros entre la Habana y Caracas; durante todo ese tiempo mantuve la compostura, me despedí con cierta emoción y pasé por todos los trámites con la indiferencia de una viajera avezada, me monté en el avión con aire de alivio porque me parecía increíble haber logrado todo sin contratiempos, pero al despegar comencé a llorar y a llorar sin poder parar, hasta el punto que la señora cubana que iba sentada al lado mío me dio un caramelo a ver si me tranquilizaba.

—¿Llorabas por lo que pasó con Betico? —me pregunta Marisa con una lógica materna espeluznante.

—Nooooo. Eso ya había pasado, en el hotel Victoria había vivido un breve duelo por la pérdida de mi segunda virginidad. Lloraba por varias cosas mucho más importantes, por la gente amorosa y trágica que había conocido y dejaba en La Habana y por el tiempo perdido en todos los sentidos.

—¿Cuál tiempo?

—El mío... Estamos hablando de mi vida, Marisa. El caramelo de

mi compañera de viaje me tranquilizó unos minutos, lo suficiente para escuchar su contento por volver a Venezuela. Me contó que ya había estado tres meses de misión en La Victoria, un sitio como a una hora de Caracas, donde estaba dando talleres agrícolas a campesinos de la zona y que nunca había sido tan feliz en su vida. Ella no quiere volver a Cuba aunque comprende que allá tiene a su familia.

»Por supuesto que esta conversación me reconfortó un poco, me solucionó parte del malestar al recordarme que hay algunos que sí quieren salir para vivir en libertad y que poco a poco van encontrando alternativas, así sean riesgosas como Venezuela. Pensé que ya sólo me quedaba la preocupación por la mía, por mi propia libertad, y al recordar lo que me esperaba en casa volví a llorar, raudales de lágrimas, hasta el aterrizaje en Maiquetía.

Marisa se levanta de la mesa para buscar un vaso de agua, pero algo me dice que está pensando. Efectivamente, cuando regresa arrima su silla hacia la mía y en voz suave me explica que su grito de libertad fue un fracaso, que nunca se había metido en tantos líos en su vida y que, ya agotada, volvió a Luis para que la sacara de los enredos y la protegiera.

—¿Volviste tan rápido? —pregunto asombrada.

—Ni tanto. Me lo encontré en Boca de Ratón cuando fui a Florida para visitar el Coral Gables de Zenobia y Juan Ramón. Me lo encontré feliz y bronceado, *playing golf* todos los días y haciendo alarde de una especie de nirvana que había logrado para evitar todas las inútiles preocupaciones. Yo no pensaba ir a Boca, me estaba quedando en el apartamento de una amiga en Brickell, era perfecto, de allí me iba hasta el 104 Alhambra Circle a recorrer los caminos de Zenobia, a sentarme en la placita... Nada más inocente, pero en una de esas quedé para almorzar en Cacao con mi amiga y allí, cuando atacaba unas fantásticas *barbecue ribs*, alcé la vista y me encontré con mi sonriente cuñada. De allí a Boca de Ratón con Luis incluido fue sólo un paso.

Me separo brusca y le comento que ella tiene que mudarse de Puerto Rico para entenderse con Luis, que cada vez que se encuentran fuera de la isla se llevan de maravilla. Marisa me acepta el comentario porque, según dice, ella lo ha pensado. Cambiar de escenario ayuda, me comenta.

—¿Vives muy mal en San Juan? —le pregunto porque no fui a su casa el año pasado.

—No, para nada, vivo divino en el viejo San Juan.

—¿Entonces?

—Entonces nada, Luis no hizo otra cosa que ayudarme, me contó que quería darle un nuevo *look* a sus oficinas y, como sabe que me gusta la decoración, me propuso que lo hiciera yo, pagado claro, me pidió que comenzara a buscar precios ahí mismo en Miami. Eso me dio mucho sosiego, recorrer las grandes tiendas en Miami es como un potente tranquilizante.

Esa mezcla de amor y conocimiento profundo de la poesía y de los grandes almacenes es lo que me fascina de Marisa.

—Eso fue todo —machaco inmisericorde—. Te ofreció trabajo y caíste al instante.

—Sí, porque al ofrecerme trabajo me centró.

Sacudo la cabeza pensando que estoy ante un *déjà vu* para luego aceptar que simplemente estoy escuchando mis propias palabras de hace unos meses en Puerto Rico. Me tapo el rostro con ambas manos invocando a Dios, atemorizada por lo que estoy escuchando.

Recogemos las cosas del desayuno en silencio y nos sentamos a trabajar, vamos hacia el brusco cambio de señal que significó para Zenobia y Juan Ramón la primera etapa del exilio en Estados Unidos. Le toca a Marisa.

Mi amiga organiza sus papeles porque va a comenzar a leer su parte, ya está lista, pero antes me pregunta:

—¿Qué dijo tu mamá cuando se enteró del desastre de Julián?

—¿Del accidente?

—Nop, del Second Life.

Pienso por un momento cómo se lo explico y me arranco a contar algo que me duele mucho porque lo siento como otra traición.

—Mi señora madre aseguró desde el primer momento que el pobre Julián había sido sometido a grandes tentaciones y había caído, que nuestra misión era ayudarlo a levantarse.

—No te entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? Mi mamá le buscó la vuelta al problema para encontrar otro culpable que lógicamente fue ella, la difunta.

—¡Ay, bendito! Y tú lo tuviste que aceptar.

—¡Claro que no! Todavía no lo acepto y por eso me hostiliza, me saca del grupo y se cierra, me deja afuera. Al principio me sentí muy mal, me horroricé al entender que mi mamá era mi más implacable antagonista, pero ahora sé que allá afuera está la vida y que, para mantener la paz, basta con mostrarse sobria ante todo lo que ella defiende mientras estamos juntas, porque cuando salgo me

tomo la revancha.

—Bueno, continuemos con lo nuestro, aunque ese es un tema tortuoso e inaplazable, digo la revancha.

El viaje y la llegada a Miami fueron muy difíciles para los Jiménez. Para Juan Ramón fue fatal por la falta del idioma, no se quedaba solo ni un minuto, se llenaba de temores al no entender el inglés. Por su parte, Zenobia hizo un esfuerzo inmenso por buscar un sitio cómodo para vivir, después de casi tres años como huéspedes del hotel Vedado en La Habana, ella sabía que necesitaban una casa, un hogar.

Desde un principio les gustó Coral Gables, a Zenobia y a Juan Ramón, pero no podían pagar nada de lo que veían en la zona y eso creó otra razón para la fricción. Ese deseo de estabilizarse le dio a Z una sensación inaguantable de pérdida de todas sus cosas materiales y comenzó a localizar sus pertenencias a través de interminables y abundantes cartas, casi todas dirigidas a España.

Una vez instalados provisionalmente en SW Second Street, Zenobia retomó su trabajo de tomar dictado de Juan Ramón a ratos, además de que necesariamente tuvo que aprender a cocinar: por primera vez en la vida la elaboración de la comida dependía directamente de ella. Se esmeró en cocinar porque detestaban la comida de la calle en Miami.

A duras penas lograban enterarse de lo que pasaba en España, pues no era como en La Habana donde casi cualquiera tenía alguna información. Después de unos meses compraron una radio que fue un gasto de urgencia para conectarse con el mundo; antes de eso, estuvieron desorientados en cuanto a los últimos acontecimientos de la guerra.

Muchas de las noticias que les llegaron de más allá del Atlántico les causaron gran conmoción y no les dieron tiempo para equilibrarse. La muerte de Antonio Machado dejó sin habla a Juan Ramón por algunos días para luego escribir: «Tuvo siempre algo de muerto como de vivo, mitades fundidas en él por arte sencillo». El asedio a Madrid y la entrada de las tropas franquistas los llenó de angustia.

Juan Ramón dictó su primera conferencia sobre

literatura española ante la Asociación de Profesores de La Florida en Palm Beach y Zenobia comprendió que el auditorio no estaba a la altura, les faltaba conocimiento y no entendían bien el español del poeta. La sensación que había persistido en Z desde que llegaron a La Florida se confirmaba: éste es un lugar donde no tenemos interlocutores, donde no encontraremos ningún conocido para compartir recuerdos, pero tiene la ventaja de que la vida es sumamente económica.

En esa misma etapa les llegó la noticia de que habían saqueado el piso de Madrid y se habían llevado la obra completa del poeta. Fueron funcionarios del nuevo régimen los que cargaron con todo, les escribieron sus amigos. Zenobia, desde el primer momento, se comunicó por carta con personas que conocía en España y que podían ayudar en la recuperación de los manuscritos de Juan Ramón y pidió ayuda a la embajada norteamericana en Madrid. Cuando el 1 de abril se declaró terminada la guerra, Z comenzó a hacer inventario de todos los muebles y pertenencias que había dejado en los pisos que alquilaba.

A pesar de todos estos malestares, disfrutaban del paisaje que era extraño para ellos, escribió Zenobia: «Me encantó estar sentada en el sillón de mimbre del porche viendo cómo movían sus penachos las palmeras mientras las *walkirias* lanzaban gritos salvajes», escuchaban a Wagner por la radio; disfrutaban de una relativa paz cuando contemplaban el mar, verde y luminoso, sentados en un banco al final de Lincoln Road. Juan Ramón buscaba la paz de espíritu para escribir y, aunque insistía en que era imposible conseguir la calma fuera de España, el poeta se inspiró y escribió en La Florida.

Marisa se detiene y aprovecho para comentarle que esta parte me parece muy dolorosa. Me contesta que sí, que lo peor es la falta de amigos en Miami, nada parecido a la estadía en La Habana, ni siquiera una cabeza bien puesta como la de Fernando Ortiz, con quien sentarse a conversar. Zenobia, siempre tan dispuesta a relacionarse con la gente, allí no encuentra con quién.

—Yo supongo que fue un golpe para ella que tanto deseaba vivir en Estados Unidos —le comento.

—Creo que sí, eso, y que las diligencias con la embajada en Madrid no dieran resultados inmediatos, fue una decepción grande para ella. Zenobia tenía la impresión de que los norteamericanos eran siempre todopoderosos, ese es un tema que yo conozco bien, lo siento en mi isla. Luego, Juan Ramón le escribe al director de Cultura cubano pidiéndole ayuda y las cosas comienzan a moverse, aunque al final José María Pemán recuperó casi todo, salvo algunos textos que nunca aparecieron. Pero eso de los manuscritos descompone totalmente a JR, se enferma, no sale de una fiebre, van al médico pensando que tiene malaria, pero lo encuentran más bien anémico y le recomiendan que salga de la casa, que tome aire. Es una época muy difícil y sin el consuelo de los amigos. Te digo que no sé cómo Zenobia aguanta a JR, quien se comporta con la malcriadez de un niño.

Trato de recordar y busco en el estante el diario de Zenobia en Estados Unidos y leo algo sobre esa época que he subrayado doble:

—«...Quiero un cuarto para mí sola para hacer lo que me dé la gana, abrir bien las ventanas, ponerme crema en las manos cuando el fregar me endurece la piel y moverme en la cama si me apetece...».

Nos quedamos unos minutos en silencio.

—Aparece de nuevo la habitación propia —me comenta Marisa con voz monótona.

—¿Qué fue de la tuya en Ponce? —necesariamente tengo que preguntar.

—Existe, está ahí. No he sido capaz de devolverla ni de usarla, es un lugar que me martiriza cuando lo recuerdo, es una asignatura pendiente que no logro pasar.

—¿Por qué?

—¡Por mojigata! ¡Porque no he logrado sacar a la Virgen de la Divina Providencia de mi matrimonio! Ella sigue sentada entre nosotros recordándonos que la cosa es hasta que la muerte nos separe.

—Juan Ramón dijo que las mujeres de Puerto Rico se daban con los ojos y luego se retiraban.

Marisa abre la boca asombrada y se agolpan sus palabras.

—¡Dijo eso! ¡Ay, bendito, seguro que tenía razón! Bueno, *no way*. ¡En otro momento hablamos de eso! Sigo a ver si terminamos con Florida.

Ante la escasez de amistades interesantes, Zenobia dependía en gran parte de la correspondencia que llegaba a diario. La visita al buzón era la parte más excitante del día y la falta de cartas la ponía lívida. Para enterarse de la situación en España, dependían de la radio cubana y de *La Prensa* de Joe Camprubí, nada más.

Por algunas sugerencias de los profesores norteamericanos de la Universidad de Miami, Z comenzó a preparar unas conferencias sobre España. Escribió a Juan Guerrero Ruiz para solicitarle fotos de los castillos de España y de claustros y sepulcros, esos fueron los temas que le parecieron interesantes y que le podían producir cien dólares por conferencia.

En esos mismos días y con un nuevo viaje a New York en mente, le escribió a la doctora Catherine McFarlane para pedirle una cita. La doctora era la primera ginecóloga de Estados Unidos, pionera en investigación del cáncer cervical y graduada en Woman´s Medical College, la única escuela de medicina para mujeres del país.

Zenobia, como siempre, necesitaba estar actualizada en todo: a la doctora McFarlane la localizó por un reportaje en la revista *Time*; leía con interés a Alexis Carrel, quien había ganado el Premio Nobel de Medicina en 1912 por el cultivo de tejidos, pero ya en su vejez escribía sobre la relación entre la ciencia y el espíritu; iba al cine con las pocas amigas que tenía en Miami y no se perdía los estrenos.

De vez en cuando recibían visitas muy estimulantes como la de los Florit, que llegaron desde Cuba justo en los días en que los Jiménez se estaban mudando.

Interrumpo, necesito comentar el tema de las mudanzas, es algo que me llama siempre la atención, ese desespero por cambiar de lugar que predominó en Madrid y que parece retornar en Miami. Pregunto si la causa sigue siendo el ruido y Marisa me contesta que el ruido y muchas cosas más, que Juan Ramón se sentía fatal en La Florida, que todo lo convertía en una tragedia, hasta pidió a Zenobia que buscara un barbero por toda la ciudad que le acomodara la barba bien y no como si fuera un profesor francés.

—Juan Ramón tenía su gracia —comento.

—Tenía salidas buenísimas —admite Marisa—, pero su sentido crítico tan ácido a veces lo hacía muy desagradable. Zenobia sufría mucho cuando decidía criticarlo todo, pero sufría igual cuando estaba como ido, que nada le interesaba. En Miami, Juan Ramón se vuelve más insoportable y Z tiene sus arranques donde planifica dejarlo, pero no es verdad, se van a New York a principios de agosto en el *Swanee*, llegan como siempre a una habitación en casa de las Garmendía y Zenobia es feliz con su familia, largas conversaciones con Joe en la playa de Woodmere, almuerzos con antiguos conocidos en Butler Hall contemplando el río Hudson, visitas a los De los Ríos, ya instalados en Riverside, y en las noches veladas culturales en La Casa Hispánica. Días gratificantes. Si no existiera *Romances de Coral Gables*, yo te diría que la primera temporada en La Florida fue un gran fracaso, aparte de que allí comprendieron que por el momento no podían volver a España.

—¿Por qué insistes en la doctora McFarlane?

—Es sólo que deseo enfatizar que Zenobia estaba al día, por lo menos que trataba de estar al día, debía de ser difícil en un pueblo como Miami y sin Internet.

—Seguro, a mí también me llama la atención cómo podía ser tan moderna para algunas cosas y tan antigua para otras, recuerdo la anécdota en La Habana cuando van a ver bailar a los cubanos y ella se escandaliza por lo sensual de los movimientos, no les da chance alguno, los condena de entrada.

—Ella sólo se sentía bien en ciudades cosmopolitas, eso ya lo tengo claro. La Habana era interesante y culta, pero no lo suficientemente mundana.

> El primero de agosto salieron en barco hacia New York y llegaron el día tres. Pasaron unos pocos días juntos en la ciudad hasta que Z se fue a visitar a sus parientes en las afueras. Previamente se encontró con su hermano en Pennsylvania Station y viajaron juntos hacia Woodmere. Comenzaron días plácidos y libres para Zenobia, en contacto con sus primos y la naturaleza.

—¿Y Juan Ramón?

—Como no resistía la humedad del campo, se quedó con las Garmendía. Ellas tenían una residencia en un apartamento de Manhattan y allí llegaban los españoles exiliados. JR prefería

quedarse encerrado, hablando español, mientras Z visitaba a sus parientes en granjas y en la playa. Cada cual en lo suyo por unos días, pero pronto se echaban de menos mutuamente.

—El mismo rollo de no poder vivir aparte, pero cuando están juntos se maltratan.

—¡Así es! Se pasaron una buena temporada en New York, como le gustaba a Zenobia, fueron hasta Filadelfia para la cita con la doctora McFarlane y volvieron a Miami para final de año. Ellos repitieron este viaje durante los años que vivieron en Miami, subían a New York cuando hacía calor porque Juan Ramón decía que no resistía el frío.

—¿Y la doctora hizo el diagnóstico de Zenobia?

—La doctora la encontró muy bien en ese momento.

> Cuando los Jiménez regresaron a La Florida se mudaron a un bonito apartamento en Alhambra Circle, lo que significó que por fin lograron vivir en Coral Gables como habían aspirado desde que llegaron a Miami.
>
> A comienzos de 1940 Juan Ramón dictó las conferencias que le había contratado la Miami Hispanic Society, y un tiempo después Zenobia se matriculó para estudiar en la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad de Miami. Ya Zenobia había comprendido que para producir dinero en Estados Unidos dentro del mundo académico tenía que obtener un grado. JR se opuso en un principio, pero luego admitió que era necesario y la apoyó. Toda esta vida bien organizada duró poco, pues el poeta enfermó de cuidado por las noticias que llegaban de España, fue hospitalizado, y Zenobia tuvo que interrumpir sus estudios para cuidarlo.

Marisa me comenta que esta vez fue un colapso total, que se lo llevaron a la clínica, hubo que hospitalizar a Juan Ramón porque vomitó 43 veces cuando se enteró de que en España habían condenado a muerte a su amigo Rivas Cherif, y que tardó bastante en recuperarse. Los había invadido la tristeza, la tristeza de verdad.

Le propongo a mi amiga que hagamos un descanso, que nos vayamos donde unos amigos que tienen una parrillada en su casa,

así almorzamos y luego volvemos a trabajar. Ya en el auto, Marisa me pide que le explique para dónde vamos y cómo es una parrillada en Venezuela. Trato de ser muy precisa para que se sienta tranquila, lo menos que desearía es contagiar a Marisa con nuestra constante angustia.

—Vamos a una urbanización que queda a una hora de Caracas, un lugar entre montañas donde hace frío, fresco muy soportable, donde hay casas muy bonitas y donde se vive bastante bien.

—¿Vamos a casa de unos amigos ricos?

—Acomodados, gente que ha trabajado, profesionales exitosos.

—Será bonito.

—Sí, son las relaciones que mi madre quiere para mí... Ella siempre me advirtió, desde el primer momento después del accidente de Julián, que yo debía acercarme a mis amigas bien organizadas, nada de salidas sin mi esposo y nada de salidas raras.

—¿Qué es una salida rara?

—Amistades masculinas.

—Es lógico, a ella le preocupa tu reputación.

—Bueno, sí, aparte de que ella tiene ese sentimiento trágico que se traduce en que hay que aceptar con resignación lo que nos manda Dios. Al principio trató de convertirme en enfermera de Julián y como no lo logró, se adjudicó el puesto ella misma. En fin, una vez resuelto eso, yo comencé a hacer las cosas a mi manera.

Marisa hace un silencio por un rato y luego me pregunta lacónica cómo es mi manera, y yo, por un segundo, me pregunto de qué estaré hablando.

—Bueno, yo me entiendo, prefiero explicarte más adelante mi empeño por sentir la vida —propongo, porque hemos llegado.

Marisa es acogida con amabilidad y entusiasmo, como siempre tratamos a cualquier extranjero que llega a nuestra patria. Eso nunca se modifica, somos acogedores así no tengamos ni idea de a quién estamos recibiendo. Rápidamente la veo sentada cómoda en la mesa donde reinan las mujeres, dispuesta a probar nuestra carne a la parrilla.

Regresamos ya en la noche, venimos con cuidado por una carretera algo tortuosa que baja de la montaña.

—Son buena gente tus amigas, pero algunas están algo atormentadas por lo que está pasando aquí. ¿Tú has pensado en irte? —pregunta Marisa no sin cierto asombro.

—No, yo no me voy.

—Pero unas de tus amigas piensan que hay que irse. Piensan en algo así como el exilio.

—No, no, no. Yo no me voy —repito para que lo entienda bien.

—Algunas dijeron que estaban esperando el resultado de este referendo para decidir. ¿Qué dicen las encuestas?

—Cualquier cosa, quizás lo más ajustado es que las posibilidades están parejas porque aquí estamos divididos en dos toletes idénticos... Pero no se sabe.

—Algunas de tus amigas me parece que viven más que bien, que están más tranquilas.

—Aquí, como en cualquier parte, si estás haciendo mucha plata no quieres que las cosas cambien.

—Oyeee —Marisa adopta un tono confidencial—, a mí la del pelo más largo me pareció partidaria de Chávez y me dio miedo cómo hablaban del gobierno delante de ella.

—No, tranquila, se puede hablar, pero ella, Patricia es una ni-ni.

Marisa me observa mientras yo manejo con cierta pericia dentro de la oscuridad, a pesar de las dos cervezas que me tomé.

—¿Ni ni qué?

—Sólo ni-ni. Así llamamos a los que ni están con Chávez ni tampoco contra Chávez, y ni votan por un coño. Algunos por extremadamente institucionales, otros por asqueados, por hartos, otros porque deshojan la margarita, y por último los que aseveran que Chávez les dio una oportunidad a los que nunca la habían tenido.

—Mira hermana, a mí me parece un horror lo que estás viviendo. Solamente pensar en el exilio me pone los pelos de punta. *Remember* Zenobia y Juan Ramón.

—No es igual, Marisa, tampoco es que exageres, pero he tenido pesadillas con una guerra civil. Los venezolanos estamos completamente divididos, completamente enfrentados, y desde hace un tiempo estamos separados por la mitad, por la mera mitad.

—Zenobia decía que los políticos habían convertido su vida en un infierno, no debes olvidar eso por tu bien, algunos políticos son chapuceros.

—No lo olvido, es algo incontrolable para mí. No estoy siguiendo políticos chapuceros, aquí hay unos cuantos que merecen la pena, sólo quiero una vida mejor para mis hijos.

Marisa permanece en silencio un rato y cuando desembocamos ya en El Cafetal, con más luz y más tráfico, me comenta volviendo a la parrillada:

—Hubo una de ellas que me dijo que no se metía en nada porque es ciudadana de la luz, y que a ella nada de lo que está pasando le afecta. Dice que ya está funcionando en otra dimensión.

—Sí, también hay quien piensa así —contesto con voz de cansancio, pero Marisa continúa misteriosa.

—¡Óyeme bien, bendito! Ella me dijo que hace poco los extraterrestres le terminaron de cambiar el ADN.

—Sí, ya sé quién es, cada quien vive el momento según su versión.

—Pero... ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, claro que sí, desde que fui a La Habana no descarto nada. Todo me parece posible, si hace veinte siglos los Annunaki cambiaron el ADN a los Sumerios para dominarnos y si hace cincuenta años existe una isla donde unos pocos tienen a un gentío sometido, ahorita cualquier cosa.

—¿Qué dices? Te volviste loca.

Decide cambiar el tema ante mi extraña información.

—Uno de los retratos que pintó Vázquez Díaz de Juan Ramón está aquí en Caracas.

—¿Qué estás diciendo? —logra animarme.

—Lo cuenta Zenobia en su diario de Puerto Rico.

—¿Aquí en Caracas? ¿Dónde está?

—No dice en qué lugar, ella sólo escribe que está colgado en Caracas.

—Uno de los que se llevaron del piso en Madrid.

—No lo sé, me gustaría verlo. Vázquez Díaz fue un buen pintor, además de muy amigo de Juan Ramón, el boceto que le regala JR a Guerrero Ruiz es de él, uno que le gustaba mucho a Zenobia.

—Hay que averiguar, pero mañana es domingo de referendo.

Llegamos cansadas a mi casa pero decidimos adelantar en la lectura, pues mañana no sabemos, es el día de la votación y la espera de resultados puede acabar con mis nervios. El lunes ya se va Marisa.

> Después de las Navidades del 40, tristes, achacosas, pero adornadas en un intento de recordar su regalada niñez, Zenobia volvió a estudiar siempre bajo la tutela del profesor Owre de la Universidad de Miami, y Juan Ramón, más o menos recuperado, volvió a escribir, esta vez pendiente de la inmensidad del paisaje recorrido a bordo de un Chevrolet

comprado a cuotas: «El camino de Cayo Hueso, lejos de todo rumor de tráfico, de motores de avión», así describe Zenobia el espacio ideal por donde conduce a su marido.

Luego se aventuraron más allá, en unos viajes que, según la propia Zenobia, transformaron sus monótonas vidas: Society Hill en Carolina del Sur, Charlottesville y Alexandria en Virginia, Key Port en New Jersey, fueron algunos de los sitios donde se detuvieron, además del recordado San Agustín, primer territorio español en La Florida, que Zenobia revisó con curiosidad y placer. Ambos disfrutaron mucho estos intermedios que planificaban cuidadosamente desde Miami y que incluían necesariamente a New York.

En algún momento en La Florida y cuando comenzaron a viajar, Zenobia se dio cuenta del aislamiento en que vivía Juan Ramón, aislamiento que ella misma calificó de inhumano y achacó a los problemas de idioma y de mentalidad. Y a pesar de ello, JR continuaba con su seminario sobre poesía en la Universidad de Miami, algunas conferencias en el Instituto de Estudios Hispanoamericanos y una nueva relación muy estimulante con la Universidad de Duke. Y a pesar de todo, durante la estadía en Miami, Juan Ramón incubó *Espacio*; *Tiempo,* y los *Romances de Coral Gables*.

En 1942, cuando ya Estados Unidos estaba en la guerra, se fueron a Washington, pues Juan Ramón se comprometió a colaborar en unos programas de radio para promover el acercamiento hacia Hispanoamérica. Este programa de noventa conferencias, muy bien estructurado por el mismo poeta, y que le hacía mucha ilusión a Zenobia, terminó pronto: Juan Ramón no aceptó que la censura militar modificara sus guiones justo antes de la grabación, sin previo aviso. No hubo caso, ni siquiera surtió efecto la intervención a posteriori del vicepresidente Wallace para que continuara. Juan Ramón decidió retirarse y no hubo reconsideración.

La guerra los obligó a buscar otros horizontes, ya que la Universidad de Miami, donde habían

desarrollado sus actividades los últimos años, al igual que todos los centros de enseñanza en Estados Unidos, adaptó sus actividades a las necesidades de la guerra. Este viaje a Washington fue definitivo para que dejaran La Florida.

—¿Se van tan rápido?

—Sí, se van de Miami —me responde Marisa doblando sus cuartillas.

—Pero irse más al norte era peor, allí todo era mucho más anglosajón.

—Sí, pero a ellos les va muy bien ese primer verano que pasan en la Universidad de Duke. Zenobia, como siempre al día, supo que en la Escuela de Medicina de la Universidad trataban las depresiones con vitaminas y con excelentes resultados, y para allá se llevó a Juan Ramón. Allí se encuentran con Gordon Brown, quien los introduce en el ambiente académico y se encuentran con algunos profesores que hablan castellano, algunos colombianos y también algunos de mi isla.

—¿Viven en español?

—No, en inglés, y Juan Ramón, como siempre, decía que por lo general se sentía perdido allí, escribe: «Acabaré por considerarme extraño en lo que es mío». Pero estoy convencida de que empiezan a tomarle el gustico a las veladas en las casas de los profesores, muy acogedoras y rodeadas de pinos. A las charlas, la música, a la declamación. Creo que a pesar de que el idioma no ayuda a Juan Ramón, en Duke ellos encuentran mejores interlocutores que en Miami. Zenobia atrapa al vuelo un ambiente más sofisticado y pone proa al norte con la idea de que mientras más arriba fueran, más llevadero sería el exilio.

—Yo también me imagino a Zenobia como la plataforma de un trasatlántico cuando me olvido de cierta actitud quejosa y disminuida en los diarios.

No quisiera que Marisa se molestara con mi comentario, ya pasó una vez. Ella se lo toma con calma.

—Sí, en esos diarios derrama todas las lágrimas del exilio.

—¿Y nada de volver a España?

—No, qué va. Juan Ramón nunca pensó en volver a la España de Franco y Zenobia tampoco lo consideró seriamente en los primeros años de exilio y menos mientras vivieron en Norteamérica, ella decía que no se sentiría a gusto en un ambiente tan clerical. De todos modos Zenobia vivía pendiente de España y movía sus

contactos en América para enviar azúcar y café a sus amigos en Europa. No se olvidan de España, pero ninguno de los dos quería regresar a pesar de la nostalgia, sólo cuando Zenobia se siente enferma de gravedad intenta volver, más que todo por Juan Ramón.

—Pero habían logrado instalarse por fin donde deseaba, ya vivían en Coral Gables.

—Sí, habían comprado la casa que soñaba Zenobia, era la casita blanca de tejas rojas donde quería recibir a su querido hermano Joe cuando bajara desde New York, pero el pobre Joe se muere en esos días, se queda dormido para siempre en su butaca.

—Pobre, pero no sé, tengo la impresión de que se mudaron demasiado rápido.

—Fue de nuevo la guerra, la guerra mundial los dejó sin trabajo en Miami y agarraron la oportunidad de los programas de radio en Washington como algo temporal, pero se quedaron.

Se nota que Marisa ha estudiado a fondo la etapa en Miami, es agradable hacerle preguntas porque las contesta con gran seguridad y con una objetividad que no había mostrado antes.

En cambio, yo que he puesto toda mi emotividad en La Habana siento que ésta es una Marisa muy distinta de la que prendió fuego a la cabaña de la playa. Las personas cambian.

—Te noto muy cambiada —le comento.

—Sí, algo cambió desde que nos vimos en Puerto Rico.

—¿Por qué?

—Por qué no sé.

—Pero ¿no te has puesto a pensar de qué se trata?

—Más o menos... Estoy tratando de pensar menos con el corazón.

—¿Y te funciona?

—¡Ay, bendito! ¿Qué quieres que te diga? estoy tratando, mira... Estoy pensando en el futuro, en mi vejez, por primera vez en mi vida me siento vulnerable ante los años.

Me dice esto tan importante y cambia el tema.

—Hasta aquí llegamos con esto, no puedo escribir Maryland sin ir hasta Maryland, así que tenemos eso pendiente.

Me he quedado pensativa porque no sé cuándo nos veremos para continuar y porque no tengo respuestas ante el paso de los años, en este momento. El referendo de mañana me tiene paralizada, es lo mismo que me pasa cada vez que voy a votar. Todo lo que sucede durante esos días me parece una pesadilla de vida o muerte.

—¿Nos vemos el año que viene? —insiste mi amiga ante mi silencio.

—Sí, claro que nos vemos el año que viene en alguna parte.

NUEVA YORK

DÍA 1

Consulto mi reloj a cada rato, asombrada por el retraso de Marisa. Anoche quedamos muy claro: nos encontramos en la sala de espera de American Airlines. Mi vuelo de Maiquetía a Puerto Rico acaba de aterrizar suave para todos los demás, menos para mí, porque yo vengo presa por una doble excitación: encontrarme de nuevo con mi amiga boricua y seguir juntas para Nueva York. Vengo encandilada porque pasar unos días en esa ciudad, que apenas conozco, y con Marisa, es para mí un verdadero premio.

Ahora, parada en la cola para abordar el avión, rezo porque aparezca en cualquier momento la figura siempre notoria de mi amiga; me siento muy angustiada porque se ha tardado más de lo deseable y su teléfono móvil no contesta, trato de atemperar mis nervios que se acobardan ante la idea de seguir sola para NY.

Por el pasadizo aparece Marisa atribulada, arrastrando su maleta de rueditas y despotricando contra el tráfico que casi la hace perder el avión. Me busca en la cola y, mientras me abraza, le explica al que me sigue que vamos juntas, que nos sentaremos una al lado de la otra y que yo le estaba cuidando el puesto porque venía retrasada para llegar a tiempo a Isla Verde. Respiro tranquila.

Nos acomodamos en nuestros asientos sin haber intercambiado casi palabras, víctimas de ese ritual infernal, por el que hay que pasar, para montarse en un avión que siempre vuela amenazado y que no escatima esfuerzos efectistas para protegernos. Nos sentamos y nos contemplamos con más calma, tratando de captarnos una a la otra en una sola mirada.

—¿Cómo dejaste las cosas por tu casa? —me pregunta Marisa cuando ya el avión se pone horizontal.

—Regular, más o menos complicadas, ¿y tú?

—Brutales —contesta Marisa volteando los ojos, pero me deja con la duda de si están bien o mal.

Nos traen los maníes y ofrecen algo de beber.

Cuando Marisa me avisó que tenía listo el texto sobre Maryland y acordamos encontrarnos para leerlo, comenzamos por buscar algún lugar o alguna ocasión interesante para vernos. Un día me

llamó muy contenta porque había una gran celebración sobre Juan Ramón en Nueva York; emocionadas, decidimos vernos justamente allí, anticipando palpitaciones memorables: a las dos nos hacía muchísima ilusión pasear juntas por la ciudad favorita de Zenobia.

No fue muy complicado planificar el viaje que arrancó en Caracas, continuó en Puerto Rico y llegará en pocas horas a Nueva York. Allí decidiremos qué información buscar y adónde terminaremos nuestra historia, ese fin de la historia que deseamos narrar juntas y al que ambas tememos por triste e injusto, pero ya veremos, ya veremos cómo lo contamos.

—¿Por qué extrañas?

Marisa se recuesta en su asiento y comienza a narrarme su última aventura con pasmosa tranquilidad. Me cuenta que, obsesionada por los viajes de Zenobia, decidió hacer el recorrido por tierra desde Miami hasta Maryland: un viaje que siempre había querido hacer influenciada por las bonitas descripciones de Z. Le pidió a su amiga de Brickell que la acompañara, pues es una de esas mujeres todo terreno, siempre lista para la carretera. Decidieron emprender la marcha al terminar la Semana Santa.

—Luis y yo pasamos la Semana Santa en Boca y me pareció perfecto seguir con mi viaje el domingo de Resurrección, justo el mismo día en que Ponce de León descubrió La Florida. Se suponía que Luis volvería a San Juan esa misma mañana porque tenía mil cosas que hacer al día siguiente, pero qué va, a última hora se empató en el viaje y se empeñó en acompañarnos.

—Es un viaje de unas cuantas millas —comento segura, porque también he estudiado al detalle el recorrido, es el que hacían Zenobia y Juan Ramón todos los años mientras vivieron en La Florida. Zenobia, en sus cartas a los Guerrero, escribió con gran entusiasmo sobre la zona, en cambio la describió con cierto apocamiento en sus diarios.

—Sí, es un trayecto lindo pero larguísimo. Pronto me di cuenta de que mi marido, aunque entusiasmado por los planes de viaje y con la ilusión de volver a su alma máter que es la Universidad de Duke, estaba más interesado en seguir los pasos de Ponce de León.

Me quedo en silencio, expectante porque no sé nada sobre las andanzas del conquistador. Mi amiga, decidida, continúa narrando una historia de indios astutos y conquistadores en busca de aventuras, una historia propia del Caribe. Me aclara primero que la familia de Luis siempre se ufana de que descienden de los Ponce de León, es de la misma familia del conquistador, me advierte que ese punto es muy importante para ellos, que Ponce de León venía de

familia noble y que fue el descubridor de La Florida. Se extiende contándome una cantidad de cosas importantes que hizo el antepasado de Luis en las Antillas, después de que vino inicialmente con Colón.

—Luis continuó viaje con nosotras porque quería bañarse en la fuente de la juventud que buscó como loco su antepasado, tenía el tema pegado; aunque le insistimos que todo había sido una equivocación y que Ponce de León se confundió solito o lo confundieron los indígenas, y que descubrió La Florida creyendo que era la isla de Bimini, pero no hubo caso, Luis estaba completamente fiebrú con el tema. Tú sabes que en San Agustín hay un parque donde dicen que está la fuente y la gente va y se baña, a eso íbamos sabiendo que no es más que un parque de atracciones, nos estábamos divirtiendo con la idea de pasar una mañana jugueteando con el agua antes de seguir hacia Charleston que sería nuestra próxima parada, pero justo ahí fue cuando mi amiga metió la pata. Fue casi llegando a la fuente cuando ella dijo que Ponce de León buscaba bañarse en esas aguas porque, aunque joven, estaba impotente y los indios taínos, que lo sabían, lo traían engañado. Un comentario tonto pero más vale que no.

Me quedo callada en espera de que continúe el cuento, aunque pienso que no ha nacido el hombre que considere ese comentario una tontería. Marisa también se ha detenido como pensando si merece la pena hablar de todo esto.

—¿Entonces se puso bravo? —digo rompiendo el silencio.

—Bueno, se puso exageradamente rabioso, ni era para tanto, pero dijo que no continuaba el viaje con nosotras, que se iba a Jacksonville a tomar un avión para volver a Miami. Nos dijo que no soportaba que fuéramos tan mal habladas y menos que manchábamos la memoria de Ponce de León, que todo el mundo sabe que fue un tronco de guerrero y bien macho.

—Se acabó el triángulo.

—¿Qué triángulo? Tú estás loca, a Luis desde hace un tiempo sólo le importa su vida en familia y por eso es que te digo que todo en mi casa está muy extraño, pero no le hagamos más caso a ese incidente, que al final el viaje fue demasiado bonito.

Entre las nubes, Marisa me cuenta todo el recorrido que realizaron felizmente después del atropellado comienzo, describe que de Daytona en adelante viajaron a orillas del mar, del verdadero Atlántico, y que San Agustín es tal cual lo describió Zenobia: «una ciudad pequeña como cualquiera de España, el

primer asentamiento europeo en los Estados Unidos».

—En San Agustín recorrimos algunos lugares donde aún se siente la influencia española y aún se encuentran descendientes de los primeros viajeros de indias que se instalaron en el castillo de San Marcos, los que se salvaron primero de los indios calusa y luego de Francis Drake, cuando se presentó en el río Matanzas y quemó todo lo que encontró a su paso. El fuerte de Saint Augustine en La Florida es idéntico al del Morro en San Juan, porque los españoles construyeron igualito en todas partes.

—Sí, el de Cartagena de Indias es igual. ¿Y siguieron hacia las Carolinas?

—Sí, dormimos en Savannah esa noche, seguimos bordeando el Atlántico porque queríamos conocer Charleston y pasar por Brookgreen Gardens, cerca de Myrtle Beach.

—¿Otro jardín de los Dupont? —me atrevo a preguntar.

—No, éste es el de los Huntington, te digo que es imposible entender el alcance de la Hispanic Society of America sin conocer la vida de Archer Huntington, un hispanista de verdad. Bueno, subimos por Charleston y Georgetown, bordeando toda la costa que llaman the Grand Strand, admirando el Atlántico que es muy distinto a nuestro Caribe, y luego nos dirigimos hacia el centro de Carolina del Norte para alcanzar Chapel Hill. Llegamos hasta la Universidad de Duke y allí yo comprendí la fascinación de Z y JR por ese campus, es bonito, pulido, tiene clase, diría yo.

—Muy distinto a Miami.

—Sí, pero Miami también tiene su encanto.

—Ahora —contesto sin detenerme en el tema porque me interesa mucho el recorrido hacia el norte—, y luego subieron a Washington.

—Pasamos por Goodstay a ver los propios jardines de los Dupont, esos donde disfrutaron tanto Zenobia y Juan Ramón. Es asombroso que el jardín Tudor siga intacto y magníficamente cuidado, como si la señora Dupont todavía viviera y sólo estuviera esperando a Zenobia para tomar el té.

—¿Y de ahí para Washington?

—Había dos puntos que deseaba visitar en recuerdo a Zenobia: el Monticello de Jefferson y Old Southern House en Society Hill, pero los dejamos atrás y decidimos visitarlos a la vuelta.

Me recuesto en mi asiento a pensar sobre los lugares tan distintos que hemos visitado. A mí me tocó La Habana y aún su recuerdo me deja sin aliento, y Marisa ha tenido la oportunidad de

pasear por sitios bellos e históricos de Estados Unidos.

Todo como le gustaba a Zenobia, conocer sitios lindos, espacios sosegados, y conversar con la gente sobre sus tradiciones.

Marisa me comenta que nunca hubiera imaginado que la historia de La Florida estuviera tan ligada a los problemas de los negros, que muchos esclavos bajaron huyendo desde Georgia o las Carolinas y se establecieron al norte de La Florida, hacia Jacksonville, y que mientras Zenobia adoraba curiosear las casas de vieja raigambre inglesa que se encontraban en toda la ruta donde aún la cocinera negra era la hija y la nieta de la cocinera negra, ella se dedicó a investigar cómo habían bajado los negros hacia el sur, hacia la Florida española, donde los esclavos ganaban un sueldo y podían comprar su libertad.

Me gusta oírla y pienso que nuestro viaje será maravilloso. Ahora me comenta que a Zenobia le gustaba visitar las casas de los próceres americanos, que además de Monticello visitaron la casa de John Quincy Adams en Massachusetts, y también, desde Dorchester House, disfrutaba al observar la casa del general Lee que se divisaba en la colina a través del río Potomac.

A lo lejos la escucho, me dice que Zenobia era demasiado gringa en todo y no le contesto porque mis pensamientos vuelan hacia el imperio, hacia lo que hubiera pasado si Napoleón no hubiera vendido la Louisiana y si los españoles hubieran mantenido sus posiciones: probablemente el imperio dividido en dos hubiera sido más digerible desde el sur.

Con esos absurdos pensamientos me adormezco por el vaivén del avión y el ruido monótono de los motores. No me espabilo hasta que anuncian que vamos a aterrizar en Nueva York.

DÍA 2

Marisa me encuentra temprano parada frente a la interminable ventana del salón de Carlton House, contemplando la calle.

El Carlton de Madison Street es un hotel residencia donde los tíos de Luis tienen alquilado permanentemente un apartamento para sus frecuentes viajes a Nueva York. La idea inicial fue alojarnos en el Martha Washington Hotel, como correspondía, allí donde se quedaban Zenobia e Isabel Aymar cuando venían a la ciudad. El Martha Washington sin duda pertenece a otra de las muchas experiencias mutantes que se viven en Nueva York: sigue en la 29 a unas cuadras de Gramercy Park, cambió de nombre y ya no es un alojamiento sólo para mujeres. Aunque está en la zona donde vamos a visitar algunos de los sitios de interés, ahora tiene otros precios, justamente esos precios nos hicieron buscar opciones más convenientes y aceptamos, con gusto, que los tíos de Luis nos prestaran su residencia en Nueva York: costosa, encopetada como ninguna, pero gratis para nosotras.

Marisa, parada a mi lado, me comenta, observando la calle, que estamos en el pleno New York elegante donde lo más adecuado sería caminar las tiendas, tentador, pero desechamos esa idea y nos sentamos en la *kitchenette* a desayunar y a planificar.

Aunque la idea es trabajar en el texto de Washington, Maryland y Riverdale, pasando por el viaje a Buenos Aires que es mi tarea esta vez, hay tantos sitios que deseamos visitar que cada minuto será importante. Pensamos asistir a la conferencia principal del congreso sobre Juan Ramón, la que dictará el profesor Gonzalo Sobejano en el Instituto Cervantes, también deseamos ir al concierto de Javier Perianes esta noche y una que otra actividad: tenemos que ir a The Hispanic Society a ver la exposición *Juan Ramón Jiménez, aquel chopo de luz*, donde hay fotos y manuscritos, y pensamos sentarnos en Los Claustros, aun sin la seguridad de que Zenobia y Juan Ramón hayan llegado hasta allí.

—¿La tumba de Poe? —me atrevo a sugerir, pues me imagino sentada a su vera como he visto fotografiado a Borges.

—Está en Baltimore, esas eran las cosas lúgubres de Juan Ramón —contesta mi amiga tajante.

Marisa como siempre está más informada que yo sobre poetas y por eso no replico nada sobre ese tema.

—Qué nombre tan bello, Congreso Internacional Juan Ramón Jiménez: New York City, ciudad y poesía. Me apasiona —le comento a Marisa.

—Inmejorable, a Zenobia le hubiera encantado.

—Sip, pero no sé si a Juan Ramón, todavía me entran dudas sobre su deseo y no deseo de reconocimiento. Parecía como un anhelo escondido al que le tenía miedo.

Marisa, cuando nota que vuelvo obsesionada a asomarme a la ventana, pendiente de todo lo que pasa en Madison y tratando de imaginar a Juan Ramón y Zenobia caminando por esta calle, me llama al botón. Nos sentamos en la mesa a trabajar, una mesa que dudo haya escuchado en algún momento frases poéticas en castizo; esa superficie plana que nos soporta debe haber percibido cifras altas durante el día y las notas lejanas de un *slow-fox* sonando por la noche. El apartamento de los tíos de Luis es de un puro color pastel norteamericano, confortable, con muebles desabridos de un estilo que no podría definir y un soplo sofocante que te abanica como defensor de lo correcto.

Mi amiga, arreglando sus cuartillas, y ajena a la curiosidad que siento al contemplar con ojos de neófita neoyorquina nuestro fino alojamiento por cuatro días, me lanza una recta sin aviso: el fin de semana puede ser que llegue Luis.

Dejamos Carlton House para ir hacia la Hispanic Society, subiremos por la Línea 1 advierte Marisa, nos vamos directo por Broadway Avenue hacia Harlem, planifica Marisa que conoce bastante Nueva York, vamos a hacer esa visita antes del concierto de Perianes, más entusiasmadas por el sitio en sí que por la exposición sobre Juan Ramón. Estamos convencidas de que la muestra de JR es parecida a la que ya vimos hace dos años en Huelva y que no hay mucho más, pero allí nos están esperando los inmensos cuadros de Sorolla. Tengo años deseando verlos.

—Sorolla no está —me dice Marisa confundida después de conversar con la señorita de la entrada.

—¿Cómo que no está?

—Se llevaron todos los cuadros para España, está de exposición itinerante por allá.

Me siento tan desconcertada que salgo y me recuesto en los escalones de la entrada donde me busca Marisa y me propone conciliadora que disfrutemos del Greco, de Velázquez y de Goya, en

vez de encadenarnos a la ausencia de Sorolla. Yo admito la sugerencia porque no es cuestión de desperdiciar ni un minuto en Nueva York. Al final del recorrido por las bellas salas nos sentamos a leer nuestros apuntes bajo la estatua del Cid a caballo que preside el patio de la Hispanic Society.

Hemos decidido comenzar a leer en este patio, inspiradas por la gran pasión de Archer Huntington por la hispanidad.

—Es un misterio que este heredero de los ferrocarriles se haya interesado por todo lo español de esa manera —me comenta Marisa mirando lo que nos rodea.

—Y... ¿esta estatua? —le indico ojeando al Cid.

—La hizo la esposa de Huntington, la escultora Anna Hyatt, hay leves similitudes entre los Huntington y los Jiménez: fueron una pareja sin hijos, cultos y dedicados al arte, una de las diferencias es que estos fueron inmensamente ricos y Anna desarrolló su talento y su pasión por esculpir caballos.

—Huntington debía de ser muy especial —afirmo.

—Bueno, sí; pero nunca más culto y genial que Juan Ramón y, sin embargo, esta monumental estatua del Cid, la de José Martí en Central Park y muchas otras, las hizo Anna.

Es obvio que mi amiga me está indicando algo.

—¿Cuál es el punto?

—El punto es que ya en esa época un millonario gringo comprendía el trabajo de su mujer.

—Ahhh, mi mamá dice que los norteamericanos son estupendos maridos. —Ni idea de por qué me acuerdo de las teorías en desuso de mi madre.

—Puede ser, tu mamá debe de tener algo de razón, igual pensaba Isabel Aymar. En todo caso parecieran confiables... Pero volvamos a nuestro tema. Leo:

> Zenobia y Juan Ramón pasaron su primer diciembre en Washington en un apartamento que les prestó un amigo argentino en la residencia Dorchester House, justo frente a Meridian Hill. Hacía un frío endemoniado y antes de la sexta nevada ya estaban engripados; afortunadamente, se habían encontrado con la querida Inés Muñoz, incondicional amiga y antigua socia de Zenobia que hacía años estaba viviendo en la ciudad.
>
> El piso de Dorchester era bastante pequeño y estaba todo ocupado por las cosas del amigo, pero el lugar en sí era agradable, formaba parte de una

construcción de nueve pisos que quedaba en un barrio elegante. Allí, en el Dorchester, se escuchaba con frecuencia el español, lo cual tranquilizaba al poeta, que se negaba a hablar inglés y a la vez aliviaba sus exigencias hacia Zenobia. Con bastante paciencia, conformes ante lo inevitable de los cambios producidos por la Segunda Guerra Mundial, permanecieron allí en espera de un piso propio y emprendieron con cierto entusiasmo sus actividades. Al final, después de unas mudanzas breves que pusieron los pelos de punta a JR, el amigo argentino se fue de la ciudad y les dejó definitivamente el piso.

Decidieron establecerse en Washington cuando ya Zenobia había machacado suficiente la idea de que no podían volver al trópico porque los deprimía y los convertía en seres tristemente apáticos: «Estoy pasando, con el otoño hermosísimo, una terrible época. Inutilizado, por la nostalgia inmensa, para el trabajo y para todo», escribió Juan Ramón desde Coral Gables a Guerrero Ruiz. Para Zenobia la desazón en La Florida era más concreta: «Es imposible vivir en una ciudad sin museos ni buenas bibliotecas».

Pronto retomaron sus relaciones con las editoriales, Z se puso en actividad y confirmó que la Editorial Hispánica de Guerrero podía publicar todo Tagore traducido, cuyos derechos eran suyos; y la editorial Losada volvía a editar *Platero y yo*, que constantemente se agotaba; además, preparaba catorce libros del poeta. Todas estas actividades se combinaban con encuentros y visitas que hacían la vida de Washington mucho más animada que la de Miami: Victoria Ocampo, Alfonso Reyes, quien animó mucho a Juan Ramón, cantidades de amigos y conocidos que pasaban por allí. También eran constantes las visitas de Zenobia a Brentano´s, donde podía comprar las últimas publicaciones que la ponían al día.

En diciembre de 1943, ya instalados en la capital definitivamente a pesar de innumerables dificultades durante la mudanza, Zenobia comenzó a dictar clases de español en la Universidad de Maryland, y, al tener que ser sustituida por Juan Ramón debido a una

fuerte gripe, se propició la relación entre el poeta y la universidad, donde pasó a ser profesor de poesía española poco tiempo después.

A Zenobia le gustaba y le entusiasmaba la vida universitaria, disfrutaba de los museos y teatros de Washington y reanudó una actividad social que por primera vez desde el exilio se parecía a su vida en Madrid. El único punto difícil de esta nueva etapa era que Juan Ramón no se sentía contento con una vida tan mundana como la que llevaban, pretendía estar siempre en casa trabajando con Zenobia, dictar continuamente las páginas sucesivas que se llamarían *Espacio*.

Marisa para de leer porque nota que quiero comentar algo.

—Yo no creo que la única razón por la cual Zenobia quería vivir en Washington era la vida social —le comento en tono muy bajo, porque desde que Marisa comenzó a leer se sentó a descansar a nuestro lado un visitante que escucha sin disimulo.

—No, claro que no, ya hemos comentado que se sentía más segura en Estados Unidos. Recuerda que habían salido corriendo de Madrid y recuerda lo que vieron al principio de la guerra. Pero Zenobia era naturalmente sociable y Juan Ramón no. Yo creo que ese era un gran problema para los dos. Es horrible tener que hacer todo el tiempo lo que no te provoca, le pasaba a ambos, pero los programas de Zenobia eran consistentes o prácticos, lo de JR era más complicado: ¡Qué haces con un marido que busca «ser uno poesía y no poeta»!

—Espléndido Juan Ramón —tengo que aceptar, indicándole con los ojos que tenemos público—, pero ¿cómo es que deja afuera a Guerrero Ruiz y se va con una editorial argentina?

—Se pone bravo por un prólogo falangista que deja pasar Guerrero o algo así. Para JR la guerra no había terminado, pero también hubo razones económicas y de censura en España. Uno va recontando la vida de Zenobia y Juan Ramón sin tener conciencia real de las dificultades para publicar, porque las pequeñas crisis diarias se comen lo importante, pero piensa que JR logró publicar su primer libro de versos inédito cuando tenían ya nueve años en el exilio y en esa misma etapa rehace los textos que había dejado en España antes de la guerra y que poco a poco iba recuperando.

—Entonces ¿recupera su trabajo?

—Una gran parte, y Zenobia lo ayuda a armar esos nueve libros

que vienen. No sólo eso, sino que le procura un escenario más acorde, una ciudad magnífica con una gran biblioteca, «una ciudad tan parecida a Madrid que duele», como reitera el mismo Juan Ramón.

Oscurece en Nueva York y tenemos que seguir camino para llegar al concierto de Javier Perianes en el Merkin Concert Hall. Marisa está apurada porque tenemos que bajar hasta la 67. Ella domina a la perfección «las *streets of New York*». Cuando nos sentamos en el autobús noto que el visitante nos ha seguido y se encuentra dos asientos más allá. Nos bajamos en el teatro, entramos y nos sentamos, recogemos las piernas para que pase el mismo escuchador de antes.

—Marisa, ese señor nos está siguiendo —le comento al oído.

Mi amiga se vuelve para verlo con calma.

—Deja tu paranoia a la venezolana, está haciendo el mismo programa nuestro por casualidad.

DÍA 3

Anoche llegamos muy cansadas, directo para la cama y contentas por haber asistido a un buen concierto. En la mañana nos vamos a la primera sesión del congreso a ver qué podemos aprovechar. Marisa rápidamente ubica la vía para llegar a Graduate Center.

—Son sólo 27 cuadras bajando y de ahí una sola a CUNY —me advierte con gran precisión—. Tenemos tiempo de tomar un desayuno por el camino, conozco un sitio chévere, como dicen los caraqueños.

Ya sentadas en la cafetería, retomo el tema.

—Vemos la inauguración, ¿y luego? —pregunto ansiosa por saber cómo será nuestro día.

—Depende... ésta es una visita meramente exploratoria y, si nada nos vuelve locas, nos vamos a *downtown* a almorzar a Pier 17, yo no puedo venir a New York sin ir hasta allá a comer espaguetis a *le vongole* en el Sequoia, prepárate para eso, y luego nos sentamos en una de las terrazas del puerto desde donde se ve magnífico el puente de Brooklyn, lo tienes casi al alcance de la mano, allí sería un gusto continuar mi lectura, regresamos en la tarde a escuchar a Nemens y Sobejano. ¿Te parece?

—Me parece, me encanta la ciudad que tú me muestras, me hacía falta un descanso, imagínate que para mí la frenética Nueva York es un mundo de paz.

—No me extraña. —Marisa pone una mano sobre las mías, que permanecen juntas y relajadas sobre la mesa de la cafetería, unas manos que, por primera vez en muchos meses, aprovechan minutos de tranquilidad—. Les fue bien en aquellas votaciones a ustedes —continúa Marisa haciendo referencia a los días que pasó en Caracas —. Les fue bien pero siguen en la lucha.

—Sí, pero olvídalo, salir de mi país es como una bocanada profunda de serenidad que hay que aprovechar. No quiero hablar de eso.

Una vez aclarado que lo mío es disfrutar al máximo mis días en Nueva York, sin acordarme de la pistola en la sien que podría esperarme en cualquier esquina de Caracas, me dedico a disfrutar de una *omelette* verdaderamente deliciosa, especialidad de una de esas cafeterías neoyorquinas con la que uno siempre sueña, después

de entender que el desayuno no podría ser en Tiffany´s.

A principios de 1944, Zenobia resolvió desmontar el piso de Padilla en Madrid y dio instrucciones por carta a los Guerrero, en ella les propuso solicitar ayuda a sus amigas de siempre: Elisa Ramonet y Olga Bauer. En esos días, Z sintió la necesidad de volver a España, aunque fuera para decidir el destino de todas sus pertenencias, pero desistió, comprendió que Juan Ramón no resistiría una larga ausencia suya y que no estaba dispuesto a acompañarla. Una vez más dejó cosas que le importaban bastante por el bienestar de su esposo, igualmente, en esa misma época abandonó sus clases en Maryland para ayudar en el trabajo a Juan Ramón, sólo porque el poeta pedía días en calma, aduciendo que la presión de los horarios de la universidad interrumpía su obra.

Desde hacía dos años, Zenobia veía cómo se reducían sus pocos ahorros y, ya con más tiempo, entró en un frenesí por cobrar a las editoriales. En esa nueva tónica escribió montones de cartas a Guerrero y a Losada. De la Editorial Hispánica recibió la respuesta posible desde una España aún convulsionada y deprimida; Losada sólo enviaba 125 dólares mensuales desde Buenos Aires y nunca aclaraba la cuenta de los derechos. En esos días difíciles, Z tenía el consuelo de la cercanía de su sobrina Leontine, quien recientemente se había mudado a Washington y que la acompañaba en excursiones que JR rechazaba por largas o distantes. Juan Ramón prefería pasear muy cerca de casa por la Colina Meridiana, prefería caminar bajo los inmensos árboles dorados y rojos que se tornaban bellos al comienzo del otoño.

Cuando llegó el invierno, Zenobia encontró sus finanzas tan caóticas que le escribió al doctor Zucker de la Universidad de Maryland solicitando trabajo de nuevo y éste le respondió rápidamente: dos mil dólares al año por tres días de clase a la semana y la posibilidad de sacar su propio diploma de arte. Zenobia aceptó entusiasmada y comenzó a realizar el viaje tres veces por semana a la universidad, transitaba por una ruta campestre que le producía

mucho placer, que le provocaba un gran descanso espiritual, aunque su garganta comenzó a quejarse de tres horas de hablar seguido en clase y tuvo que modificar su horario.

Marisa se detiene un momento a contemplar un millón de pájaros que se alejan hacia el puente de Brooklyn. Tenemos rato recostadas en sillas de madera sobre una cubierta de barco inmóvil que ve pasar al río Hudson, estamos aquí leyendo la desigual vida de Zenobia en Washington. El paisaje ha puesto a Marisa melancólica y decide comentarme sus temores:

—En esta etapa Zenobia siente mucha culpa, siente culpa porque a Juan Ramón le cuesta un mundo adaptarse a Washington, mucho más que a Cuba y a La Florida. Aparte de eso, ella se enferma con frecuencia, le dan gripes seguidas porque con el clima se le inflaman las amígdalas y termina contagiándole esas gripes a su esposo, gripes que, por supuesto, se convierten en enfermedades graves para él.

—Ella era la enferma real y él era el enfermo imaginario —comento—, pero es doloroso que ella sienta tanta culpa.

—Es inevitable. Ella se echó al hombro la vida de Juan Ramón, sea por lo que sea, y a la vez vivía llena de temores porque su esfuerzo no fuera en vano. A veces comenta en su diario que le aterroriza que JR pierda su poder creador, y lo que continúa en el texto es una cuenta regresiva en la que lleva los días improductivos del poeta hasta que nota una pequeña chispa de creatividad y renacen sus esperanzas.

—Eso que me cuentas me aterroriza a mí. ¿Tú crees que ella vivía con esa angustia?

—Lo cuenta en su diario. Lo explica varias veces. Era tan obsesiva con el tema, que sabía si su esposo estaba en un buen momento para escribir sólo observando la forma como apoyaba el dedo índice en su mesa de trabajo.

—¡Qué tormento! Zenobia tenía plena conciencia de su misión al lado del poeta pero no la disfrutaba, más bien la convertía en su gran angustia —reflexiono—. ¿Hay alguna mujer que acepte eso hoy en día? Digo, eso de vivir solamente a través de otro.

—¡Ay, bendito! Qué pregunta tan difícil, volvemos al tema de los iguales y los equivalentes. Yo creo que a los hombres eso les parece parruchadas, mientras están más o menos funcionando lo que buscan es otra cosa, nada de equivalentes.

—¿Qué busca Luis?

—Buena pregunta. A mí me parece que Luis está cansado, que no es el caso de tu esposo que está enfermo y tú no te enrollas.

Siento que mi rostro se pone colorado al intuir un simulacro de reclamo.

—Piensas que debo sacrificarme como Zenobia —contesto con voz trémula sin saber si ponerme definitivamente arrecha.

—No, para nada, no es una crítica, por favor, no lo tomes así. Es más bien lo que llaman un *statement*, que trata de reafirmarte. Por favor, entiende, trato de decir que tú llevas sabiamente una actitud más sana.

Acepto su explicación porque no estoy en un momento belicoso, porque no voy a permitir que nada ni nadie me arruine mi viaje a Nueva York, pero me quedo incómoda. Bastante molesta.

—Volviendo al tema —continúa Marisa tratando de ignorar mi malestar—, a mí lo que me llama la atención es que Zenobia trate de estructurar el proceso creativo, cuando todos sabemos que eso no es posible.

—Sí, qué ocurrencia. Total, que esos años de Washington también son duros a pesar de las tardes de té y los conciertos —continúo a la ligera y castigando, injusta, la legítima frivolidad de Zenobia sólo por lo que está pasando dentro de mí.

—No tanto. Está la vida universitaria que le encanta, el contacto con los estudiantes y los paseos, ella de verdad siente un gran descanso al observar el cambio de estaciones, siempre lo nombra en sus escritos, describe el cambio de las hojas de los árboles, describe el color de las flores, llama a cada árbol y a cada flor por su nombre: las hortensias que iluminan, los cerezos que son una fiesta, las peonías que disipan las tristezas, los rododendros, los robles, las naranjas, las ardillas y los pájaros.

Trato de visualizar el campo que describe mi amiga pero me encuentro con un río espléndido por donde navegan barcos y barquitos, luego veo más allá, hacia la ribera de enfrente donde sé que queda Brooklyn, un lugar que me llama la atención, que me da curiosidad.

—¿Has estado en Brooklyn? —le pregunto a Marisa.

—Nunca. Brooklyn es un lugar de intelectuales y no de idiotas como Luis y yo.

—¿Qué dices? —se me va el disgusto—. ¡Con lo que sabes de poesía!

Marisa guarda sus papeles y se levanta.

—¡Vamos a conocer Brooklyn! ¡Kerouac decía que atravesar el puente hacía bien y otros dicen que duele!

—¿A pie? —pregunto con terror.

—Claro, es mejor llegar a pie.

—¿Y la profesora Nemens y el profesor Sobejano?

—Los leemos luego con calma como se merecen. Juan Ramón hubiera paseado por el puente y luego habría leído las conferencias detenidamente.

—¿Y Zenobia?

—Habría atravesado el East River con Juan Ramón.

DÍA 4

Suena lejano el teléfono móvil de Marisa:

—¿*Aló*? —Voz de trasnocho inocultable—. Sí, sí, nos va muy bien... Sobre todo mucha información nueva.

»No, nada de Bloomingdale´s... Nada de Nobu... Nada de eso.

»Pues lo siento porque New York está mundial. Besos.

Anoche, cuando entramos a nuestro hogar neoyorquino, Marisa me advirtió con cierta inseguridad en sus palabras, una mezcla del tema a tratar con el efecto de los tragos, que hoy se acababa la fiesta populachera porque Luis nos metería por el carril del otro Nueva York.

En este preciso instante llama Luis a decir que no viene, y me alegro, porque esto permitirá que continuemos en la dorada bohemia.

Llegamos tarde y eufóricas, como se llega de una fiesta en la cual uno se ha reído hasta reventar y por cualquier cosa.

Todo comenzó con el viaje a pie por Brooklyn Bridge. Desde el puerto caminamos hasta City Hall buscando la vía que lleva al puente y de allí comenzamos el trayecto muy juntas porque la ruta se presentaba imponente; a pocos metros recorridos, el asfalto se convirtió en un camino de tablas más elevado que la carretera normal por donde transitan los carros y, de frente, obtuvimos una visual perfecta de esas dos torres neogóticas, inmensas, graníticas, hasta fantasmales, que nos esperaban. Nos costó trabajo estabilizar nuestros pasos, acostumbrarnos al bamboleo que se hizo mayor a medida que avanzábamos y que nos obligó a caminar agarradas una de la otra como en una película de miedo. Absurdo, pero así fue, porque se desató un ventarrón con lluvia sobre ese lado del río que convirtió nuestro paseo en una prueba de esfuerzo. Cuando llegamos a la primera torre, pensamos en devolvernos mientras esperábamos que escampara como unas cucarachas caribeñas debajo de ese arco formidable; nos zarandeaba el viento y escuchábamos el chirriar de la red de guayas que martirizaba nuestros oídos; pero nos soltamos, cada una se agarró con fuerza a la baranda para ver lejos, para apreciar la estupenda vista del East

River y la huella de la lluvia que lentamente se alejaba. Ahí nos quedamos unos instantes y luego, como de acuerdo, nos vimos a los ojos, nos volvimos a sostener una a la otra, ahora más fuertemente, y continuamos a pesar de que aún caían gotas. Sin cruzar palabras, en un pacto cerrado en una mirada, habíamos decidido convertir este pasaje en una aventura memorable que soldara nuestra amistad después de un sutil y no comentado *impasse* que dábamos por resuelto. Durante el tramo entre las dos torres, el viento nos vapuleó sin misericordia pero ya íbamos unidas, vitales y poderosas a la conquista de un gran destino: alcanzar la segunda torre para llegar a Brooklyn. Cuando la marcha se hizo más pausada, notamos a nuestros compañeros de camino mucho menos tensos que nosotras: unos iban indiferentes al paisaje porque hacen esta ruta a diario y sólo apuraban el paso por la lluvia, y otros estaban realmente disfrutando del paseo presos de una rara euforia. Bajamos la marcha, nos soltamos, respiramos fuerte y avistamos la otra orilla con tranquilidad, agradeciendo a los constructores del puente que habían pensado en los peatones.

—¡Ay, bendito! Y tú, ¿qué piensas?

Marisa me saca de los recuerdos.

—Pensaba en ayer.

—Ayer fue un día fantástico, me siento como nueva.

—Yo también.

Ayer caminamos sin rumbo por Brooklyn y por la orilla del río hasta el anochecer. Ya cansadas, Marisa me comentó que por allí se comían las mejores hamburguesas y que estaba dispuesta a probarlas, pero no sabía dónde. Acto seguido entró en una venta de electrodomésticos y salió con la información:

—Dumont se llama y está aquí cerca, en Williamsburg.

Me sentí feliz cuando me pusieron el plato por delante: el pan correcto, suave con semillitas, y al levantar la tapa apareció todo lo necesario. Aparté un poco la lechuga en busca del pepino, la quería con pepino y ahí estaba. Mostaza y salsa de tomate. Revisión de las papitas fritas. Todo bien.

Marisa, sentada a mi lado ante la barra de Dumont y en un taburete alto similar, también revisó su hamburguesa, aunque lo hacía pensativa hasta que me comentó su preocupación por la enfermedad de Zenobia, por lo triste y difícil de contar. Comenzamos una conversación muy emotiva sobre nuestra admiración por Zenobia y cómo la queremos y cómo la sentimos, y de repente, nuestro vecino de mesa intervino en nuestra

conversación sin recato alguno y nos preguntó, en perfecto español, si estábamos enamoradas de la misma chica. Soltamos la carcajada y, en lo que quedó de la noche, no paramos de reír porque al fin el visitante del Hispanic Society y el acompañante al concierto de Perianes se había incorporado a la conversación, entre hamburguesas, insinuando un enamoramiento por una chica que sabía perfectamente que era la de Juan Ramón.

En la mañana de hoy vamos a dedicarnos a leer el texto de Washington, con la esperanza de terminar mañana la desconcertante mudanza a Riverdale.

—Nos vamos a los Cloisters —me dice Marisa, confirmando que estamos realizando una visita atípica a Nueva York, donde no caben el MoMA ni el Met, y que continuaremos a nuestro aire sin hacer mucho caso a los letrados que están en la ciudad por nuestra misma causa—. Como Luis no viene, llamamos a Antonin y nos vamos a los Cloisters, él sabe llegar mejor que yo, aparte de que es un hombre con quien se puede conversar de todo —continúa Marisa completamente desentendida de que Luis no venga.

Antonin es nuestro acompañante accidental que anoche se ganó su puesto porque conoce de memoria la vida y obra de Juan Ramón y porque descubrimos que habla nuestro mismo idioma. Luego de que le aclaramos que lo nuestro era un amor platónico por Zenobia, se puso de pie, descuidando su hamburguesa, y declamó:

—«¿Cómo has podido tú, animal hembra, mujer mía, llegar a esa finura, llegar a que yo grite por ti en la orilla de la mar, por ti con sólo tus dos ojos que brillan verde lago interno con cielo; ¿cómo tú eres así del cielo, lo que yo he llamado cielo por ti?».

Marisa y yo nos quedamos sin palabras, admiradas, o mejor dicho: ambas pensamos que acabábamos de encontrar el eslabón perdido.

Nuestro amigo sabe de memoria una cantidad de poemas de Juan Ramón y sintió la necesidad de demostrarlo. Nos quedamos en silencio, igual que otros comensales del lugar que se llevaban la hamburguesa a la boca con mucho cuidado para no interrumpir a nuestro juglar. Todos estábamos como electrificados.

«Tanto mar con luna amarilla entre los dos, España», así nos enteramos de que es un periodista español viviendo hace un tiempo en Nueva York. «La luna solitaria se muere, rota ¡oh Poe! sobre

Broadway», continuó sin ganas de parar hasta convencernos de que fuéramos a esa hora al cementerio.

Nos rogó que lo dejáramos acompañarnos a los Claustros cuando le reconfirmamos un montón de veces que no pensábamos ir al cementerio de Broadway esa noche, pero que al día siguiente visitaríamos los Claustros en homenaje a los Jiménez.

Escucho la conversación telefónica de Marisa donde lo invita definitivamente.

En los Claustros se siente esa paz que tanto buscaban Zenobia y Juan Ramón, se siente tranquilidad a pesar de los turistas. Buscamos un lugar en el jardín desde donde podemos ver el río Hudson y nos sentamos en un muro de piedra para leer. Esta vez somos tres porque estamos con Antonin.

Nuestro nuevo amigo insiste en advertirnos que estos claustros son sólo una imitación muy propia de América y que para ver los de verdad es mejor ir a España, y, a pesar de que le explicamos que algunas partes de esta construcción vienen de Francia, no se convence. Marisa opta por decirle que sólo nos interesa estar en un lugar que les gustaría a Z y JR y comienza a leer para zanjar la incipiente discusión.

> Zenobia viajaba con frecuencia a New York por pocos días para no poner nervioso a Juan Ramón. Visitó a su hermano Raimundo, que luchaba contra un cáncer de garganta, acompañó a la familia cuando murió la tía Van Buren, asistió a bodas y bautizos familiares, y siempre que regresaba, JR la recibía con grandes ramos de lilas. Estaban viviendo una temporada plena en Washington, sin embargo Zenobia tenía sus etapas de nostalgia cuando recibía por carta flores de los Pirineos.
>
> Poco a poco arribaban todas sus pertenencias, las que reclamaba Zenobia en extensas listas enviadas a los Guerrero o a Elisa Ramonet y casi todos los manuscritos de Juan Ramón que finalmente aparecieron, recuperados por José María Pemán. Todo iba llegando y haciendo más pequeño el piso de Dorchester. JR tuvo una gran alegría cuando llegó su propio libro, *Melancolía*, escrito en 1910 y que hacía

años no leía, también pidió que le enviaran la novela de Carmen Laforet llamada *Nada*, precisamente por uno de sus poemas. Gota a gota recuperaron los recuerdos familiares, desde los candelabros de la abuela Zenobia Lucca hasta la lencería amorosamente lavada por Luisa Andrés; todo lo traían los amigos que viajaban y ellos siempre enviaban regalos con los mismos viajeros a las queridas amistades que permanecían en España.

Ésta fue una buena etapa hasta que comenzaron a construir en un gran solar vecino a Dorchester House y se disparó en el poeta la desesperación por la falta de silencio.

Juan Ramón entró en su época mala, en la de la tristeza y la nostalgia que siempre lo conducían a la apatía. Z trató de animarlo leyéndole noticias, organizando programas que lo distrajeran: así fueron hasta Vassar a dictar conferencias a las chicas que sorprendieron a Juan Ramón con preguntas bastante agudas. El proceso habitual continuó y Juan Ramón no aceptaba quedarse solo ni un instante. Cuando Zenobia tuvo que volver a sus clases en la universidad decidió buscar una solución para que Juan Ramón se sintiera atendido, acompañado, y se mudaron por unos días al sanatorio de Takoma Park donde había buena comida vegetariana y estaban rodeados de flores; allí permanecieron por varios meses, mucho más tiempo del que habían pensado, hasta que el poeta dijo que la falta de carne le estaba aflojando las piernas y que necesitaba volver porque ya casi no lo sostenían. Zenobia buscó una solución más permanente y decidieron mudarse a Riverdale, muy cerca de la Universidad de Maryland.

Antes de la mudanza, volvieron después de cinco años a la Universidad de Duke durante el verano. Juan Ramón revivió por una temporada porque se encontró con viejos compañeros de tertulia, como el profesor Rodríguez Castellano y José Agustín Balseiro; al regreso, se instalaron en la casa blanca de madera, rodeada de altos robles y con un porche donde el poeta colocaba pan mojado para los pájaros, una casa que quedaba justo frente al Leland Memorial Hospital

para tranquilidad de Juan Ramón y disgusto de Zenobia, quien se había enamorado de una bella casa colonial que fue desdeñada por el poeta ante esta otra con tan conveniente vecindario.

Esas primeras Navidades en Riverdale, justo el 24 de diciembre, Zenobia y Juan Ramón escucharon en su radio Philco, demudados por la emoción y frenéticos por la deficiente sintonía, a Gerardo Diego presentando desde España el anunciado programa *Nostalgia de Juan Ramón*: «...Nostalgia suya y nuestra, del poeta y de España, de los amigos aquí de su poesía y de su poesía allá buscándoselos. Añoranza, saudade, soledad, soledad sonora, pero no olvidanza. Van siendo ya demasiados los años de ausencia abúlica, gratuita y, sin embargo, tan costosa para que no los acusemos en el registro más íntimo donde las heridas no cicatrizan».

Marisa para la lectura al escuchar un sollozo y ambas nos volvemos hacia Antonin que llora a mares, las lágrimas le corren por las mejillas y nos hace señas con las manos para que no nos preocupemos, sólo alcanza a decir que tiene tiempo fuera de su tierra y mucha nostalgia. Yo me le acerco para comentarle que también estoy emocionada, que imagino a Z y JR en esa helada casa en Queensbury, Riverdale, escuchando las voces de sus amigos que desde el otro lado del Atlántico les recuerdan lo mucho que los quieren y les suplican que vuelvan. Le agarro las manos a Antonin y las encuentro frías, igual de frías como cuenta Zenobia que las tuvo Juan Ramón al escuchar a Mercedes Prendes declamando uno de sus poemas, igual como se le pusieron a Zenobia al escuchar a Guerrero Ruiz hablar con voz enternecida sobre las cualidades de ella misma... Todo a kilómetros y kilómetros de distancia.

—Yo todavía no entiendo cómo soportaron tanta emoción —comenta Marisa observando las manos de Antonin aferradas a las mías.

Nuestro amigo se tranquiliza. Aprovecho para preguntarle por qué vive en Nueva York si le hace tanta falta España y me responde que aceptó un trabajo en esta ciudad para olvidarse de alguien que nunca lo quiso y que aún no se resuelve a volver.

Nada... Que siempre lo mismo.

Le comento que estar lejos de casa es siempre una tragedia, pero Marisa, aunque escucha nuestra conversación, arranca a nombrar la

obra de JR en América como si fuera un heraldo: *Espacio; Romances de Coral Gable; Una Colina Meridiana,* y lo máximo que es *Animal de Fondo*. Va nombrando extasiada, advirtiendo que se ha salteado unas cuantas, pero nos recuerda que todas, absolutamente todas, han sido producto de la creatividad y genio de Juan Ramón y de la paciencia e infraestructura de Zenobia. Antonin la escucha también embelesado, imagino que al igual que yo estaría feliz si Marisa declamara un poco en este parque cercano a Nueva York, en este escenario tan parecido a ellos y tan cercano a Zenobia.

—¡Claro que fue emocionante! Los mismos amigos que hablaban por radio sabían que Zenobia y Juan Ramón escucharían el programa y ellos al día siguiente pusieron telegramas dando las gracias. —Marisa cambia y se incorpora a nuestro tema—. ¡Ellos estaban tan tristes en Riverdale! Era invierno, a Zenobia no le gustaba la casa, Juan Ramón creía que le gustaba, al principio, pero ya se sentía solo y desamparado, el vecindario no era el que Zenobia hubiera deseado, el piso de la casa estaba en un estado deplorable y había que trabajar demasiado en él, en fin, siempre perseguidos por el fantasma de un exilio que no lograban estabilizar.

Marisa se detiene cuando nota que la estamos observando con curiosidad ante su reacción tardía, se sonríe con pena y me pasa el testigo porque viene Buenos Aires. Dice que sintió que también iba a llorar, pero no por la emoción nostálgica de la transmisión radiofónica, sino porque para ella el viaje a Buenos Aires fue la última parada que hizo Zenobia entera y la última parada donde Juan Ramón habló a sus anchas. Como nota en nuestros rostros que no estamos entendiendo, nos aclara: fue el último momento en que se encontraron con su misma gente.

—¿Y en Puerto Rico? —pregunto un tanto asombrada.

—En mi isla la enfermedad los paraliza. Los celebran, los adoran, pero ya dan para muy poco.

Nos movemos hacia la cafetería lentamente porque es hora de almorzar y puede ser que luego la cierren. Sentados en una mesa redonda, bajo los arcos de uno de los claustros y mientras nos traen nuestros sándwiches, Antonin me pregunta si conozco Buenos Aires. Tardo unos segundos en contestarle y luego decido contarle que en mi luna de miel viajé a Buenos Aires porque Julián tiene parientes allá y quería que me conocieran, aunque no deseo recordar esta historia. Ya no son buenos recuerdos.

Antonin insiste que le cuente sobre el viaje, pero yo no lo

complazco y comienzo a sentir, casi imperceptiblemente, que está de más. Me fijo que Marisa le lanza miradas constantemente y, confundida por esta señal, continúo siendo amable, integradora. Saco mis papeles, decidida a no complacerlo porque sería dispersarnos por algo que no merece la pena. Comienzo a leer el exitoso viaje de Zenobia y Juan Ramón a Buenos Aires.

> En 1948, Juan Ramón Jiménez fue invitado por la organización cultural Los Anales de Buenos Aires a dictar unas conferencias en la capital y en la provincia. El viaje a Uruguay y Argentina fue cuidadosamente preparado. Inclusive, JR propuso, sin éxito, que pasaran por Caracas pues quería conocer la ciudad donde habían publicado algunos de sus primeros poemas: *El Cojo Ilustrado*, se llamaba la revista que lo acogió en sus inicios. A pesar de que el proyecto argentino comenzó con la exagerada idea de dictar 28 conferencias en dos meses, luego llegó a su verdadera posibilidad; otra necesidad fue adaptar las conferencias y sus títulos a las exigencias del régimen peronista para evitar problemas.
>
> Z y JR salieron de Nueva York en el vapor de carga *Río Juramento* preparados para atravesar el Ecuador y llegar en pleno invierno al sur; mientras Zenobia gerenciaba todos los incidentes prácticos del viaje, Juan Ramón de nuevo se inspiraba en su «tercero mar» para lo que sería *Animal de Fondo*.
>
> La llegada fue apoteósica según escribió Zenobia a los Guerrero: «!Juan Ramón! ¡Juan Ramón!». Se oían voces desde el barco y en el puerto se encontraba una multitud emocionada que llegó a separarlos en el recibimiento. Ciento cinco artículos en los periódicos y revistas de Buenos Aires, de los cuales algunos rebotaron en la prensa internacional y especialmente en el *ABC* de España. Allí pudieron compartir con José María Pemán que como representante del gobierno español asistía a diversas actividades en Latinoamérica; se encontraron con Rafael Alberti y María Teresa León, que hacía unos años vivían el exilio porteño; disfrutaron asiduamente de las reuniones dominicales de Victoria Ocampo en San Isidro, y volvieron a encontrarse con Berta Singermann.

> Juan Ramón aceptó infinidad de compromisos públicos y privados sin dar muestras de cansancio y Zenobia disfrutaba, aunque siempre estaba pendiente de que alcanzara el dinero, de que no se alargara el tiempo de viaje demasiado porque había que pagarle a los profesores suplentes en la Universidad de Maryland, siempre inspeccionando las habitaciones para que fueran confortables. En Buenos Aires les tocó una en el octavo piso del hotel Alvear que no le llamó mucho la atención, pero lo que sí comentó con admiración fue la maravillosa vista sobre el río de la Plata, tan ancho que no se veía la otra orilla. Zenobia volvió a sentirse aplastada por la «exuberancia sudamericana», en contraposición a las renovadas energías de su esposo. El 14 de agosto se fueron a Montevideo, después de que regresaron de las lecturas planificadas en la provincia argentina que combinaron con una visita a la casa de Manuel de Falla en Altagracia, cerca de Córdoba.

Me detengo porque siento a Marisa removerse.

—¿A Zenobia no le gustó el sur? —me pregunta.

—No, muy poco. No se sintió nada bien con el ajetreo en Buenos Aires, la agotó el viaje a la provincia a pesar de que visitaron la casa de Falla, quien había sido tan amigo de Juan Ramón; escribió que la casa era bonita, pero como siempre faltaba la calefacción. Todo la cansaba, hasta que se enfermó de laringitis y se quedó en el hotel a descansar mientras su esposo continuaba su gira de *rock star*. Zenobia, de verdad, no se sintió bien en Sudamérica, en sus cartas se refirió a este viaje como la aventura argentina, pero también hay que pensar que en esa época algunos anglosajones no lograban entender a la gente de estos países, recuerda que Virginia Woolf veía a Victoria Ocampo, una mujer culta y cosmopolita, como una mariposa exótica.

—¡Qué curioso! Al mismo tiempo Juan Ramón revive.

—Porque se siente vivo entre los vivos, desenterrado, como él mismo dice. Revive porque lo rodean niños y estudiantes, mejor dicho, porque lo aclaman en todas partes y ¡escucha todo el tiempo hablar español! Se incorpora sin problemas a la movida cultural de Buenos Aires, más que gustoso, como dice en una de sus conferencias: «En este mundo nuestro tenemos que quemarnos del todo, cada uno en las llamas y en la resolución que le corresponda».

—¿No lo invita la editorial Losada? ¿Qué es Los Anales de Buenos Aires?

—Los Anales es una organización cultural que durante unos años editó una revista dirigida por Jorge Luis Borges.

—¿Y en ese viaje ve a Borges?

—No lo tengo muy claro. La hermana de Borges, Norah, ilustró varias ediciones de *Platero y yo* para Losada, se conocían desde España y parece que se ven en el viaje, y luego, en 1949, Juan Ramón recibe *El Aleph* y le escribe una carta a Borges donde le dice que su libro es una joya. Más tarde existe esa infeliz anécdota contada por Bioy sobre el Nobel de Juan Ramón.

—No la repitas que la odio.

—En esa época de los Jiménez en Buenos Aires, Borges no había despegado, asistía a las tertulias de Victoria Ocampo para burlarse de los invitados, sin embargo ya colaboraba en la revista *SUR*.

Antonin nos escucha en silencio, es una tranquilidad que no interrumpa nuestro intercambio porque en él se basa nuestro ejercicio, en ese contarnos una a la otra todo lo que hemos leído durante estos dos años.

—Zenobia no disfrutó suficiente el viaje por su afán de volver a la universidad, habían dejado a algunos profesores encargados de sus cátedras y tenían que pagarles. Perder el trabajo significaba salir de Estados Unidos donde por fin habían logrado quedarse tras innumerables viajes a Canadá para renovar la visa, y porque el trabajo de profesor en Maryland les garantizaba la residencia, sólo el trabajo de Juan Ramón les garantizaba la residencia.

—¿Cómo?

—Así mismo. Zenobia soñaba con la aprobación de la ley de derechos iguales para inmigrantes de los dos sexos, sólo así ella podría como profesora traerse a su marido del extranjero y Juan Ramón podría dejar la universidad.

Le cuento todo esto a Marisa para que quede claro que las preocupaciones de Zenobia tenían mucho fundamento, pues les había costado bastante esfuerzo quedarse a vivir en Estados Unidos.

—Pero Juan Ramón disfrutó mucho el rebulú de Buenos Aires —me comenta.

—Sí, claro, como dijo Zenobia: «Argentina fue generosa». Tanto lo fue que ella pensó en irse a vivir al sur aunque no lo deseaba, pero el cambio de su marido fue demasiado notable, mejoría en todos los sentidos, «en el cuerpo y en el alma», así dijo Z, aparte de la reflexión que hizo sobre el entusiasmo que se sentía en Sudamérica porque no habían pasado por los horrores de la guerra.

Le propongo a Marisa que continuemos la lectura cuando interrumpe Antonin para decir que esa mudanza hubiese salvado a Juan Ramón de la locura. Marisa y yo nos quedamos sin palabras hasta que mi amiga le contesta que los problemas emocionales siempre habían estado presentes en Madrid, en Huelva, en La Habana. Antonin vuelve a su silencio.

> El éxito argentino tocó de lleno a Zenobia, inclusive la prensa se ocupó de ella, algo que no era muy usual. Z accedió a una entrevista en la revista *La Hora* y luego se sintió completamente disgustada, le pareció que sus opiniones sobre Cataluña fueron completamente tergiversadas, que las fotos eran horribles y hasta se quejó porque la entrevista estaba llena de cursilerías. Se sintió frustrada y una vez más el ambiente porteño hizo que le diera vueltas la cabeza.
>
> Cuando los compromisos escasearon porque sólo estaban esperando el barco que les llevaría de vuelta y cuando Juan Ramón tuvo un *surmenage* ante tanta actividad, Z, mientras Juan Ramón se recuperaba posando para el pintor Atilio Rossi, aprovechó para hacer algo de turismo: visitó el Museo Colonial de Buenos Aires y recorrió con detenimiento la colección de trajes regionales regalados por España a Evita Perón, expuestos en el palacio Erragury, trajes que le traían miles de recuerdos. Estas visitas ayudaron a bajar la angustia que le producía estar varada en Buenos Aires en espera de un nuevo barco porque Juan Ramón se bajó a última hora del barco *Río Tercero*, al constatar que no iba médico a bordo.

Esta última información produce gran asombro en mis oyentes.

—Las fobias de Juan Ramón Jiménez eran de verdad, reales, consistentes, crónicas e irracionales —les aclaro—. Las tristezas de Zenobia eran coherentes con todo lo que les había sucedido a partir de la guerra.

Marisa y Antonin no me están oyendo porque se han enzarzado en una discusión acalorada y estúpida sobre quién le hacía daño a quién. Asisto con asombro a un *match* trascendental.

—No es que fuera absolutamente anglosajona, ella se preocupaba por la supervivencia.

—Sólo le interesaba lo que sucedía en el norte, no quería nada con el sur y te advierto que Andalucía también es el sur.

—Se sacrificó mucho, se sacrificó toda la vida para que su marido luciera.

—Lo hizo porque quiso, nadie la obligó.

—La utilizó, la utilizó como muchos hombres utilizan a las mujeres.

—Qué va, a las mujeres les encantan estos temas para hacerse las mártires.

—Al contrario, JR era despiadado.

—Sois un par de gilipollas... eso es lo que sois... JR era un genio... gilipollas... gilipollas las dos...

Siento la cabeza dándome vueltas y me levanto para buscar un baño. Allí dejo completo todo el almuerzo que no resiste el altercado. Afuera me esperan Marisa y Antonín con cara de angustia.

—Estoy descompuesta —les digo—. Mal, descompensada.

Llegamos a Carlton House en silencio. Por el camino de vuelta de Los Claustros dejamos a Antonin, que se despidió serio y compungido.

Marisa va pendiente de mí todo el viaje, ella fue quien rápidamente decidió que nos veníamos a casa, que yo necesitaba descanso, recostarme unas horas, pensar en mí, lo que fuera. Se lo agradecí, pero en cuanto nos sentamos en los confortables sillones del apartamento comencé a hablar y ya no pude parar más.

—Lo que no tengo claro es si la madre de la niña, la señora que me dejó sin marido, lo que no sé con seguridad es si ella también fue una víctima o más bien una cómplice, nunca lo sabré y eso me pone mal, me hace odiarla en algunos momentos y compadecerla en otros. Estoy justo en el momento de enfrentamiento conmigo misma, con lo que he sido y con lo que soy. ¡Qué desastre! Casi siempre tengo la cabeza vaga, me cuesta concentrarme, cada vez me cuesta más. Y lo peor, lo que no me puedo perdonar es que cada vez añoro más los tiempos tranquilos, los tiempos cuando no estaba enterada de nada, cuando era una cornuda perfectamente idiota.

Marisa se asombra ante mi expresión. No sabe cómo responder a lo que está oyendo.

—Pero toda, toda, todísima la culpa la tiene mi mamá —continúo implacable.

Marisa me trae una Coca-Cola a ver si se mejora mi estómago.

—Yo pensé que te habías descompuesto por la discusión entre

Antonin y yo.

—No tanto, ya yo no pienso en eso. A pesar de todas las circunstancias siento que Zenobia vivió una verdadera vida, mucho más interesante que la mía.

Marisa se recuesta en la silla y me comenta:

—Me parece que estás un tanto deprimida.

—Sí, es que las cosas cada día se ponen más complicadas.

—Todas las tenemos complicadas.

—No es lo mismo.

Me decido a explicarle que lo que pareció en un primer momento un problema difícil entre esposos se ha convertido en una lucha de poderes incendiaria entre mujeres, que el verdadero problema lo tengo con mi madre. Marisa, antes de que continúe, me desarma con un comentario sobre su propia madre: me advierte que desde su muerte daría lo que fuera por conversar con ella de nuevo.

Me detengo, la observo y balbuceo.

—Nunca he tenido una explicación sincera con Julián sobre lo que pasó. Julián habla poquísimo conmigo, pareciera que el choque lo dejó casi mudo, apenas aclara que son cosas de la vida y que sólo el tiempo nos ayudará a superarlas. Dice que es mejor no hablar mucho del tema para estabilizarnos, que lo principal es conservar la calma. Pero mi madre... Ella se sentó conmigo un día y me contó que aunque en su juventud tuvo oportunidad de estudiar, de trabajar, al final se decidió por mi padre, que prefirió ocuparse de una casa, de unos hijos y que eso la hizo muy feliz. La escuché con calma, todo el tiempo pensando que mi madre no tiene ni puta idea de lo que uno hace, mi mamá se casó con uno de esos hombres de antes que lo proveían todo a cambio de veneración y paz. Ella no conoce a estos nuevos genios que aceptan la igualdad en las parejas y luego te someten, te explotan y te traicionan.

Marisa me está escuchando con la boca abierta, asombrada con lo que escucha. Comprendo que me he puesto muy intensa y le pido que me perdone, que di al traste con la tarde y ahorita deberíamos estar en el bautizo del libro en Saint Stephan. Marisa consulta su reloj y opina que estamos a tiempo:

—¿Te animas? ¡Solamente tenemos que bajar directo hasta la 28!

Mientras acaricio con la mirada, sin atreverme a tocar, las acuarelas estampadas en el libro, y admiro la perfección del trabajo, como si la lírica de Juan Ramón estuviera hecha para esas pinturas, busco, conmovida y emocionada, los ojos de mi amiga. Marisa no

está pendiente de mi momento.

Distingo su silueta a la distancia cuando se cuela dentro de la relativa multitud que ha venido al bautizo del *Diario de un poeta recién casado*. La pierdo de vista y luego la vuelvo a encontrar parada, justo frente al altar principal de la capilla de Saint Stephan, contemplando a *Jesús Crucificado*, el magnífico cuadro de Brumidi.

Desde aquí me la imagino vestida tal cual como Zenobia, con el discreto traje de bodas que escogió la elegante tía Ethel Le Bau Dayer para ese gran día. También descubro la silueta austera de Juan Ramón, de pie al lado de su novia. Enfoco por un instante a la querida pareja, que luego se desvanece.

Marisa recorre la linda capilla románica con vitrales que reflejan una luz inspiradora que invita al recogimiento; veo cuando se arrodilla en un reclinatorio, sigo su mano cuando hace la señal de la cruz y hay algo en el gesto que me tonifica, que me obliga a ponerme derecha como impelida por un látigo; observo cómo se acerca hasta donde estoy revisando con reverencia el gran texto de Juan Ramón Jiménez, magníficamente ilustrado por Pérez Enciso.

—Fue bueno haber venido —me comenta—. ¿Te sientes bien?

—Perfectamente. También estoy feliz de estar aquí. Saint Stephan es como un oasis, lástima que nos vamos mañana de Nueva York.

—Pensé que te habías puesto mala, enferma. Me parece mentira que Antonin desapareciera sin más explicaciones después de decirnos gilipollas, cuando instantes antes nos había dicho que estaba feliz de habernos encontrado y yo me sentía tan ilusionada con un hombre que nos comprendía.

—Sí, todo fue medio raro en esos claustros, bonitos pero falsos. Oye, Marisa, ¿tú piensas que somos unas gilipollas?

Mi amiga comienza a reírse mientras nos encaminamos hacia la salida de la iglesia y en la entrada se recuesta de la reja porque ya son carcajadas; cuando se tranquiliza me explica que esa palabra le produce chorros de risa y que la verdad ni sabe qué significa.

—Nada, nos dijo tontas, más nada.

DÍA 5

Estamos en la Terminal 9 de JFK esperando nuestro avión para viajar a Puerto Rico. Llamé a Caracas para comentarle a mi mamá que me quería pasar unos pocos días más con Marisa para terminar el trabajo y me atendió Julián, lo escuché bastante más animado, me dijo que me quedara, que en casa todo marchaba perfectamente, aunque de todos modos yo hacía falta porque mi madre había abandonado el barco.

Decidí aceptar la invitación de Marisa, a pesar de la incertidumbre que me causó la información de Julián y sobre todo su tono extrañamente contento; ya sé que me esperan en casa lo cual es un dudoso progreso dentro de mi empeño por avanzar hacia otra cosa.

Volvemos a Riverdale para concluir la etapa en Estados Unidos.

Es maravilloso leer nuestra historia en una espera de aeropuerto que siempre es tan tediosa. Estamos sentadas en Starbucks bebiendo un café que no es café y Marisa, que revuelve lentamente el suyo, me propone que nos vayamos afuera, a donde haya asientos más cómodos.

Caminamos unos metros hasta que encontramos el lugar adecuado y mi amiga se prepara para leer los últimos días en Norteamérica. La interrumpo, le cuento que Julián estaba de muy buen humor cuando lo llamé.

—En mi casa está pasando igual —me comenta reflexiva—. Luis ha cambiado, Luis es otra persona. Parece que sacrifica algunas cosas del pasado a cambio de un poco de paz.

—Sólo... Faltaría que nosotras aceptáramos la vida tal cual se nos presenta... Sin chistar. Todo esto tiene aspecto de pacto —balbuceo un poco insegura.

Marisa me echa un ojeada inquisidora y me contesta que también deberíamos contemplar la idea de que ellos han cambiado, han reflexionado ante nuestras quejas.

Ante mi mirada escéptica opta por leer.

> Después de cinco meses y medio fuera de Estados Unidos, Zenobia y Juan Ramón regresaron optimistas y renovados desde la primavera Argentina. Recogieron el automóvil, que habían dejado en New York, y enfilaron hacia Washington con energías suficientes

como para pensar en desmontar el piso de Dorchester House, que mantenían con los pesos argentinos que ahora habían sido congelados por el presidente Perón.

Esto significó el afincamiento único y definitivo en Riverdale y que emprendieran mejoras que hacían mucha falta en la casa. Esa misma semana de la llegada se abocaron a desembalar los 28 bultos traídos de Buenos Aires, más que todo libros, y acometieron lo más pronto posible las descomunales tareas comprometidas: cuatro nuevos libros ocuparían el tiempo de JR y mucho del tiempo de Z, quien también había comenzado cursos sobre Cervantes y Azorín en la universidad.

A pesar de que los Jiménez permanecieron lejos de Washington, Zenobia logró que algunos de los amigos llegaran hasta Riverdale: Ernestina Champourcin, eterna amiga de Juan Ramón, vino algunas veces desde México, pero otros no aparecieron, como la esperada visita de Ortega y Gasset, que nunca llegó. Todo esto los mantuvo pendientes, muchos de los contertulios habituales que recibían en Dorchester House se acostumbraron a salir de la ciudad y visitarlos en el campo.

Para ellos comenzó una vida mucho más apacible, más pueblerina: Juan Ramón, en total concentración, dictaba en las mañanas su obra, que Zenobia pasaba a máquina en la tarde, antes de salir a dar un paseo bajo los robles y a observar las ardillas. Los domingos Zenobia subía la loma de la capilla Resurrection Seminary para oír la misa de las 9:30 y luego preparaba algo para sus visitantes habituales, no más de cuatro invitados a tomar el té para que Juan Ramón no se sintiera nervioso.

Por esa misma época apareció la alumna Graciela Palau de Nemens, quien escribía su tesis doctoral sobre Juan Ramón Jiménez en la Universidad de Maryland. La amistad con la profesora Nemens duró hasta el final.

A pesar de este segundo aire, la magnitud del trabajo condujo de nuevo a Juan Ramón hacia una temporada en el sanatorio Takoma Park, con la idea de recuperarse del exceso de trabajo y del fantasma de

la neurastenia que aparecía puntual una vez más. Vómitos, náuseas y la incapacidad de quedarse solo, la imperativa necesidad de estar siempre acompañado por Zenobia.

Ese mismo septiembre de 1950, Juan Ramón fue trasladado al John Hopkins Hospital de Baltimore por el doctor Luis Ortega, ante la poca mejoría que presentaba en el Takoma. Como siempre, Zenobia paralizó su vida para apoyar a su esposo y al vuelo captó la señal del doctor Ortega, neuropsiquiatra español residenciado en Puerto Rico que hacía una pasantía en Baltimore, cuando asomó la idea de trasladar a JR a la isla para recuperarse; hasta Juan Ramón se aferró obsesivamente a la idea del viaje, conquistado por la recomendación del doctor. Zenobia, a pesar de que la situación le tenía sus nervios y sus fuerzas físicas completamente agotadas, entró en acción al instante y logró alojamiento en la isla para su esposo y para ella, ya que comprendió que era imposible que se fuera solo. Renunció a sus clases en la Universidad de Maryland durante los próximos meses y lo acompañó, pensando retomar su trabajo en enero. Se fue muy triste porque tenía que abandonar su medio de vida cuando más lo necesitaba.

Se instalaron en la casa de huéspedes de la Universidad de Río Piedras, rodeados de gente que hablaba español, de todos los médicos y los profesores exiliados, se instalaron en medio de la naturaleza ya que el lugar les ofrecía un sinfín de especies tropicales. Éstas y muchas otras circunstancias obrarían el milagro de la recuperación del poeta junto a múltiples batallas que libró Zenobia, acompañada por el doctor Ortega: la primera fue evitar que Juan Ramón iniciara un insano periplo por sanatorios como había hecho en los últimos meses de enfermedad en Estados Unidos.

En dos meses se notó una mejoría considerable en Juan Ramón y se contó con un diagnóstico claro: ningún mal cardiológico sino nervios, puros nervios.

Ante esto, Zenobia comenzó a considerar opciones: volver a Riverdale donde contaba con un sueldo, o emprender el retorno a España, donde podrían vivir

de la renta de la casa de Riverdale, pues les beneficiaba el cambio de moneda. La decisión rápida de volver a Riverdale fue en cierto sentido obligada porque el sanatorio español en Puerto Rico, Auxilio Mutuo, no admitió a JR como paciente y los otros que quedaban eran demasiado costosos.

Al volver a Riverdale, Juan Ramón, olvidando su mejoría, retomó las pasantías infructuosas por diversos hospitales y sanatorios de Estados Unidos, y Zenobia, agotada y angustiada por la falta de dinero, le propuso que se instalaran definitivamente en un país donde se hablara español, como recomendaba el doctor Ovelhorser del Washington Hospital. El mismo poeta decidió que fuera Puerto Rico.

Se detiene Marisa y yo tengo mil preguntas que hacer:

—¿Se van a Puerto Rico?

—Sí, se van porque, aparte de que Juan Ramón lo deseaba, España resultaba muy cara. Zenobia prefería España y averiguó los precios de algunos sanatorios en Alicante. Fue una etapa terrible.

—¿Por qué?

—Por lo obsesivo de Juan Ramón, todo el tiempo pedía que lo llevaran a un hospital porque estaba a punto de morir y no dejaba que Zenobia se separara ni un minuto de su lado.

—¿Y ella qué hacía?

—Vivía angustiada, sobrecargada de trabajo, lo acompañaba cuanto podía, siempre ayudada por Inés Muñoz que fue perfecta, como son por lo general las buenas amigas. Fue su única ayuda y por eso Zenobia prefería volver a España, porque allá contaba con parientes que la ayudasen.

—¡Pero qué situación tan trágica! ¡De qué vivían!

—La Universidad de Maryland le concedió a Zenobia un semestre libre remunerado.

—¡Bien por los americanos!

—Sí, pero Juan Ramón no se entendió con los médicos americanos que trataron de separarlo de su esposa por el bien de ambos. Esos médicos le pidieron a Zenobia que se fuera a su casa y no volviera en unos días. Z sufrió también porque, según escribió de su puño y letra, para ser feliz tenía que estar siempre con él, le parecía muy cruel lo que le pedían.

—¡Qué locura! y se van...

—Sí, se fueron raudos del manicomio, como llamaba Juan

Ramón al estupendo Washington Hospital, se embarcaron en New York para llegar al Instituto de Siquiatría, «manicomio insular» de Puerto Rico.

Ya nos hemos comido la lasaña y pedimos otra botellita de *chianti*. Son cuatro horas de vuelo sobre el azul oscuro del Atlántico y sólo a lo lejos avistaremos el resplandor de nuestro mar Caribe, a través de las nubes que siempre planean sobre Puerto Rico.

—Antes del accidente de Julián, justo antes de ese momento, yo sentía que por fin estaba agarrando las riendas de mi vida, estaba entrando en una madurez segura, poderosa, pensaba que lo tenía todo: un marido sólido, unos hijos adorables, una carrera que complementaba la de Julián. Pensaba que las circunstancias políticas de mi país serían pasajeras. Nada, absolutamente nada podía hacerme ver la realidad ya que yo flotaba y flotaba dentro de mi burbuja. Después del accidente, cuando por fin increpé a Julián sobre lo que había pasado, me contestó claramente que había desertado porque no aguantaba que me pareciera tanto a mi mamá.

Marisa escucha mi monólogo en el espacio porque sabe que cada día necesito más hablarle al universo sobre lo que me pasó. Ahora ella parece mucho más tranquila que unos meses atrás.

—¿Tú te sientes bien? —pregunto curiosa.

Marisa tarda unos segundos en contestarme.

—Estoy pensando en revivirlo.

—¿Revivir qué?

—Revivirlo todo igualito que Juan Ramón reiniciaba y reiniciaba su obra. Uno también podría revivir lo vivido, o mejor dicho vivir lo no vivido, pero esta segunda vez con mucho más cuidado. Yo te aseguro que Zenobia hubiera deseado volver a vivir lo mismo. Después de todo lo que hemos leído me muero de la risa cuando escucho que Z fue una mártir, cuando estamos claras que ella vivió lo que quiso.

—¿Te parece?

—Nunca fue mártir. Zenobia era más inteligente que eso, y aunque lo fuera, ella lo aceptó.

—Era la época.

—No, no. Era otra cosa, ella se quejó mucho cuando los médicos de Washington los separaron, escribió que había sido una crueldad cuando ellos lo que querían era estar juntos, a pesar de que pasaba las noches en un catre al lado de su malcriado marido, durmiendo mal y cuidándole el sueño.

—¿Por qué lo hacía? ¿Por qué no se largaba?

—Porque había mil cosas de su vida con Juan Ramón que le gustaban, porque le encantaba que el día del aniversario de la muerte de su madre, JR pusiera rosas rojas al lado de su retrato, pequeñeces que sólo se le ocurrían a él, decía Zenobia, no sé, una mezcla rara, tal vez se había contagiado de las ideas de su esposo cuando decía que todo se lograba en la medida en que se deseaba. Pienso que ella deseaba ser parte importante de la obra total e inmortal de Juan Ramón. Tú misma me acabas de decir que creías que tu vida era perfecta, la vida que siempre habías soñado a pesar de que no era verdad. ¿No te dabas cuenta?, tuviste que recibir ese mazazo y ¿ahora qué? ¿Es que un fracaso te impide corregir, recomponer, volver a desear?

—No lo sé.

La conversación se pone densa, tengo que reflexionar sobre este nuevo giro que inventa Marisa cuando hace dos días se peleó a muerte con Antonin.

—Entonces la pelea con Antonin fue pura broma, tú no pensabas que Juan Ramón era déspota, malcriado, cruel e inhumano.

—¡Ay, bendito! ¡Todavía con eso! Es que Antonin es un buchipluma que se puso aguajero, fue como un punto de quiebre, en ese momento empecé a ver claro y en Saint Stephan recibí la iluminación.

—¿En Saint Stephan?

—Ante nuestro Señor comprendí todo.

Me recuesto lentamente en el respaldar porque la cabeza me está dando vueltas. Marisa nota mi desespero.

—Perdóname *partner*, en realidad estoy cansada, hay dos cosas que me agotan: intentar entender las razones por las cuales Zenobia se quedó con Juan Ramón y armar una explicación que complazca a todos. ¿Es que no sería suficiente decir que vivieron así porque quisieron? Ha sido devastador pasar la vida personal de estos dos por debajo de la lupa.

—Pero yo creí que eso era lo que queríamos.

—Sí, claro que sí, perdóname de nuevo, no sé qué me pasa.

Nos recostamos, cada una perdida en sus pensamientos, luego de un rato acerco mi rostro al de Marisa para constatar si duerme, abre un ojo, lo cierra y yo le pregunto.

—Nunca me contaste tu paso por Riverdale.

Sin abrir sus ojos me contesta.

—Riverdale es un pueblo desdibujado. Todo sigue en Queensbury Road tal cual lo describió Zenobia, hasta el Leland Memorial Hospital, un pesado edificio de ladrillos rojos. Allí no

había nada que recordara Andalucía.

Aterrizamos de noche y al salir con nuestras maletas nos encontramos a Luis, listo para llevarnos al Viejo San Juan.

PUERTO RICO

DÍA 1

Abro la ventana de mi habitación para que entre la luz y para salir del terrible aire acondicionado que me hace amanecer helada en mi acogedor trópico. Frente a mi mirada, casi al alcance de la mano, a unos pocos metros más allá, veo el fuerte de San Cristóbal y el comienzo de su muralla. Recuerdo la del castillo de San Carlos de Borromeo y me siento en Venezuela, en la isla de Margarita. Esa muralla es la misma huella hispánica que trató de contenernos por todo el Caribe.

Salgo a la terraza dispuesta a respirar nuestro aire y me encuentro con Marisa, que está sentada frente a una mesa con sombrilla. Ella me espera mientras dispone el desayuno. Me acerco y me siento.

—¡Qué vista tan bonita desde esta terraza! ¡Y el mar!

—Ese no es el mar Caribe —me advierte.

—Lo sé.

—Es el Atlántico, un poco menos gris y más manso que en el norte —continúa.

—Esta casa me encanta —cambio el tema y se lo digo porque la casa es bella.

—Es la casa de la familia de Luis.

—¿La de Ponce de León?

Marisa se sonríe y me dice «no» con la cabeza porque viene llegando Luis.

—Abajo hace menos sol —nos dice a modo de saludo.

—Sí, pero aquí vemos el mar —contesta su esposa mientras coloca su mejilla en posición para recibir un beso.

Abajo es el patio interno de la entrada. Apenas lo pude ver cuando llegamos anoche, pero me pareció lindísimo, lleno de palmeras y bromelias, con las paredes cubiertas de enredaderas y grandes helechos que caen desde el balcón de madera del segundo piso. Más tropical imposible.

—Zenobia pensaba que la vegetación tropical había contribuido a la recuperación de Juan Ramón en Puerto Rico —entro en materia temprano.

—Debió de ser —contesta Marisa rápido, también deseosa de ponernos a la faena.

Luis nos observa y decide no intervenir, ya anoche nos propuso

diferentes programas, inclusive se ofreció para acompañarnos, y cuando Marisa le explicó que hoy pasaríamos por el hospital Auxilio Mutuo puso cara de asco y frustración.

—Es increíble que no hubieran recibido a Juan Ramón en el Auxilio Mutuo —continúo con el tema.

—El médico español encargado de Auxilio Mutuo, en esa época, no pertenecía a la cadena de médicos admiradores de Juan Ramón —aclara Marisa.

—¿Qué cadena?

—La que lo acompañó fielmente por la vida: Simarro, Achúcaro, diríamos tal vez Marañón, Ortega en Baltimore y García Madrid en Puerto Rico, para finalizar con el dominicano Dr. Battle. Aquí se mudaron con García Madrid, y hasta Zenobia se sentía protegida por él. Cuando se operó en Boston añoraba que García Madrid estuviera parado a un lado de su cama y del otro lado Juan Ramón.

—¿A qué van al hospital? —Luis se atreve a preguntar.

—No vamos sólo al hospital, vamos a recorrer algunos sitios que nombra Zenobia en Puerto Rico. Vamos al Yunque también. La universidad la dejamos para mañana.

Marisa comienza una conversación que parece fastidiar a Luis, quien se despide hasta la noche y nos hace prometer que lo acompañaremos al Parrot Club para los aperitivos. Su esposa asiente con la cabeza mientras me explica que inclusive en Puerto Rico hubo leves enfrentamientos entre la España republicana y la España oficial, que tal vez eso tuvo que ver con que no aceptaran a Juan Ramón en el Auxilio Mutuo en 1950, aunque el mismo poeta contaba, con cierta picardía, que el director del hospital conocía de primera mano sus escarceos con las monjitas del Sanatorio del Rosario en Madrid, hacía 46 años.

Pasamos frente a Auxilio Mutuo en Hato Rey, nos estacionamos para verlo desde el auto y allí mismo me explica mi amiga que es uno de los mejores hospitales de la isla.

Como no hay más nada que hacer seguimos antes de contagiarnos de cierto espíritu lúgubre.

Marisa quiere leerme lo que tiene listo sentadas bajo los inmensos árboles de El Yunque, así me comenta con la clara intención de alegrar el día, tratando de aliviar el inevitable tema médico.

Vamos hacia esa gran reserva que se llama El Yunque, una verde selva tropical, donde casi siempre llueve, que queda a una hora de San Juan. Es un gran orgullo boricua.

—¿Has logrado cierto equilibrio con Luis? —necesito preguntar.

—Estoy tratando de aceptarlo como es y no como yo me lo imagino.

—Y ¿él te acepta a ti como eres?

Marisa reflexiona un ratico y me contesta que Luis seguramente nunca piensa en eso.

—¿Pero notas algún esfuerzo de su parte? —insisto.

—Noto cierto respeto que no había antes.

Miro hacia afuera, vamos bordeando la costa por una carretera un poco solitaria a esta hora de la mañana pero que seguro se llenará de bañistas hacia el mediodía. Marisa prefiere esa vía más larga en vez de la autopista para que yo vea el mar y la playa de Luquillo.

—¿Te es suficiente con ese respeto? —Vuelvo a clavar la daga.

—No es lo suficiente pero sí lo veo importante para mi recuperación.

Me gusta mucho Marisa como interlocutora. Pareciera como si mi amiga hubiera asumido sus problemas como una enfermedad.

Viramos tierra adentro dejando el Atlántico a nuestras espaldas. Ahora sí vamos en pos del bosque húmedo, me dice mi amiga, que sigue nuestra conversación pendiente de la ruta y vigilante de las nubes.

—Aquí todo viene del cielo —me cuenta Marisa cuando mira hacia arriba por cuarta vez—, por eso nuestros antepasados taínos utilizaban estas montañas para sus viajes espirituales —continúa—; debemos esperar mucha agua además de gran variedad de plantas.

Subimos hasta El Portal, que es la entrada del bosque, y seguimos ascendiendo. Marisa me informa que podemos llegar en el auto hasta bastante alto y allá arriba caminaremos un poco. Vamos subiendo y unas gotas gruesas comienzan a caer en el parabrisas; observo que Marisa, por un instante, suelta ambas manos del volante en un gesto hacia arriba para mostrar lo que verdaderamente cae del cielo sobre la selva lluviosa. Continuamos por una carretera empapada por la lluvia, vamos con calma por miedo a un resbalón y rodeadas de un verde absoluto.

—Tengo *raincoats* en la maleta, no te preocupes, caminaremos sin empaparnos.

Asiento con la cabeza porque veo el bonito espectáculo que hay afuera. Subimos y subimos mientras la lluvia arrecia, comienzo a limpiar el vidrio con un klínex que encuentro en la guantera porque voy preocupada por la visibilidad de Marisa y estoy deseosa de ver hacia afuera. Después de un tiempo que se hace eterno llegamos a

un estacionamiento.

—Me parqueo aquí y me esperas, voy a sacar los *raincoats* para llegar hasta un *shelter* que está cerca.

Marisa se pone más bilingüe en su isla.

Cuando abre mi puerta desde afuera me lanza uno de esos ponchos de plástico con capucha que me coloco, y salgo. Corremos hacia una cabaña donde hay otros refugiados tomando café, mientras esperan que escampe. Marisa se detiene en la puerta para hacer un inventario rápido del lugar y me hala hacia la mesa más distante, una junto a un ventanal de cristal que es lo único que nos separa de la tupida selva.

Contemplo extasiada la lluvia que cae sobre la vegetación esperando a Marisa que busca dos cafés. Tiene la intención de leerme, frente a este chapoteado paisaje, la llegada de los Jiménez a Puerto Rico. Engancho el impermeable que chorrea agua en un colgador guindado en la pared y me acomodo con gusto en la silla, a la espera de esta nueva etapa. Busco a mi amiga y la distingo en animada conversación con un hombre apuesto que le coloca una mano acariciante en el hombro mientras atiende a la conversación.

Regresa cuando el amigo se va hacia otra mesa donde lo espera una mujer. Marisa se sienta ya con sus cuartillas en las manos para comenzar a leer, pero comenta.

—Me alegra ver que Joe está feliz. Cuando uno está en esas etapas que no sabe lo que quiere, es muy fácil llevarse a alguien en los cachos.

Me le quedo mirando con cara de «no entiendo nada» para que me aclare.

—Andábamos juntos, Joe y yo, cuando me separé de Luis, estábamos muy enamorados pero yo no lo resistí y volví a mi casa. Siempre me quedé con ese remordimiento de haberle hecho daño, pero ya ves, se casó ahí mismito.

—Los hombres se consuelan en un instante —doy mi opinión—; inclusive a veces tienen paralelamente quien los consuele por si acaso.

—No quisiera que te amargaras. Sería una tristeza —me amonesta mi amiga, y sé que lo hace por mi bien.

Alargo mi mano hacia la de ella para asegurarle que estoy tratando, que lucho todavía con la rabia. Ella se vuelve a mirar a su amigo al escuchar las ruidosas carcajadas que emite mientras la esposa le pasa sus afiladas uñas por una mejilla.

Marisa quita la mirada de ellos y se acerca a mí a través de la mesa para hablar sin que nos escuchen.

—Hubiera deseado que todavía estuviera penando por mí... Y ahí está: casado y feliz.

Vuelvo a ver a la pareja y contesto en el mismo tono bajo.

—Yo también desearía que algún hombre llorara por mí. Anda, lee.

Después de pasar unos meses en Condado, en la pensión de la señora Lola Tuya, viuda de García, hablando español con los otros huéspedes de la asturiana y con la biblioteca metida en la maleta del Chevrolet, Z y JR fueron invitados a vivir con el doctor García Madrid, a quien le habían asignado una amplia casa de habitación en el Instituto Siquiátrico.

Zenobia calificó al doctor de santo e inmediatamente procedió a amueblar las habitaciones que les correspondían, durante los ratos libres que le dejaban sus clases en la Universidad de Puerto Rico. El rector Jaime Benítez la había contratado para dictar un curso básico de Humanidades y para realizar algunas traducciones. Benítez los acogió en cuanto llegaron a la isla.

La mejoría de Juan Ramón se hizo evidente muy rápido: ganó peso y se olvidaba a ratos de su obsesivo temor por morir en un instante. También Zenobia se sentía contenta con los nuevos acomodos que le permitían separarse del poeta con menos angustia y con más ayuda, sin embargo veía a Puerto Rico como una etapa intermedia, como una transición para luego mudarse a Buenos Aires o tal vez a España.

Juan Ramón no pensaba en traslados, se sentía feliz bajo el cuidado directo del doctor García Madrid en un ambiente ideal para él: frente a un siquiátrico que contaba con cuatro residentes. Todo eso que entusiasmaba al poeta deprimía a Zenobia, quién cansada de dar clases en la universidad, buscaba la forma de vivir de la obra de Juan Ramón, en Argentina o en España, aunque a veces comentaba: «...Tal vez lo mejor es vivir en marcha y no pensar en acomodarse en ningún lado esperando la muerte».

Cuando la vida en Puerto Rico se reorganizó, cuando Z por fin conformó una red de ayuda para la recuperación de su esposo y cuando retomó el ritmo del trabajo, apareció un viejo achaque que la había

martirizado hacía diecinueve años, convertido en tumor tal vez maligno. Zenobia atribuyó su aparición al clima del trópico.

En un principio trató de no darle importancia a su problema, inclusive actuó como si la enfermedad de Juan Ramón fuera un caso mucho más grave que el suyo y solicitó al doctor Franceschi que la tratara con radiaciones, como lo había hecho el doctor Goyanes en Madrid en 1932. Insistió en convencer al doctor que se sentía muy bien y que era imposible que fuera algo serio, pero el médico desaconsejó las radiaciones y la instó a operarse en Boston.

Interrumpo porque hay algo que quiero comentarle a Marisa. Le digo que me asombra la insistencia de Zenobia en comparar sus enfermedades, no concibo cuando escribe que el sufrimiento por Juan Ramón fue peor que la angustia que sintió por sí misma. Le aseguro a mi amiga que no sé por qué lo hace, que no entiendo su ansiedad por ocultarle a Juan Ramón la verdad sobre su tumor para que no se angustiara, como si lo suyo de por sí no fuera algo muy serio de verdad. Marisa no se ha preocupado por describir esa circunstancia sino más bien insiste en la valentía de Z que no quiso que la engañaran, que sólo pidió que le dijeran la verdad sobre su enfermedad para arreglar sus cosas.

Nos enfrascamos en este tema mientras sigue lloviendo a cántaros, volvemos a buscar café y continuamos compartiendo todo lo que hemos leído sobre la enfermedad de Zenobia, inclusive su viaje sola a Estados Unidos porque Juan Ramón, a pesar de lo serio de la situación de Zenobia, no se atreve a viajar sin un médico.

—Se queda aquí en Puerto Rico y a Zenobia la acompañan su familia y, sobre todo, Inés Muñoz, su querida amiga —dice Marisa con cierta desazón—, pero es la misma Zenobia quien trata de mantener la calma ante una circunstancia que podría ser fatal, en una carta a Guerrero Ruiz deja fríamente todas las instrucciones necesarias en caso de que se muera.

—Bueno, mejor que se quede Juan Ramón —contesto ante su preocupación—. ¿Quién le iba a preparar su comida especial y consentirlo? Yo creo que fue una decisión sabia dejarlo en Puerto Rico, pero paralelamente me asombra que Zenobia se preocupe más por él que por ella misma. Ese es el punto.

Marisa admite con la cabeza y se vuelve para ver la lluvia que ya es casi una llovizna, luego me comenta con calma que Zenobia

deseaba dejar de trabajar dando clases para dedicarse de un todo a organizar la obra de Juan Ramón. Que esa era la realidad.

—No la entiendo.

—Yo tampoco. ¿Qué te dije en el avión?

Mi amiga comienza a recoger sus papeles y entre ellos encuentra algo que la detiene. Observa la hoja que tiene en la mano y me dice que desea leerme algo. La escucho.

—Número uno: «¿Cómo puedes tú ser estrella de la tarde y del amanecer?».

Me quedo quieta porque conozco lo que está leyendo y sé que viene más. Marisa continúa con *Sólo tú*.

—Número dos: «¿Cómo tú, mujer mía, puedes ser al mismo tiempo estrella de la tarde y estrella del amanecer?».

Me pregunto hasta dónde quiere llegar Marisa.

Se detiene, revisa el texto que está en sus manos y continúa:

—Número tres: «Sólo tú, mujer mía, puedes ser tranquila estrella de mi tarde, estrella inquieta de mi amanecer».

—Los poemas que le escribió cuando estaba operándose en Boston —digo ensimismada— forman parte de *De ríos que se van*.

—Sí, esos mismos que compuso cuando comenzó a llorar por ella.

Según le prometimos a Luis, caminamos por la calle Fortaleza para tomar el aperitivo en el Parrot Club. Nos dirigimos directamente a la barra, ya que Marisa me asegura que su marido debe de estar instalado allí conversando con Mike, y cuando le pregunto si Mike es un amigo de Luis me contesta que es el amigo diario de Luis, el encantador barman del lugar.

Efectivamente, recorro el lugar con una mirada que inevitablemente se torna caliente, al ritmo de la salsa y el ambiente, mientras Marisa camina hacia Luis que está sentado en la barra.

Curioso, esa barra, sin parecerse, me recuerda la del Floridita en La Habana. En realidad no se parece en nada; ni el brillante empedrado de la calle Fortaleza se parece al inevitable desgaste de la calle Obispo de La Habana Vieja, ni las rejas de los balcones de las casas del Viejo San Juan, todas pintadas perfectamente con colores pastel, tienen nada que ver con el rosado fuerte del local de la Esquina Monserrate.

Nos acercamos, saludamos a Luis, me presentan a Mike, quien me pregunta qué deseo tomar y sin dudar le contesto que un daiquiri, al mismo tiempo que miro hacia la punta del bar donde se encuentra acodado el doble de Hemingway.

—¡Ay, bendito! ¿Y qué hace Sir Francis Drake por aquí? —escucho que Marisa le pregunta a su marido—. Seguro que charlaste bastante con él y algo más.

Luis contesta que sí, que han estado conversando y que se han tomado unos cuantos tragos juntos, que hablaron de piratas como siempre y que quedó claro por fin que Drake, el de verdad, nunca pudo saquear Puerto Rico a pesar de que atacó varias veces y que gracias a Dios se murió de disentería en Panamá.

Escucho la conversación y observo al señor corpulento de barba que llaman Drake y que sigue acodado en la barra saboreando su trago. Trato de llamar la atención de mis amigos, deseosa de explicar que están confundidos, que el señor de la esquina es Ernest Hemingway, que me lo encontré en La Habana hace poco.

Mike coloca frente a mí el primer daiquiri.

Bebo ansiosa ya que mis amigos no me hacen caso, están enfrascados en una discusión sobre dónde vamos a cenar.

Me abandono a mi trago, pero escucho.

Cuando Luis propone el Dragonfly, Marisa dice que no quiere nada asiático, que está harta del jengibre y que prefiere algo más criollo. Mike me coloca enfrente un segundo daiquiri y le pregunto si tiene marrasquino y *grapefruit* para preparar uno a lo Hemingway. Asiente con la cabeza, sonreído.

Imagino que lo que pido no es nada original para un barman del Caribe.

Como a mi lado sigue la contienda, yo me dedico a Mike con agradecimiento porque me ha servido un bol pequeño de ceviche que voy engullendo sobre finas lajas de yuca.

—Hemingway se tomaba unos cuantos en el Floridita, le gustaba mucho el ron cubano —advierto, mientras alzo el cuello para ver qué ron me está sirviendo—, dicen que se bebía de doce a trece por visita.

Mike, señalando el murciélago, me indica que es Bacardí.

—También Hemingway tomaba Bacardí, pero el cubano. Éste debe de ser hecho aquí. —Sigo en el tema mientras Marisa y Luis cumplen con su guión al pie de la letra.

DÍA 2

Vamos apuradas hacia la universidad. Por el camino le refiero a Marisa algunos de los incidentes de anoche. Le cuento mi conversación con Luis sobre Ponce de León, mejor dicho, le cuento toda la información que me dio su esposo, quien encontró en mí una audiencia más que interesada.

—Sí, es su tema —me dice Marisa con voz de hastío—, se empeña en vivir del pasado, en el pasado, en fin, en todo lo que se haya ido.

Es verdad, Luis conversa todo el tiempo sobre lo que ya pasó, no tiene un ápice de interés sobre lo que está pasando y para él no existe lo que viene. Le importa poco.

—Lo que pasa es que Luis pretende vivir de las glorias de sus antepasados. ¡Como si importara!

—Pues importa, Marisa —contesto airada—. Importa pero no tanto. Si no fuera interesante ¿qué hacemos tú y yo contando la vida de Zenobia?

Marisa guarda silencio unos instantes para luego confesarme que a veces piensa eso mismo: «¿Qué hacemos contando la vida de Zenobia?».

Vamos entrando al recinto Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico y como me gusta tanto este lugar, no contesto la interrogante de mi amiga.

—Qué bonita es esta universidad.

—En gran parte es la obra de Henry Klumb y Jaime Benítez. Klumb llegó a Puerto Rico después de unos años de pasantía con Wright en Taliesin y pronto comprendió a la perfección los conceptos de Benítez sobre la universidad del libro abierto. El resultado son estos espacios tan cálidos, tan bien pensados y acordes con el ambiente. Algunos de los muebles de mi casa son de Klumb porque me gusta su interpretación del trópico.

—¿Los de madera y fibra tejida?

—Los mismos, la esposa de Klumb fue una gran artesana. Tejía, y aquí se fascinó con las fibras.

—He leído algo sobre él. Fue como un poeta para la arquitectura, pero es curioso que a Zenobia no le gustara su auditorio, el que hizo aquí en la universidad, lo sentía frío y lo comparó con los teatros españoles, algo absurdo porque no son

comparables.

—Ya Zenobia estaba enferma y a pesar de eso decía que no se quería morir sin sentir la vida, creo que su situación había hecho que perdiera la capacidad de apreciar algunas cosas, sin embargo le parecía estupenda la biblioteca de la universidad, diseñada por el mismo Klumb, y desde que la vio en maqueta le pidió a Jaime Benítez que se la mostrara a Juan Ramón. Al final ellos donaron todos sus libros a la biblioteca y Juan Ramón donó sus trabajos inéditos a la universidad.

—Menos mal... Me preocuparía que no reconociera a Klumb.

Marisa me explica su teoría sobre la situación de Z ante su enfermedad, opina que a ella se le creaba una impaciencia con lo futurista porque se daba cuenta de que le faltaría tiempo para muchas cosas que deseaba hacer; y sabiendo que su pronóstico era al máximo cinco años de vida, seguía pensando en acciones que atraparan lo de siempre: como mudarse a Buenos Aires a pesar de que Perón hasta tenía presa a Victoria Ocampo, como construir una casa propia cuando aún tenían una en Riverdale, como ver la Cordillera de Los Andes desde el aire, aunque JR le tenía terror a los aviones, y hasta planificaba conocer la costa del Pacífico que le faltaba.

Marisa también me recuerda una particular actitud de Zenobia cuando supo que su tumor era un cáncer, dice que las personas en esa situación se ilusionan con cualquier cosa y que Z repetía con frecuencia lo sucedido a la esposa del poeta Salinas, a quien habían operado de lo mismo hacía quince años y aún estaba viva.

—A Zenobia se le crea una obsesión por saber sobre Margarita Bonmatí de Salinas, vive pendiente de ella, vive a la espera de información positiva sobre Margarita porque eso le da esperanzas.

La interrumpo al ver dónde estamos:

—¿Qué venimos a hacer aquí?

—A mí me gustaría sentarme en el auditorio donde asistió Zenobia a tantas lecturas que hizo Juan Ramón, allí leemos algo si está abierto, y si no, arrancamos hacia la biblioteca, que es una de las obras más bellas de Klumb.

La biblioteca de la Universidad de Río Piedras es un recinto de armonía y paz. Encontramos un rincón solitario donde nos sentamos en silencio para que el ambiente se apodere de nosotros.

—Klumb de verdad creaba arquitectura y arte. Aquí me siento tranquila —comento antes de que Marisa comience la lectura.

—Klumb tuvo su mentor, que fue Jaime Benítez.

Zenoba volvió a Puerto Rico unas semanas después de su operación. Antes pasó una semana en Storrow House, una casa de convalecencia donde la enviaron a recuperarse y que desde el primer día dijo que no le gustaba. Se mudó con Inés Muñoz al Women´s City Club donde sí se sintió muy bien y de ahí se fue a la granja de su prima Hanna Crooke donde continuó recibiendo las cartas diarias de su esposo. En febrero regresó a la isla con ánimo suficiente como para continuar con sus actividades, y también con esperanzas. Juan Ramón la recibió emocionado y le llovieron las visitas de amigos y compañeros de la universidad.

Vivieron unos meses felices en «una isla suave y plácida», como describió JR esta época en Puerto Rico; cancelaron el viaje a la Argentina y a Chile, a pesar de que Z aún deseaba ir a esos países por una temporada larga, pero JR se enfrascó de una manera tan decidida en la conclusión de varios trabajos comenzados, que desistieron. Parecía como si la distancia obligada por la enfermedad de Zenobia, aunque corta, hubiera abierto de nuevo el chorro de la inspiración.

Zenobia, con muy pocas ganas, se incorporó a su trabajo en la Universidad de Río Piedras donde la trataban con gran consideración, y con mucho entusiasmo se preparó para optar por la ciudadanía norteamericana, algo que habría disfrutado mucho su madre Isabel Aymar.

Regresó a Puerto Rico con el deseo de una vida más reposada, más contemplativa, pero pronto se involucró a conciencia en una actividad frenética, tanto de trabajo como de intercambio social, sin darle un chance a las recomendaciones de sus médicos que le pedían mucha tranquilidad y mucha paz.

La mejoría de Juan Ramón en la isla de la simpatía le permitió recibir a intelectuales y escritores que nunca hubieran llegado hasta Riverdale, así era común que un domingo llegaran más de diez personas a visitarlos y siempre Z hacía los honores, justo el día que no tenía la ayuda de su incondicional asistenta Nemesia. Por lo general, un programa de un mes

incluía: recibir amigos extranjeros que estaban de paso o que llegaban para quedarse en Puerto Rico atraídos por las ideas innovadoras de Jaime Benítez, asistir a diversos actos, tanto académicos como culturales, que al fin el poeta había aceptado en su vida, y seguir de cerca todos los acontecimientos del mundo literario a través de publicaciones y cartas. Esto todo lo hacía Zenobia cuando no estaba dando clases en la universidad, cuando no estaba cobrando todo lo que les debían las editoriales desperdigadas por el mundo, y cuando no se sentaba, metódica y diariamente, a tomar dictado de Juan Ramón.

Apenas un poco más de un año después de su operación, Zenobia tuvo una recaída que ameritó radiación. Con valentía se enfrentó al tratamiento que le producía gran malestar. Su esposo la sustituyó en las clases de la universidad a las que no pudo asistir, inclusive Z comentó que los beneficiados eran los estudiantes. Y es que Juan Ramón fue muy querido y admirado en la Universidad de Río Piedras.

—¿A Zenobia la querían también? —interrumpo.

—Claro, también la querían, lo que pasa es que los estudiantes sentían el magnetismo de la voz de Juan Ramón cuando leía a Rubén Darío o cuando pausadamente les explicaba el Modernismo.

—Juan Ramón se sintió bien en Puerto Rico.

—Sí, vivían en la casa de un médico, dime qué más podía pedir. Se quedaron con García Madrid bastante tiempo, se mudaron con él cuando lo nombraron director del Siquiátrico, se fueron con todas sus cosas a una mejor casa y no se separaron hasta que el doctor se casó, aunque costó trabajo que se casara, estaba renuente, lo contó la misma Zenobia.

—Ese doctor los quería de verdad, porque se ocupa de ellos como un buen hijo —hago esta observación consciente de lo pasada de moda que suena.

—Mucha gente los quería en Puerto Rico.

—Y Zenobia se pone mal de nuevo.

—Sí, pero no la operaron, sólo radiaciones y radium, ambas cosas duras, deprimentes, pero salió adelante y comenzó a planificar un viaje a Caracas. Mariano Picón Salas invitó a Juan Ramón a dar unas conferencias en tu tierra y Z lo vio fácil por lo cercano en barco, además de que querían visitar a Pedro Grases,

querido amigo que ya vivía en Venezuela.

Marisa se levanta del banco donde nos hemos refugiado y, cuando la observo, me propone que vayamos hasta alguno de los auditorios, el que por fin esté abierto, a buscar la voz en pecho de Juan Ramón, que puede estar escondida en algún rincón. Me encanta la propuesta y la sigo.

Después de nuestro paseo por la universidad, volvemos a la casa para continuar leyendo. Le pido a Marisa que nos sentemos en el patio de abajo, rodeadas de helechos y heliconias. Es un lugar muy fresco, similar al jardín que rodeaba la casa del doctor García Madrid y que tanto alababa Zenobia, sobre todo después de que el doctor Meig le confirmó que el trópico no tenía ninguna incidencia sobre su enfermedad. Es tan estimulante todo lo que nos rodea que me resuelvo a contarle a Marisa cuál es mi propósito:

—Estoy pensando en un proyecto que sea como mi legado —le digo de un tirón.

—¿Cómo? —pregunta mi amiga asombrada ante lo inesperado.

—Es lo único que me ha dado paz —continúo sincera.

—¡Ay, bendito! ¿De qué se trata?

—Es que quiero dejar algo mío, algo que haya hecho yo sola y de lo que me sienta orgullosa.

Marisa se acomoda en la silla pensativa y trata de seguir lo que le estoy contando:

—Tú dices trascender... Dejar algo que perdure luego de que traspases «el misterioso portal». Así se refería Z a su muerte.

—Pues sí. Fíjate que mientras Zenobia ve más cerca la muerte comienza a desentenderse de lo que era intrascendente. Para ella las clases en la universidad eran sólo una manera de ganar dinero, no le interesaban y la cansaban demasiado, busca la manera de dejarlas, pero la obra de Juan Ramón sí es importante y es lo que ella desea hacer en sus últimos años, tanto así que estamos escribiendo sobre ella porque existió esa obra.

—Entonces volvemos al principio. Zenobia sin Juan Ramón no hubiera sido nadie.

—Yo no diría eso, no se sabe qué hubiera hecho si las energías que dedicó a Juan Ramón las hubiera canalizado hacia su propia obra. Entiende lo que quiero hacer, sólo busco dejar algo muy mío, no pienso dejar que la vida me arrastre todo el tiempo y haga conmigo lo que le dé la gana. Ya he permitido demasiado.

—Dejas a tus hijos. Para mí eso es suficiente y yo ni siquiera dejo uno, no los tengo. A mí sólo me queda observar cómo mi vida

se va desbaratando día a día, volviéndose nada.

La escucho con atención porque ha sido difícil una conversación clara y sincera con Marisa en los últimos encuentros. Elude hablar de sí, elude los temas que antes la encendían.

—En cambio yo odio que mi vida termine en la basura, sueño con algo más poético —le digo determinante, y en voz baja—: has perdido el fuego.

—¿Será el agua que me rodea por todas partes? No, sólo estoy mortalmente aburrida.

—¿Ni siquiera te entusiasma nuestro trabajo sobre Zenobia?

—¡Claro que sí! No te pongas tonta. Estoy aburrida en otro plano, en el de siempre, nada de mi vida con Luis me gusta.

—Yo pensé que estabas tratando de componer las cosas, me lo dijiste apenas hace unos días, pero claro, daría más gusto vivir con Juan Ramón —le digo deseosa de que hable claro.

—Tampoco, lo admiro mucho como poeta pero en lo personal lo encuentro inaceptable. —Me pone su mano sobre la mía—. Te pido perdón por ser tan cambiante, eso te da una idea de la altura de las llamas de mi infierno.

—Te iba a aconsejar que volvieras al fuego, pero si no es posible tendrás que transmutarlo.

Marisa se me queda mirando en el intento de agarrar el sentido de lo que acabo de decir y luego abre la carpeta para seguir leyendo.

> Una vez el doctor García Miranda decidió casarse con su novia puertorriqueña Teresa Blanco, Juan Ramón y Zenobia buscaron nueva casa para dejarle la suya libre en el Instituto Siquiátrico. Encontraron un segundo piso muy adecuado en el barrio Flora Park de Hato Rey.
>
> Zenobia hizo algunas mejoras y realizó la mudanza con cierto temor porque había construcciones en los alrededores cuyo ruido molestaría al poeta, aunque contaba con una carta muy fuerte a su favor, porque los dueños de la casa y vecinos eran el doctor dominicano Fernando Battle y su esposa Dalila León.
>
> Juan Ramón entró en un período muy prolífico, trabajaba varias horas al día en su obra ayudado por Zenobia; en medio de un mundo de papeles le explicaba que la edición total se llamaría *Destino*, aunque los volúmenes de una gran selección se llamarían *Metamorfosis*, porque su obra era

precisamente transformable. Ambos trabajaron con todas las fuerzas que aún tenían aunque sabían que no alcanzaba una vida para organizar tantos textos. JR, desesperado, le dijo a Ricardo Gullón: «He creado más de lo que pude recrear».

A pesar de que vivían días tranquilos, surgió con fuerza la polémica entre Juan Ramón Jiménez y Jorge Guillén que conmovió a la comunidad literaria; se dio un intercambio de cartas y publicaciones que aumentaron el nerviosismo de Zenobia, quien consideró una maldad bombardear el equilibrio de una persona de setenta y dos años que había pasado por épocas tan difíciles. El poeta, profundamente molesto, decidió terminar la polémica para siempre, sólo remitió información que aclaraba algunos puntos a sus más cercanos amigos. Todo esto sucedió justo en el momento de mayor ocupación, cuando Juan Ramón había aceptado un sinfín de compromisos y cuando Zenobia estaba ocupadísima recibiendo los muebles y las cajas que había enviado Graciela Palau de Nemes desde Riverdale. Fue en ese momento cuando aparecieron de nuevo los signos de la neurastenia: colitis persistente, falta de apetito, debilitamiento, anemia y desinterés total por su obra. Juan Ramón retornó a su repetitivo guión y buscó refugio en la clínica de Mimiya; Zenobia enfrentó esta nueva etapa de la enfermedad de Juan Ramón estando ella misma mucho más débil: cuando JR no podía contener las lágrimas, ella lloraba también.

Esta vez los médicos sí aceptaron al enfermo en el hospital Auxilio Mutuo y prohibieron que Zenobia lo acompañara, le pusieron estrictos días de visita. Ella permanecía en su casa sentada al lado del teléfono en espera de una llamada que la autorizara a visitarlo o que le diera una mala noticia. Su desesperación y angustia llegó hasta un extremo tal que Federico de Onis le dijo alarmado que ella estaba mucho más nerviosa que Juan Ramón.

A las pocas semanas, Juan Ramón volvió a casa coherente pero de muy mal talante, diciendo que no es que se iba a morir sino que se debía morir, y Zenobia, muerta de la angustia, buscaba

constantemente tareas mecánicas para tranquilizarse.

Ante los dudosos pero presentes signos de mejoría, el director de la biblioteca de la Universidad de Río Piedras les cedió un espacio para recibir todos los libros que habían donado los Jiménez a la universidad y se creó la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, llamada así por deseo expreso del poeta. Éste había sido un deseo de Zenobia desde que comenzaron a llegar las cajas desde Riverdale, soñaba con un espacio en la universidad donde colocar libros, papeles, muebles y recuerdos y donde poder trabajar con calma junto a Juan Ramón.

Zenobia asumió el trabajo diario en la Sala con entusiasmo, como acogía todos los proyectos que tenían significado para ella. Se ocupó de cada uno de los detalles: de colgar en la pared las fotos dedicadas por los amigos: Ortega y Gasset, Antonio Machado, Paul Valéry; de buscar lugar al florero de Isabel Aymar donde colocaba rosas cada vez que podía, de los puntos apropiados para los cuadros de Sorolla y Vázquez Díaz, de montar las portadas dedicadas por Darío, Azorín, Valle Iclán y Rodó; y mientras, Juan Ramón se quedaba en casa contemplando su convalecencia.

—¡Qué desastre! —comento conmovida—. ¡Cómo se podía curar Zenobia ante ese panorama!

—El doctor Franceschi le había dicho a principios de 1955 que estaba curada totalmente, pero que viviera en paz. Y Zenobia le hizo caso por un tiempo. Comenzó a disfrutar quedarse recostada en casa, viendo los pajaritos a través de la ventana, pero la llegada de sus cosas desde Riverdale la obligó a ponerse en acción, además de que el problema con Guillén la indignó de tal manera que comenzó a escribir a sus conocidos en España, buscando ayuda y aclarando situaciones que habían pasado hace años, antes de la guerra.

—Lo que me asombra es que nadie se preocupara por ella. —Me pego en el tema porque no le encuentro explicación.

—La realidad es que hacía poco menos de año y medio se habían muerto algunos de los que se preocupaban por ella y que también la hacían reír. Se había muerto su prima Hannah Crooke, que había sido tan cercana, y se había muerto su hermano Augustus, después de múltiples cirugías y de haber pasado de visita por Puerto Rico,

casi muriéndose y estando Zenobia muy enferma también, a esta reunión la llamaron ellos mismos «Operation & Co», en son de burla.

—Ella debía de sentirse muy sola a pesar de que la quería mucha gente en Puerto Rico.

—Pues sí, entre tanta tragedia comenzó a pensar de nuevo en viajar a España, hasta escribió para preparar el viaje.

—Estaría buscando la familia, los sobrinos de Juan Ramón, la hermana, ¿y por qué le pega tanto el pleito con Guillén?

—Porque temía que errores del pasado hirieran de muerte a Juan Ramón. Zenobia invertía sus días contados totalmente en Juan Ramón. Inexplicable.

—¿Y Guillén supo que Juan Ramón estaba enfermo?

—Seguro que sí, los males de Juan Ramón no eran nuevos y en alguna parte leí de un encuentro de Guillén con el doctor García Madrid, un encuentro fortuito en Estados Unidos, donde Guillén le preguntó por la salud de Juan Ramón.

—Da lástima que Zenobia se tomara todo esto tan a pecho —insisto porque el daño a su salud debe haber sido grande—; esas cosas bajan las defensas y empeoran el cáncer.

—Lo peor es que Juan Ramón mejoró, pero regresó a la tierra ensimismado, intolerante en extremo y terco, muy terco. Había que convencerlo para que hiciera cualquier cosa, hasta para bañarse. El doctor Batlle los invitó al cine para que se distrajeran y la mera decisión de ir o no ir fue una historia de horas, que si el frío, que si el malestar, que si la colitis, al final aceptaron y les tocó ver nada menos que *Three Coins in the Fountain* en Cinemascope; un estreno y una primicia que les fascinó, pero las horas que precedieron la ida al cine fueron una agonía.

—¡No hay derecho! De verdad que me arrecha su actitud de eterno convaleciente.

Le comento mi parecer a Marisa porque tengo la imagen clara en mi mente: Juan Ramón, castigador y determinante, diciendo que no con la cabeza y Zenobia suplicante dando mil razones para convencerlo de que disfrutaría en el cine, de que verían ese nuevo sistema de hacer películas muy interesante y de remate le ofrecería hablar con los del cine para que bajaran el frío del aire acondicionado de la sala.

Marisa me contempla paciente y, para que salga la rabia que tengo por dentro, me cuenta cosas agradables como el reconocimiento de todo el mundo hacia Juan Ramón y Zenobia en la calle, en la universidad, la gente del gobierno, los profesores y

médicos españoles que estaban instalados en la isla para esa época, todos vivían pendientes de acompañarlos.

—En algún momento Zenobia reconoció que Puerto Rico era un lugar maravilloso para pasar la vejez y dejó de planificar mudanzas a países del continente, sólo quedaba pendiente España. Apreciaba en grande la compañía de Federico de Onís, la disposición del rector Jaime Benitez para solucionarles todos los problemas de funcionamiento, la cercanía de su prima Cecilia de Enjuto. Ella comprendió al fin que habían llegado a esta isla para quedarse y se lo escribe a Juan Guerrero Ruiz en una de las últimas cartas que le envía, antes de su muerte.

—¿Antes de la muerte de Guerrero?

—Sí, Guerrero muere en Madrid, ya su esposa Ginesa les había avisado de su gravedad.

—¿Y Juan Ramón qué dice?

—Comenta que pronto serán dos los muertos.

—Entonces a Zenobia se le van yendo los amigos y no encuentra amigas interesantes como en otros sitios —digo recordando a Elena Mederos, a Constancia de la Mora, a Carmen Henríquez Ureña, a Dulce María Loynaz.

—¿Cómo que no? Solamente con Muna Lee era suficiente, lástima que ella viajaba mucho. Zenobia la había conocido en la Sociedad de Mujeres Geógrafas de Washington y se reencontraron en Puerto Rico. Muna Lee era encantadora y polifacética: poeta, activista de los derechos de la mujer, empleada del gobierno de Estados Unidos, panamericanista y exesposa del gobernador Muñoz Marín. Yo creo que Zenobia disfrutó mucho de su amistad, de sus conversaciones íntimas con ella.

Nos vamos al Caribe Hilton para un almuerzo ligero. Marisa me había contado que a Zenobia le gustaba sentarse a la orilla de la piscina desde donde se ve la muralla de la fortaleza y abiertamente el Atlántico. Z iba al hotel con sus amigas, pues a Juan Ramón le parecía un lugar demasiado pálido, demasiado gringo.

Nos sentamos bajo una sombrilla porque el sol del mediodía se siente muy picante, capaz de arrasar nuestra fogueada piel.

Marisa me dice mientras ordena sus papeles:

—Ya queda poco, se nos acaba el trabajo. No tengo ni idea de para qué hemos hecho este esfuerzo.

—Para algo será —contesto, odiando mi respuesta.

No acostumbro dejar en el aire frases ambiguas pero el poco entusiasmo de Marisa me pone a la defensiva.

—Pensé que leeríamos esta parte en la Sala de la universidad —comento.

—Necesito sol, *partner*, necesito algo que me dé calor para revivir, para resistir.

—Marisa... Eh... Zenobia se quedó con Juan Ramón porque había un mundo inmenso a cambio, un mundo en llamas.

¡Qué pena haberle dicho esto!

Marisa me observa fijamente y vuelve a sus papeles:

> «Ayer en la biblioteca tuve un ataque de amnesia y le di a JR el susto mayúsculo preguntándole, entre otras lindezas, ¿quién era?»
>
> A finales de 1955, Zenobia llegó al límite de sus fuerzas. Federico de Onís la llevó al Centro Médico donde le diagnosticaron agotamiento total, para lo cual le recetaron unas pastillas de ácido nicotínico y le recomendaron reposo durante el fin de semana.
>
> Por unos días bajó la marcha a «buen paso» dentro de su rutina de trabajo en la Sala de la biblioteca, que en ese momento tal rutina consistía en montar estantes y colocar todos los libros que sacaba de las cajas, además de recibir los muebles de nogal que tenían desde que se casaron para colocarlos como recibo en la Sala.
>
> Su vida y la del poeta se habían restringido a dos espacios: la casa y la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez en la universidad.
>
> Zenobia había limitado su actividad social porque siempre sentía un gran cansancio y tampoco recibía muchas visitas en su casa como hasta hacía poco, no solamente por su agotamiento sino porque era difícil dominar el comportamiento errático de Juan Ramón. Cuando Zenobia le reclamaba, contestaba que quien actuaba mal no era él sino su enfermedad.
>
> A principios de 1956 Zenobia reactivó su vida cuando el doctor Franceschi la encontró bien a pesar del cansancio constante.
>
> Como siempre, al día en los adelantos se compró una televisión después de ver una entrevista que le hizo CBS a Pablo Casals, y no se limitó a la TV, sino que buscó una conversación con Casals a quien había conocido en New York en 1915 y hacía poco había llegado a vivir en Puerto Rico; también en ese

principio de año comenzó a colaborar con la idea que le planteó Graciela Palau de Nemens, junto a los profesores de literatura de la Universidad de Maryland: proponer la candidatura de Juan Ramón Jiménez para el Premio Nobel.

Zenobia, a pesar de su cansancio, que ya se había convertido en duro malestar, entró en una actividad frenética para lograr todos los recaudos que le solicitaban desde Maryland, desoyendo la opinión de Juan Ramón, que consideraba el premio una lotería.

En esos mismos días volvió Inés Muñoz a Puerto Rico; aunque estaba recién operada de cáncer vino a visitar a su querida amiga sin saber la depresión que le causaba su aspecto.

A Zenobia la invadió una gran tristeza al constatar el deterioro físico de Inés y al no lograr apaciguar la neurastenia cíclica de Juan Ramón. Cuando ella le proponía a su marido hablar sobre el porvenir, la respuesta era que lo dejara fuera porque él se moría de un momento a otro. Sin embargo, JR comenzó a realizar cosas en la casa que nunca había hecho: atendía el teléfono, le llevaba agua de azahar a su esposa para tranquilizar sus nervios.

Cuando sus síntomas se hicieron más evidentes, Zenobia se hizo los exámenes indicados por el doctor Franceschi que dieron como resultado que el cáncer había vuelto.

Este último párrafo nos deja pensativas, melancólicas. Marisa cierra su carpeta y llama al mesonero.

Al terminar de almorzar nos vinimos al Museo de Arte en Santurce. Marisa comentó que me gustaría el jardín de las esculturas y no se equivocó.

Andamos lentamente por senderos de piedra que discurren entre infinidad de plantas tropicales y obras de arte que se integran con el paisaje. Pienso que de un momento a otro aparecerá en nuestra ruta el busto de Zenobia que esculpió Marga Gil-Röesset y al que Zenobia atribuía «un no se qué de resurrección». Marisa se detiene y me comenta que tiene la sensación de que brotará de algún lugar el rostro de Zenobia que hizo Marga y yo me quedo en el sitio ante la

maravillosa sincronicidad.

—¿Dónde estará? —pregunta mi amiga.

—Ya enfermo, Guerrero Ruiz lo llevó a su casa en Benidorm. A Zenobia le gustaba que estuviera frente al Mediterráneo. Así que se quedó en España y espero que colocado de perfil como ella prefería.

—La historia de Marga... —dice Marisa.

—No volvamos sobre ella cuando tenemos otro fin que contar —le pido a Marisa, también penetrando de lleno en la tristeza.

—Es que Marga esculpió el busto mientras Zenobia convalecía de sus primeras radiaciones, 25 años antes de su muerte. La cadena de radiaciones de Zenobia me parece tan dolorosa...

—Sí, tienes razón.

Mi amiga me guía por el jardín y después de deambular un rato llegamos a uno de los bordes, se coloca tras de mí y con sus manos en mis hombros dirige mi cuerpo hacia la dirección que desea. Señala con su brazo.

—¿Tú ves aquel edificio allá, viejo y con algunas molduras de piedra *spanish revival*? Esa es la Clínica Mimiya.

—¿Donde murió Zenobia?

—Sí, allí mismo murió después de dos viajes a Boston para ver al doctor Meigs, que la había operado en 1951. Para mí dos viajes desesperados y absurdos —me dice Marisa molesta.

—Estaba tratando de vivir un poco más para terminar la recopilación de la tercera antología de Juan Ramón y no lo logró.

Caminamos en silencio hacia un banco y, sentadas bajo árboles tropicales como lo hubieran hecho ellos dos, nos disponemos a leer el final.

> Aunque Zenobia le había dicho a Ginesa de Guerrero Ruiz que lo preferible sería morirse los dos al mismo tiempo y Juan Ramón le había propuesto, durante los tiempos más difíciles, suicidarse juntos, cuando Z regresó de su primer viaje al Massachusetts General Hospital, donde su médico, el doctor Meigs, le dijo claramente que estaba cerca el final, se dispuso a preparar su despedida en solitario.
>
> Zenobia, ante el hecho definitivo de que JR viviría más que ella, antes de volver a Puerto Rico arregló con sus dos sobrinas, Inés y Leontina Camprubí, que su esposo recibiera, mientras viviera, la renta de la herencia de los Aymar. También se propuso escribir a los sobrinos de Juan Ramón ante la fatalidad de dejarlo solo en la isla.

Luego se planteó dos tareas que quería dejar listas: sacar la *Tercera Antolojía Poética* con la colaboración de Eugenio Florit y dejar instalada la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez en la Universidad de Puerto Rico. Se lo propuso a toda costa aunque su salud no la acompañara en sus deseos, y los siguientes meses estuvieron signados por días malos y días regulares, pero nunca días buenos. Las noches las describió ella misma en su diario como una agonía.

Con gran dificultad adelantó su trabajo, siempre luchando contra la inestabilidad de Juan Ramón quien algunas veces tenía destellos de ternura hacia ella pero casi siempre ignoraba su sufrimiento. Sin embargo, sus amigas armaron una red de ayuda que la acompañó hasta el final.

Graciela Palau de Nemens había llegado a Puerto Rico unas semanas antes de irse Z a Boston, venía para completar su estudio sobre Juan Ramón y se encargó en gran medida del trabajo de Zenobia, fue de una ayuda inmensa con JR.

Interrumpo a Marisa.

—Increíble que JR no se diera cuenta de lo que pasaba, para volver a la Sala de la biblioteca ponía como condición que Zenobia lo acompañara. Cuando llegó su sobrino de España le participó que sólo iría donde fuera Zenobia, y fue tal la insistencia que Zenobia, ya grave, comenzó a organizar el viaje de los dos a España, averiguó los itinerarios de Iberia, dudando porque en las Azores los pasajeros debían bajar por unas horas del avión y ella no se sentía capaz. Una lucha final por complacer a su poeta.

—La locura del final —acepta Marisa y continúa su lectura.

Zenobia regresó de su segundo viaje a Boston directamente a la Clínica Mimiya de Santurce. Allí permaneció durante toda su agonía que fue larga. Tres días antes de morirse su buena amiga Adriana Ramos, acompañada por Connie Saleva, le dio la noticia que tanto ansiaba: Juan Ramón Jiménez había ganado el Premio Nobel.

Aunque ya Zenobia apenas tenía unos momentos de lucidez durante los días, sus amigas pensaban que había recibido la noticia porque se le iluminó la cara

cuando se lo dijeron. El doctor Battle contó que ese mismo día, cuando se acercó a la cama de la enferma, escuchó un suave canto como un villancico. Dos días después murió Zenobia, el 28 de octubre de 1956.

Marisa no acepta dejarme en la puerta del aeropuerto, insiste en acompañarme a todos los trámites hasta subir al avión que me lleva a Caracas. Aquí está parada a mi lado mientras revisan mis papeles.

—La vida es un enredo —me dice mi amiga al oído.

Estoy atenta a las instrucciones del empleado de American Airlines y no puedo contestar ahora.

—La vida es fastidiosa en una isla —continúa cercana a mi oreja —. Por eso te vas.

Vuelvo a comentarle, por enésima vez, que anoche me llamaron de mi casa, que mis hijos y Julián están deseando que regrese y que yo tengo montones de cosas que solucionar.

Vamos caminando hacia donde debo entregar todo lo que llevo encima para que lo revisen.

Por supuesto no pensaba irme sin una conversación final aunque no podía quedarme ni un día más, desde mi casa me reclaman por primera vez en muchos meses. Anoche pudimos hablar en serio, nos tomamos unos tragos con Luis, en realidad nos abandonamos al mundo de Luis porque ya no podíamos más con el nuestro sin Zenobia. Retumba en mi cabeza un comentario de Marisa cuando Luis la invitó a pasar las Navidades en Nueva York, apenas vislumbro lo que me dijo, sabiendo que su marido ya no estaba pendiente, creo que fue algo así: «ya ves, para escribir hay que olvidar todo lo demás, hay que encerrarse, retirarse, y por supuesto eso tiene un alto precio».

Marisa me dijo que la esperara en la terraza, pues acompañaría a Luis hasta su habitación porque andaba bastante inseguro por los tragos. Me pidió que la esperara para conversar. Esa terraza de Marisa, que de día se ilumina con el ardiente sol del trópico, en la noche invita a las confidencias bajo las estrellas. Me maravilla que podamos estar afuera, a medianoche, con un clima envidiable y con cierta paz.

Mi amiga regresa haciendo un gesto negativo con su cabeza.

—¿Piensas escribir? —me pregunta directamente.

—Tengo alguna idea. ¿Tú qué piensas hacer?

Estamos detenidas ante la puerta donde necesitamos separarnos.

Le doy un abrazo a Marisa y ante su silencio sobre lo que piensa hacer, así abrazadas, le propongo escribir una biografía de Zenobia porque es mucho el material que tenemos. Le propongo una biografía donde apenas asome JR.

Marisa comienza a razonar sobre lo difícil que sería ese trabajo, me asegura que todavía no entiende cómo ese hombre logró que Z se quedara con él para siempre, y que ese misterio significa una gran dificultad para nosotras, que nunca lograremos llegar a un final convincente. Yo la observo brevemente y leo en su cara que todo no se quedará aquí. Me sonrío y camino tranquila hacia la puerta de embarque.

BIBLIOGRAFÍA

Alarcón Sierra, Rafael, *Juan Ramón Jiménez, Pasión perfecta*, Espasa Calpe, 2003.

Balseiro, José Agustin, *Obra selecta*, edición de la Universidad de Puerto Rico, 1990.

Baroja y Nessi, Carmen, *Recuerdos de una mujer de la Generación del 90*, Tusquets Editores, 1998.

Camprubí, Zenobia, *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, edición de Graciela Palau de Nemens, Alianza Editorial/Editorial Universidad de Puerto Rico, 1991.

Camprubí, Zenobia, *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)*, edición de Graciela Palau de Nemens, Alianza Editorial/Editorial Universidad de Puerto Rico, 1995.

Camprubí, Zenobia, *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956)*, edición de Graciela Palau de Nemens, Alianza Editorial/Editorial Universidad de Puerto Rico, 2006.

Camprubí, Zenobia, *Epistolario, cartas a Juan Guerrero Ruiz, 1917-1956*, edición de Graciela Palau de Nemens y Emilia Cortéz Ibañez, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.

De la Fuente, Inmaculada, *La roja y la falangista*, Editorial Planeta, 2006.

Domingo, Carmen, *Coser y cantar*, Random House Mondadori, 2007.

Fox, Soledad, *Constancia de la Mora in War and Exile*, Sussex Academic Press, 2007.

Guerrero Ruiz, Juan, *Juan Ramón de viva voz*, Madrid, Ínsula, 1961.

Guerrero, María Luisa, *Elena Mederos: una mujer con perfil para la historia*, Ediciones Universal, 1991.

Gullón, Ricardo, *Relaciones amistosas y literarias entre Juan Ramón Jiménez y los Martínez Sierra*, Ediciones de la Torre, 1961.

Jiménez, Juan Ramón, *Españoles de tres mundos*, Afrodisio Aguado Editores, 1960.

Jiménez, Juan Ramón, *Cartas Literarias*, Editorial Bruguera, 1977.

Jiménez, Juan Ramón, *Guerra en España*, Editorial Seix Barral, 1985.

Kirkpatrick, Susan, *Mujer, Modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*, Catedra, 2003.

León, María Teresa, *Memorias de la melancolía*, Editorial Castalia, 1998.

Lucca, Josué G., *Labrador*, Rincón Cultural, 2000.

Montero, Rosa, *Pasiones*, Santillana Ediciones, 2006.

Orozco Román, *Cuba Roja*, Javier Vergara Editor, 1993.

Palau de Nemens, Graciela, *Inicios de Zenobia y Juan Ramón Jiménez en América*, Fundación Universitaria Española, 1982.

Rodrigo, Antonia, *Mujeres para la Historia*, Ediciones Carena, 2003.

Salome, Lou Andreas, *Mirada retrospectiva*, Alianza editorial, 2005.

Segura, Isabel/Aymerich, Pilar, *Viajeras a La Habana*, Editorial Meteora, 2008.

Torres, Ana Teresa, *Historias del Continente Oscuro*, Editorial Alfa, 2007.

Urquizo, Francisco L, *Madrid de los años 20*, Costa-Amic Editor, 1961.

PÁGINAS WEB

Fundación Zenobia y Juan Ramón Jiménez:
www.fundacion-jrj.es/

Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez:
http://biblioteca.uprrp.edu/juanramon.htm

Familia de Zenobia y Juan Ramón Jiménez:
www.juanramonjimenez.com/principal_frame2_JR.htm

Poetas y compañeras de poetas:
http://ficus.pntic.mec.es/acip0006/escritoras_y_poetas.html#POETAS_Y_COMP

On the Trail of Rabindranath Tagore and Victoria Ocampo, Ketaki Kushari Dyson:
www.parabaas.com/rabindranath/articles/pKetaki1.html

JRJ y el exilio español en P R, Ramiro Cristóbal:
www.cambio16.info/cuadernos/27/cristobal.pdf

Mujeres, espacio y poder, Mercedes Arriaga, Rodrigo Browne, Ángeles Cruzado, Manuel Estévez-Saá, Víctor Silva, Katjia Torres, Leonarda Trapassi, ArCiBel Editores:
www.escritorasyescrituras.com/publicaciones.php/id/51

Marga Gil Roësset:
www.epdlp.com/pintor.php?id = 3364

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

«Cartas de Zenobia Camprubí a Francisco Hernandez-Pinzón», Epistolario II, *Ateneu*, No. 15, Invierno-Primavera 1992.

«Cartas de Zenobia Camprubí a Maria Luisa Capará de Nadal», *Ateneu*, No. 13, Invierno-Primavera 1996.

«Juan Ramón y Zenobia: perfil íntimo y cotidiano», Ramos Mimoso, Adriana, *Revista La Torre* (revista general de la Universidad de Puerto Rico).

«El Casamiento», Sody de Rivas, Angel, *Revista Cultural de Malgrat*, 1993.

«Las cartas de Marie Lack», Sánchez Romeralo, Antonio, *Revista La Torre*, Año 1, Número Extraordinario.

«Mis recuerdos personales: Zenobia Camprubí en su trabajo gustoso», Hernándes-Pinzón Jiménez, Francisco, *Boletín de la Institución de Libre Enseñanza*, Madrid, Marzo 1988.

«Una hora de charla con Zenobia Camprubí de Jiménez», Muñoz Negrón, Ángela, *Puerto Rico Ilustrado*, 1936.